



*Helena
Sivianes*

*Seducida
por la
tentación*

TRILOGÍA TENTACIÓN 1

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Dedicatoria

1. Puedes llorar lo que quieras

2. Beautiful day

3. Primera toma de contacto

4. ¿Quién eres?

5. La realidad

6. Profesionalidad ante todo

7. Un fin de semana diferente

8. Conociendo más

9. Queriendo más

10. Las mejores amigas

11. Empieza la semana

12. Viento en popa a toda vela

13. La familia

14. Preparados, listos...

15. La cena

16. ¿Y ahora qué?

17. Aquí mando yo

18. De vuelta a la realidad

19. Sorpresas

20. La tentación

21. Pies, para qué os quiero

Agradecimientos

Biografía

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A los pilares de mi vida.
Gracias por soportar mis horas de insomnio y apoyarme en este sueño.
Jesús, Sofía, María Jesús, sin vosotros esto no sería posible.*

1

Puedes llorar lo que quieras

Tres años, eso es lo que he perdido de mi vida, tres años que le regalé para que me tratara como él quisiera, cuando todo me parecía maravilloso y los días de color de rosa. Pero he sufrido, he llorado luchando por una relación que no llegaba a ningún lado. Por fin veo la luz. Las lágrimas son solo eso, lágrimas. He derramado demasiadas durante dos meses. Cuando empezaba a encontrarme bien, a salir del agujero, él aparecía otra vez en mi vida para hundirme más en la miseria, hacerme sentir débil y totalmente dependiente de él.

Fue muy doloroso cómo ocurrió todo, de la noche a la mañana. Cómo fui tan idiota para no darme cuenta antes. Señales había, pero yo estaba enamorada, o eso creía. Ahora, tras todo este tiempo alejados el uno del otro, me he dado cuenta de que no es así. Llamémosle rutina, eso es lo que era mi vida, cómoda, sencilla y sin complicaciones, y ahora era él quien necesitaba de mí, quién me lo iba a decir.

—¡He dicho que te olvides de mí! —le grité a Pedro tras la puerta de mi apartamento—. ¡No quiero volver a verte! ¡Tú lo jodiste todo y yo no quiero ni necesito arreglarlo, haz que te entre en esa cabeza tan dura que tienes!

—Venga, Dani, no seas cría, los vecinos te están escuchando, déjame entrar y lo hablaremos —intentaba calmarme con su voz seductora, como tantas otras veces lo había hecho, con éxito.

—No gritaré más, pero hazme el favor de irte —conseguí decir, más calmada—. Por favor, vete, no me hagas más daño —dije mientras deslizaba la espalda por la puerta de entrada de mi apartamento.

Estuve así varios minutos, en esa posición, sin decir nada, aguantando las lágrimas para poder escuchar el sonido de sus pasos alejarse de la puerta, y

sin darme cuenta me quedé dormida abrazada a mis piernas. Los encuentros con él siempre me dejaban agotada emocionalmente. Desde hacía dos semanas venía un día sí y otro también en mi búsqueda. Le había dado la opción de explicarse cuando todo ocurrió, pero después de dos meses perdió su oportunidad, yo había pasado página y no quería seguir sabiendo de él. Hice caso a mis amigas, Tere y Merche. Él siempre supo qué decir y cómo decirlo, aunque a mí me cabreara, pero gracias a ellas ahora me sentía bastante mejor.

—Lávate la cara, péinate y quítate ese maldito pijama —me decía Merche los primeros días tras dejarlo con Pedro—, aquí no se acaba el mundo, así que arriba y vámonos, no me seas idiota.

Y así fue, me sacaron de casa, me obligaron a arreglarme, me ayudaron a concentrarme en mi trabajo y aquí estoy, dos meses después. Pensaba que todo estaría mejor, no sabía que él volvería a las andadas, no les quise decir nada, pero...

Sonó el timbre de casa y me desperté sobresaltada. Aún estaba sentada en el suelo, apoyada en la puerta. Me levanté despacio y atisbé a través de la mirilla de la puerta. Ahí estaban mis dos amigas y traían cara de pocos amigos. Joder con la vecina cotilla, maldito sea el día en que le di el número de estas dos para casos de emergencia.

—No te hagas la tonta y ábrenos la puerta, que te estamos escuchando respirar detrás. —Tere y su impaciencia. Descorrí la cadena que había echado hacía un rato, cuando apareció Pedro, y abrí la puerta. Sabía que mi cara no era la mejor para recibirlas; seguro que parecía un oso panda, con el rímel y la sombra de ojos por toda la cara, y encima me acababa de despertar, así que las ojeras no beneficiarían mi *look* y denotarían mi estado de ánimo.

—Antes de que digáis nada —las señalé con el dedo—, me lo dijisteis y soy una completa idiota, así que ayudadme a recoger esto un poco, me ducho, me visto y nos vamos, no quiero pasar ni un solo minuto más aquí hasta el momento de tirarme a dormir la mona en mi cama.

Y dicho y hecho; no abrieron la boca y, como si estuvieran en su casa —a veces pienso que sí, porque están más aquí que en las suyas—, se fueron a la cocina, sirvieron tres copas de lambrusco y se dedicaron a recoger un poco el estropicio que tenía por mi salón. Siempre me decían que no entendían cómo podía trabajar en medio de aquel caos, pero ese caos era mi paraíso.

—De verdad, Daniela García, no sé como consigues trabajar aquí —me gritaba Merche, la responsable del grupo. Buenos consejos y un punto de

humor algo seco, pero aun así la quería con toda mi alma. Si no fuera de ese modo, seguro que no sería mi amiga. Merche es alta, con un cuerpo de infarto, pelo largo y negro, unos impresionantes ojos azules y todo curvas y elegancia. Si tuviera que decir a quién me recuerda, sin duda sería a la actriz Megan Fox, aunque desde luego Merche es mucho más guapa.

—Y date prisa en arreglarte si no quieres que entre en la ducha y te corte el agua caliente.

—No seas borde, Merche —la criticó Tere—, entra y hazlo del tirón, ¿no ves que le hace falta agua helada para aclararse las ideas? —Y esta es mi terremoto, mi rubia, aunque de tonta no tiene un pelo, alocada, extrovertida, sin pelos en la lengua y otro bellezón donde los haya, algo más baja que Merche y con curvas más redondeadas. La jodida estaba buena a reventar; y es que con esas curvas, el pelo tan rubio, los ojos verdes, los labios carnosos y la gracia natural para hablar tenías que quererla sí o sí. Aquella bruja era mi bruja particular y, como si lo viera venir, salí corriendo de la ducha y la vi entrar, también corriendo, con un vaso lleno de hielos que me tiró por la cabeza.

—¡Serás gilipollas! —le grité mientras intentaba aguantar la risa—. Anda, vete para el salón que en diez minutos estoy lista.

Cuando salí de mi habitación las dos se quedaron mirándome. Sabía que aprobaban lo que veían. Les dije que no quería estar allí, que necesitaba a toda costa salir de fiesta; ese idiota no me amargaría una noche más y estaba decidida a dejarlo claro.

—Pero, chica, qué guapa estás —me regaló Merche—. ¿Ese vestido es nuevo?

Me había decidido por uno rojo de tirantes finos y corte a medio muslo que resaltaba las formas de mi cuerpo. Cuando me di la vuelta, vieron que la parte trasera dejaba poco a la imaginación, pues el vestido muestra mi espalda casi hasta donde empieza a perder su nombre.

—Joder, chica, estás para que te echen un polvo de los de multiorgasmos —primera de la noche—, y si no lo hacen avísame que le pateo el culo.

Esta noche las chicas estaban de acuerdo en darme una tregua y no hablaron nada de lo que había pasado poco antes de que llegaran a mi casa. Era viernes y me veían animada para una noche de fiesta en Sevilla que con nuestros veintiocho años no podíamos desperdiciar. Fuimos a cenar y acabamos en la terraza Bilindo. Después se quedarían en casa; las necesitaba

cerca de mí. Al día siguiente no trabajaban y yo tenía que terminar el papeleo de la fiesta que estaba organizando para un congreso en un hotel y cerrar el *catering*. La noche estaba siendo increíble. Bebimos lo justo porque tenía que estar despejada y no levantarme muy tarde, así que a eso de las cuatro de la mañana decidimos regresar. En mi casa tenían disponible la habitación de las visitas, aunque en el armario había más ropa que la que una visita esporádica podría usar. Y así fue como mi tarde espantosa se convirtió en una noche de chicas, risas y diversión.

Beautiful day

Dormí y descansé como hacía tiempo que no lo hacía. Ese era el efecto de mis chicas, de tenerlas cerca, de que supieran estar allí y responder a mis preguntas solo con sus miradas, sin decirme nada y diciéndomelo todo. Salíamos juntas a menudo, cada vez que nuestros trabajos nos lo permitían. Merche se dedica a la hostelería; es la encargada de un *catering* y sus turnos de trabajo la suelen tener ocupada todos los fines de semana. Tere trabaja en el bufete de abogados de su padre. Aunque ha terminado la carrera de Derecho, él se encarga de que mi amiga sea solo un nombre y una cara bonita a la que usar para atraer clientes. A ella le fastidia muchísimo, pero por más que intenta labrarse su carrera siempre surge algún impedimento. Es la hija modelo, la que no contradice, aunque cada vez que tiene oportunidad despotrica lo que quiere y más. Asiste a todas y cada una de las cenas que el bufete organiza y cuantas veces se la requiere, que son bastantes, pero nos encantan estos días donde dejamos todo de lado y recuperamos nuestros años de facultad, fiestas y amistad. Éramos tan distintas y a la vez tan iguales que sabíamos estar las unas para las otras cuando el momento lo pedía, y estaba claro que este era mi fin de semana, así que ellas, sin yo pedírselo —aunque la vecina cotilla hubiera ayudado—, estaban aquí.

Nos acostamos tarde, pero yo tenía que terminar de organizar el evento y a las nueve de la mañana el teclado de mi ordenador ya empezaba a echar más humo que el café que me acompaña junto a la pastilla para aliviar el dolor de cabeza.

Como cada mañana, lo primero que hago nada más encender el ordenador es abrir mi correo de trabajo. Tras deshacerme de unos cuantos mensajes de publicidad y *spam* empiezo a leer los importantes. El *catering* solicitado por

la empresa me había contestado que todo estaba correcto y los presupuestos les parecían adecuados, así que la mañana estaba prácticamente solucionada. Los siguientes correos eran respuestas de otros clientes y confirmaciones de más presupuestos. Dejé los de mis jefes para lo último, porque nunca me fio de lo que me puedan soltar. No es que sean unos tocapelotas —tengo la suerte de trabajar a unos cuantos kilómetros de la central—, pero de vez en cuando he de ir a Barcelona para realizar gestiones y ya llevo bastante tiempo sin poner el pie en la Ciudad Condal. El asunto no revela nada de su contenido: como siempre, un «A la atención de la señorita García». Así que, sin más, lo abro y leo.

Buenos días, Daniela.

Como usted bien sabe, necesitamos que visite las oficinas. Deberá ser el próximo lunes, por lo que le adjuntamos el billete de avión que hemos reservado para usted para mañana domingo. Queremos proponerle un evento que para nosotros, como empresa, supone todo un logro, y para el cual se ha requerido su trabajo. No queremos revelar mucho más de su contenido, solo decirle que esta visita no será de un par de días, como habitualmente, por lo que le recomendamos que prepare un equipaje más completo teniendo en cuenta que tal vez deba quedarse al menos un mes en Barcelona.

La esperaremos en la terminal de llegada y la pondremos al corriente de todo de una manera más confidencial de lo que permite el correo electrónico. Sentimos no poder darle más información, como nos gustaría, pero el cliente así lo solicita.

Sin más, y a la espera de verla mañana aquí, reciba un cordial saludo.

Sonia Peret y Paul Villa

¿Irme un mes a Barcelona? ¿Que el cliente había elegido a la empresa por mí? Me levanto de la silla nerviosa. Vale que llevo demorando el viaje a Barcelona y que me he ido apañando con los correos y el teléfono, pero estar allí tanto tiempo no me hace ni pizca de gracia. Por no hacer más ruido del necesario, en el mismo fregadero me echo agua sobre la nuca. ¡Dios!, esta es la oportunidad que llevo tiempo esperando, poder avanzar en la organización de eventos. Sí, he preparado eventos de gran repercusión, pero nunca antes la empresa había depositado en mí tanta confianza como para darme uno de gran magnitud. Releyendo el correo, tengo claro que al fin ha llegado mi oportunidad. Aunque la información que dan es mínima, con más razón me hace pensar que se trata de una gran oportunidad. Saco la pitillera del cajón de mi escritorio y enciendo un cigarrillo; sé que es un mal vicio, pero no puedo evitarlo cuando los nervios me atacan y aún es muy temprano para tirar de

alcohol. Abro el archivo adjunto al correo e imprimo los billetes de avión: uno de ida para las nueve de la mañana y otro de vuelta abierta. Cierto que han hablado de un mes, pero visto lo visto y sin saber nada más no puedo calcular cuánto tiempo estaré fuera de casa. Tengo menos de veinticuatro horas para preparar la maleta, decírselo a mi familia, a las chicas... ¡las chicas! Están en casa, voy corriendo a su habitación y entro como un obús por la puerta.

—¡¡¡Perezosas, levantaos!!! —les grito mientras no dejo de dar vueltas por la estancia—. ¡Me voy a Barcelona!

—Joder, Daniela, que son... —Tere mira la hora en su móvil— las diez de la mañana de un sábado, ya te vale.

—¿No me has oído, imbécil? ¡Me voy a Barcelona! —le vuelvo a gritar, como si con eso ya se lo estuviera explicando todo.

—Que te hemos oído —balbucea Merche entre bostezos—, como casi todos los meses.

—No, chicas, me voy a trabajar un mes allí, quieren que me vaya un mes, joder, que ha llegado mi oportunidad. —Salto en sus camas para que me presten la atención que quiero.

Solo hasta ese momento en que puedo decir dos frases completas entienden lo que quiero decirles y, como si se acabaran de tomar tres cafés solos sin azúcar, se ponen a saltar conmigo sobre las camas. Llevo muchísimo tiempo esperando esta oportunidad y lo saben. Tantas veces me han dicho que lo conseguiría y, como siempre, aquí están para poder disfrutar conmigo también de las cosas buenas. Salimos del cuarto a toda velocidad y nos servimos cafés, el segundo para mí y el primero para ellas, pero parece que hasta Red Bull llevamos en el cuerpo. Rápidamente me ayudan a prepararlo todo. Aunque soy yo la que se dedica a organizar eventos, en ese momento no puedo hacer nada a derechas; no doy pie con bola, así que Merche y Tere me recuerdan las cosas importantes que tengo que llevar en la maleta. Las que son importantes para ellas, claro.

—Mete lencería bonita, nada de esas bragas de abuela y con dibujos de Hello Kitty —Merche y su pasión por Intimissimi y La Perla—. Es lo mejor que te podía pasar ahora, salir de Sevilla y alejarte de ese gilipollas. —Mi mirada lo dice todo. De repente me derrumbo y me siento en el suelo, me tapo la cara con las manos y lloro como si no hubiera un mañana. Ha llegado el momento del interrogatorio y les debo alguna que otra contestación.

—Tía, después soy yo la que no tiene tacto —la recrimina Tere.

Y consigo desahogarme, les cuento mi encuentro con él detrás de la puerta, cómo lleva acosándome prácticamente a diario pidiéndome que vuelva, diciéndome que ha sido un completo idiota dejándome, si es que fue él quien me dejó —creo que fui yo, pero ya no quiero pensar cómo fue—. Ahora es él quien se arrastra pidiendo otra oportunidad, pero no, no se la voy a dar por muy enamorada que esté o haya estado. Los recuerdos de aquel fin de semana siguen siendo muy dolorosos.

Todo había ocurrido hacía dos meses, la última vez que estuve en Barcelona. El viaje era para dos días, pero finalmente conseguí regresar a Madrid un día antes. Aunque llevábamos dos años saliendo y pasábamos casi todo el tiempo juntos, aún disfrutábamos cada uno de la intimidad de nuestro propio apartamento. Así que, como siempre que me iba, él se quedaba en el suyo. Ambos teníamos las llaves del otro y quise darle una grata sorpresa, pero fui yo quien me la llevé. No imaginaba lo que me encontraría en el cuarto cuando entré, vestida solo con una gabardina corta y un precioso conjunto interior de Oysho de color negro, semitransparente y con ligas y ligero incluidos. La música sonaba, algo de Mozart o Chopin, lo que a él le gusta escuchar para relajarse, así que no oí ningún ruido hasta que los vi: ella a cuatro patas y él penetrándola desde el borde de la cama mientras la azotaba. Él sí me sintió entrar; se volvió y me miró directamente a los ojos, pero lo que vi en ellos no fue culpa, no fue dolor, no fue arrepentimiento, solo una mirada que decía *pillado*, y no fui capaz de decir nada, de hacer nada. Solo me quedé allí de pie, mirándolos mientras las lágrimas recorrían mi cara.

—Mejor que te enteres así —dijo—, mañana paso a recoger mis cosas; y si no te importa, nos gustaría intimidad.

Me di la vuelta y fui directa a casa de las chicas. Dos meses después, no es que lo hubiera superado, pero al menos podía vivir con el dolor. Entonces él apareció por casa, yo ni lo vi, recogió sus cosas como si nunca hubieran estado allí, como si solo fuera un recuerdo de mi imaginación. Y así hasta que hace dos semanas empezó a llamarme, a mandarme mensajes, a esperar que saliera de casa.

—Vamos, Dani, Merche y yo somos muy brutas a veces, pero este viaje te vendrá bien en todos los sentidos y estás a solo un par de horas de avión, si nos necesitas dínoslo y estaremos allí lo antes posible.

Pasamos la tarde del sábado en casa, entre sonrisas y lágrimas, risas y llantos y pura felicidad, porque mi sueño podía estar más cerca. Merche se

encargó de llamar a mi madre y a mi hermano Fran —ya os hablaré de él más adelante, solo os diré de momento que es mi gemelo y sí, esa conexión entre gemelos existe—. Tere me ayudó a hacer la maleta y organizar los materiales de trabajo.

Vaya, me voy por lo menos un mes a una ciudad que apenas conozco, por no decir que no tengo ni idea de dónde me meto, pues suelo ir del aeropuerto a las oficinas y viceversa. Esa noche las chicas volvieron a quedarse en casa —tendré que empezar a cobrarles alquiler— e insistieron en acompañarme al aeropuerto. Joder, cómo voy a echar de menos a estas dos petardas. Menos mal que existen Skype, WhatsApp y las redes sociales, porque si no me volvería loca.

Nos abrazamos, nos besamos, volvimos a salir a fumar a la calle antes de facturar, repetimos todas las despedidas, besos, abrazos, más besos, y me encaminé a la zona de embarque a coger el avión que me conduciría a la gran oportunidad de mi carrera laboral. Llevaba mi iPhone lleno de música. Soy algo rara, o no, según se mire, pero escucho de todo; depende del estado de ánimo en el que me encuentre. Lo mismo Maroon 5 que Macaco, Héroe del Silencio, Sober o U2, y una vez que el avión despegó puse en modo repetición *Beautiful day*, una canción más que acorde con cómo me sentía.

Es un bonito día. El cielo cae, sientes que es un bonito día. No dejes que se vaya, estás en la carretera pero no tienes ningún destino en mente, estás en el barro, en el laberinto de la imaginación de ella. Amas esta ciudad, incluso si eso no suena auténtico. Has estado en ella, y ella en ti. Es un bonito día, no dejes que se vaya, es un bonito día.

Y escuchando esa canción y soñando con el futuro que quiero, me dejo abrazar por Morfeo y me dirijo a mi destino con una sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón.

No hay mejor manera de superar los problemas y el dolor que alejarte de ellos y esta no es una huida cobarde, sino una oportunidad que no puedo dejar escapar. Si, como dice Merche, esta es la manera de que ese gilipollas salga de mi vida, y si estar en otra ciudad, inmersa en mi trabajo al cien por cien, va a ayudar a eso y a mucho más, Barcelona, no te asustes, pero el tsunami Daniela se acerca.

3

Primera toma de contacto

¿Conocéis esa sensación de que tu vida empieza a tomar sentido? Así me encuentro en el momento en que bajo del avión y me dirijo a recoger mi maleta. Poco más de dos horas fuera de mi ciudad y ya la echo de menos. Me entristece que mis chicas no estén conmigo en un momento tan importante de mi vida, que no haya podido despedirme de mi madre de la forma que se merece, aunque solo vaya a estar lejos de casa un mes, que no haya llamado a mi hermano para darle personalmente la noticia... Pero también estoy feliz, mejor dicho, eufórica, sobre todo cuando veo a Sonia y a Paul esperándome en la terminal. Son una pareja impresionante: llevan juntos desde siempre, rondarán los cincuenta años y han hecho de su pasión un gran negocio. Les ha costado mucho establecerse como una de las mejores empresas de organización de eventos en toda España y ahora están aquí, para recibirme y darme una oportunidad que no pienso desperdiciar.

Llego hasta ellos y Sonia me abraza, como siempre. Es una mujer menuda, pero con un físico impresionante. Su largo pelo rubio y sus ojos azules hacen de ella una gran belleza y además es amable, cariñosa y todo un ejemplo a seguir en este negocio. Su tenacidad y sus ganas de aprender son una gran motivación para mí.

—Qué alegría volver a verte, Dani, estos dos meses han sido muy productivos para ti —me dice dándome una palmada cariñosa sobre la mano—. Sé que no lo has pasado bien, pero me alegra comprobar que eres toda una profesional y que las caídas no te han impedido abandonar el camino. —Tengo confianza con ella y le conté que Pedro y yo habíamos cortado, aunque sin entrar en detalles. Con una sonrisa, le agradezco su gesto y su complicidad.

—Vamos, cariño, no la acapares. Además tiene que estar cansada, el viaje

ha sido imprevisto y la hemos hecho madrugar. —Paul me da un abrazo y con una sonrisa en los labios nos dirigimos al aparcamiento a recoger su coche.

De camino a la oficina me comentan que esta vez no me alojaré en un hotel como otras veces, ya que la estancia será más larga. Han alquilado un pequeño apartamento cerca de su casa y de las oficinas donde podré hacer mi vida y tener intimidad.

—No tendrás un horario fijo, como el resto de las empleadas —me comenta Paul—, pero sí te hemos concertado ya varias reuniones esta semana. Ahora te llevaremos al apartamento para que te acomodes y empieces a organizarlo todo. En tu correo electrónico tienes colgado el dossier con la información que necesitas por ahora. —Es todo un profesional cuando la situación lo requiere—. Sé que hoy es domingo, pero debemos empezar cuanto antes. A las dos pasaré a por ti. Hemos reservado mesa en un restaurante y allí podremos explicarte más.

No me dan más información sobre el trabajo, así que sigo sin saber qué tendré que hacer y con el mismo nudo en el estómago por tanta incertidumbre. Durante el resto del trayecto se dedican a preguntarme lo de siempre: qué tal Tere y Merche —las conocen, porque han viajado conmigo alguna vez—, cómo se encuentra la familia y poca cosa más. El tiempo ha pasado casi sin que me dé cuenta y ya nos encontramos frente al edificio que será mi hogar durante el próximo mes. Las oficinas están en las Ramblas de Barcelona, una zona preciosa por la que pasear y disfrutar viendo tiendas y con muy buenos restaurantes, pero lo que no esperaba era que el apartamento donde me voy a alojar estuviera situado un par de calles detrás. Desde luego esto no les está saliendo nada barato. En los últimos tres años he viajado bastante a Barcelona, pero nunca he tenido tiempo de hacer turismo. Mis recorridos eran rutinarios, de la oficina al hotel y viceversa, pero esta vez, por lo que me cuentan, tendré algo de tiempo para mí y podré disfrutar de las vistas de la ciudad.

Cuando entro en el apartamento me quedo asombrada. Es puro lujo. Ahora sí tengo claro que Paul y Sonia se están dejando una pasta en mí. Es muy minimalista, decorado en blanco y todo de corte recto, puro glamur, como diría Tere después de haber soltado un *no veas, perra, y todo esto para ti solita*. Doy una vuelta por él. No es muy grande, pero perfecto para mí: una pequeña cocina totalmente equipada y, sobre la barra que la separa del salón, un cuadro con las horas a las que pasan a realizar la limpieza y dejarme

comida. Vaya, aquí me lo van a poner todo por delante. El salón es pequeño y de estilo moderno y me resulta acogedor. Hay un sofá en el que quepo tumbada, vale, si estoy cansada y quiero relajarme, pero a la vez estoy tan nerviosa que no puedo dejar de pasearme por todos lados para ver las maravillas que esconde este apartamento. Sobre la pared de enfrente veo un televisor grande, en el lateral derecho una pequeña mesa de cristal y aluminio rodeada por cuatro sillas, y unas puertas dan a la pequeña terraza desde la que podré disfrutar de las vistas de la universidad. La verdad es que estoy alucinando con todo lo que me rodea. Justo al lado de la cocina hay otras dos puertas: una da a un pequeño baño, eso sí, con una gran bañera tipo jacuzzi que me llama a gritos, pero como la curiosidad me acecha, abro la segunda puerta y me encuentro con el único dormitorio del apartamento. Joder, si solo aquí cabría el mío entero, ¡y parecía pequeño cuando entré! Tiene una cama que sería la envidia de cualquiera —nota mental: comprar cojines para no sentirme sola cuando me acueste en ella— y al fondo, lo que creí un armario es un pequeño vestidor. Hay además otras puertas que comunican con la misma terraza que el salón. No quiero demorarme más en la visita a mi «nuevo hogar», así que cojo mis maletas y organizo todo en un momento. No llevo mucha ropa, pero mis amigas se han encargado de que la lencería no falte. Cuando las llame se van a enterar, que yo vengo aquí a trabajar. Al fin consigo que todo esté como a mí me gusta y decido darme una ducha rápida, porque como me meta en la bañera no salgo de ella en una semana; además ya son las doce y media y aún tengo que revisar el correo electrónico antes de que Sonia y Paul pasen a recogerme.

Tras el baño me encuentro mucho más relajada. Enciendo mi portátil y me siento en el sofá. Además de bonito es cómodo, el jodío. Efectivamente tengo tres correos de Paul y uno de Sonia. Abro primero el de ella: me dice que el almuerzo será informal, que conoceré al nuevo cliente, que me ponga algo cómodo pero elegante y que si necesito algo los encontraré dos plantas más arriba. Vaya, estoy en el mismo edificio donde ellos viven. Me siento privilegiada y ahora entiendo todo este lujo que me rodea. Después leo los correos de Paul: en el primero me da la bienvenida, tan educado como siempre, e incluye unas reseñas de distintas empresas en las que podré encontrar todo lo necesario para mi estancia en Barcelona. En el segundo correo me informa también de cómo será la comida y me sugiere que me vista elegante y sofisticada. Son tan distintos el uno del otro que si no fuera porque

los conozco desde hace ya varios años me estaría tirando de los pelos ahora mismo decidiendo qué ponerme. Por lo visto, el cliente ha preguntado expresamente por mí. No sé qué sabrá sobre mi trabajo ni por qué quiere que sea yo quien lleve su evento, ya que aún no he realizado nada del todo importante con la empresa, pero al parecer Paul y Sonia saben más de lo que me cuentan y estoy dispuesta a descubrirlo. En el tercer y último correo está la información que necesito para ese almuerzo: lo justo y necesario para poder tratar con el nuevo cliente.

El dossier es extenso, pero intento leer lo que me parece más importante. Trabajaré para un bufete de abogados de prestigio de la ciudad —segunda nota mental para las chicas: hablar con Tere, que se mueve en ese mundo, para que me dé alguna pista sobre ellos.

Se organiza la vigésima cena de empresa del bufete y además se presentará al nuevo director. Bueno, no parece tan difícil a primera vista, he preparado cosas similares. Paul ha estado en todo y me ha pasado información sobre cómo han sido las cenas anteriores y la gente que ha asistido, desde presidentes de equipos de fútbol hasta directores de bancos y de cientos de empresas de toda España. Será un gran reto y con esa motivación me levanto del sofá y elijo la ropa para la comida que me meterá de lleno en el proyecto de mi vida.

Justo a las dos, mis jefes llaman a la puerta. Salgo a recibirlos con mi más radiante sonrisa y nos dirigimos al restaurante. Los nervios pueden conmigo y, aunque el nudo del estómago amenaza con dejarme KO, hago de tripas corazón e intento disimular secando el sudor de mis manos.

—Mira la sevillana, si se ha puesto guapa y todo. —Sonia me hace girar sobre mí misma para contemplarme mejor. Llevo unos vaqueros azules, una camiseta blanca básica y una chaqueta en tono beige. Como complemento he usado un collar amplio de tiras plateadas, un bolso de mano y unos zapatos de tacón de diez centímetros amarillos, para dar color. Informal pero elegante, o por lo menos eso me ha parecido al verme en el espejo. El agobio lo he tenido con el pelo. Finalmente me he decidido por un semirrecogido con una diadema con toques brillantes a juego con el collar. Tercera nota mental del día: agradecer a Tere que sea tan pija y haya puesto en mi equipaje algunos complementos. Si por mí fuera, seguiría con mi fina cadena de oro.

Salimos del edificio y nos dirigimos al Majestic Hotel, donde tenemos mesa reservada. Vaya con el abogado, sí que tiene estilo el magnate. Por lo

visto, la elección del restaurante corre de su cuenta. Aquí vamos a lo grande, superapartamento y ahora una comida de lujo en un hotel de cinco estrellas. Nada más llegar pasamos al bar a esperar al cuarto comensal y empiezan directamente a hablarme de trabajo.

—Bueno, Daniela, ante todo tenemos que explicarte quién es la persona con la que vamos a reunirnos. Su nombre es Marc Capdevila y es el próximo presidente de Capdevila Abogados. Sí, es el hijo del anterior director, pero no imagines que consigue este puesto por quien es; se trata de un hombre trabajador y se lo ha ganado a pulso —me explica Paul—. Es serio y muy exigente con su trabajo. No se anda con tonterías y tiene las cosas muy claras.

—No te asustes si te corta mientras hablas —le interrumpe Sonia—. A veces parece maleducado, pero es que si quiere algo de una determinada manera no acepta un no por respuesta.

—Evita llevarle la contraria. Si puedes, proponle una alternativa sin desviarte de sus intenciones. Que no te engañe su juventud: tiene treinta y dos años, pero ha llegado donde está por su exigencia, así que sé fuerte y no te dejes intimidar. Sabemos que puedes con esto y con mucho más. Si no fuera así ahora mismo no estarías aquí, así que sé tú misma y a por todas —sentencia Paul.

—Para serte sincera, no sabemos por qué ha pedido que tú organices este evento —me explica mi jefa—, pero si no nos hemos negado es porque sabemos que estarás a la altura y siento decirte que nosotros solo participaremos en esta primera toma de contacto contigo porque tenemos que organizar otros eventos, pero sabemos que lo harás genial. —Me guiña un ojo para infundirme valor—. Así que, como decís en Sevilla, ¡coge el toro por los cuernos! y, aunque no estemos presentes, no vaciles en llamarnos ante cualquier duda.

—Intentaré hacerlo lo mejor posible. —Realmente estoy acojonada—. Solo espero estar a la altura de las circunstancias.

Estoy dando un sorbo al vino blanco que nos han servido cuando Paul me hace un gesto para que me levante de la silla. Acaba de llegar el señor Capdevila.

He muerto y estoy en el cielo. Un hombre alto y moreno se dirige hacia nosotros. Tras el increíble traje de color negro que lleva, la camisa blanca y una corbata del mismo color azul de sus ojos puedo distinguir un cuerpo atlético. Dios, está realmente bueno y se nota hasta con traje de chaqueta que

debe de pasar horas en el gimnasio, pero su cara es seria, rígida, tiene pinta de que no ríe mucho. Tal vez ni siquiera sepa lo que es sonreír. Si estaba nerviosa mientras Sonia y Paul me explicaban cómo era, ahora estoy hecha un flan. Ese tipo es la seriedad y la antipatía personificadas.

—Señora Peret, señor Villa. —El abogado tiende la mano y saluda a mis jefes.

—Señor Capdevila, permítame presentarle a la señorita García. — Extiendo mi mano y lo saludo, y nada más tocarlo una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo hasta explotar en mi parte más íntima. ¿Qué narices acaba de pasar? Sí, está bueno y es guapo, pero la actitud arrogante de un hombre no me atrae para nada. No entiendo como un simple contacto con él acaba de hacer que pierda las malditas bragas.

—Encantada, señor Capdevila. —Intento ser lo más correcta y educada posible y disimular que me he puesto como una moto—. Llámeme Daniela, por favor.

—Igualmente, señorita García. —Vaya, esto va a ser todo formalidad—. Vayamos a almorzar, tengo una reunión en una hora. —Me suelta la mano que aún sujetaba, creo que ha sido el apretón de manos más largo del mundo, y nos da paso para que nos dirijamos al interior del restaurante.

El almuerzo está siendo bastante, cómo diría, rígido, sí, esa es la palabra. El señor Capdevila y yo apenas cruzamos palabra; él prácticamente se dedica a hablar con Paul y poco más. Lo que había dicho Sonia es todo cierto: serio, seco, un tío estirado con todas las letras. No sé como con tan solo su tacto me ha puesto cachonda. Además yo estoy aquí para trabajar y él es mi cliente, por favor, Daniela, concéntrate.

Cuarenta minutos más tarde terminamos el almuerzo y es la primera vez en todo este tiempo que Marc, el señor Capdevila, se dirige a mí.

—Señorita García, muchas gracias por haber permitido que la conozca hoy. Esta tarde la espero en mis oficinas a las cinco. —Me tiende una tarjeta con la dirección y un número de teléfono—. Le haré llegar unos informes que me gustaría empezar a discutir con usted durante la cena. Paul, Sonia —vaya, a ellos sí los tutea—, un placer, como siempre.

Se levanta de la mesa y se va de la misma manera en que entró. Yo no puedo dejar de mirar cómo se mueve cuando sale del restaurante. Vaya, qué buen culo tiene, aunque parece que lleva metido el palo de una escoba.

* * *

Una vez en mi apartamento decido descansar un poco. Son las tres y media cuando salimos del hotel y en diez minutos ya estoy entrando en la habitación y deshaciéndome de la ropa. En poco más de una hora tengo que estar en sus oficinas. Ahora que ya he visto la seriedad que desprende decido elegir un traje de chaqueta con falda lápiz de color negro y zapatos de tacón rojos. Lo siento, necesito darles color a mis conjuntos y a mi calzado; si no, me siento disfrazada. Voy al salón, enciendo el portátil y mientras espero que cargue me enciendo un cigarrillo; estaba deseando fumarme uno desde que le di la mano al señor Capdevila. Nada más abrir el correo electrónico, allí están los informes, los paso a mi iPad y empiezo a arreglarme. Siendo él tan serio, estoy segura de que la puntualidad será uno de sus fuertes y de que sabrá valorarla.

Llego a su bufete quince minutos antes de la hora a la que hemos quedado y, aun así, me dirijo directamente a la planta donde tiene su oficina. Nada más entrar me encuentro en una gran recepción con una secretaria morena, guapa y muy bien arreglada. Me presento y le informo de que tengo una cita a las cinco. Ella consulta el ordenador y me dice que espere, que me avisará en cuanto pueda pasar. Y allí estoy yo, como un flan, a punto de tener el primer contacto con mi nuevo cliente, ya que la comida no la cuento como tal: me sentí totalmente desplazada e ignorada, y encima el señor Capdevila está como un tren y no puedo dejar de pensar en la descarga eléctrica que sentí cuando nuestras manos se tocaron. ¿Habrá sentido él lo mismo? Seguro que no. Nota mental cuarta del día: hablarles del mojabragas a las chicas. Cuando más tranquila estoy, sumida en mis pensamientos, la secretaria me llama y me indica la puerta del despacho. Al levantarme, las piernas me tiemblan como si fueran de gelatina.

Llamo a la puerta de su despacho, escucho un escueto *pase* y entro. Me quedo boquiabierta; juro que si hubiera moscas me las estaría tragando todas ahora mismo. Está impresionante: se ha quitado la chaqueta y la corbata, lleva los puños de la camisa recogidos hasta los codos, va totalmente despeinado — seguramente por haberse pasado las manos por el pelo una y mil veces— y su cara parece descompuesta. El hombre serio y seco de esta mañana se muestra desesperado y nervioso, y si antes me resultó guapo ahora lo veo más que sexi. Me entran ganas de acercarme a él y darle un masaje para que relaje la tensión de los hombros, quitarle la camisa y tocar todos y cada uno de los músculos de

su espalda. Dios, Dani, céntrate, que esto es trabajo y no estás ahora para tíos, y menos como este. Pero es que le hacía el buen favor de quitarle el estrés que se le dibuja en la cara y, de paso, darme un capricho, que a nadie nos amarga un dulce.

—Disculpe que la reciba así, señorita García. Si me da un segundo me pondré más presentable —me habla sin ni siquiera mirarme, pero eso me sirve para despertar de las imágenes calenturientas que pasan por mi cabeza en este momento.

—Por mí no se preocupe, está bastante bien. —Pero ¿qué acabo de decir? —. Quiero decir..., no me incomoda. Bueno, haga lo que crea necesario. — Por favor, Dani, céntrate.

Se coloca mejor la camisa, se abrocha los botones y se arregla la chaqueta. Acomoda su pelo como puede y entonces se vuelve y me mira. ¿Me ha parecido ver que sonreía? Descarto esa posibilidad en el momento en que empieza a colocarse la corbata y la seriedad vuelve a su rostro.

—Espero que haya leído los informes que le envié. —Le enseñé el iPad que llevo en mis manos para que sepa que los tengo—. Si ha tenido tiempo de leer algo, habrá visto que quiero que la cena se celebre en el mismo hotel donde hemos comido hoy. Será el sábado dentro de cuatro semanas. En el informe encontrará los *caterings* que me gustarían, por orden de preferencia. Igualmente, le he enviado una copia de las invitaciones de las últimas cinco cenas que se han organizado; no quiero nada como eso. He adjuntado también una relación de invitados preferentes. —Voy tomando nota mental de todo, como Sonia me había advertido; este hombre va al grano—. Cuando salga, mi secretaria le entregará un móvil con el que podrá contactar conmigo y estar disponible para reunirnos cuando yo lo crea conveniente. —Joder con el abogado—. ¿Alguna pregunta?

—Ahora mismo muchas y ninguna. —Yo y mi sinceridad—. Esta noche leeré todo lo que me ha mandado.

—Mañana a las nueve la espero aquí —me corta—. Traiga todas las dudas que tenga. Si me disculpa, tengo que seguir trabajando.

Y sin más, se pone a teclear en su ordenador como si yo no estuviera delante de él, ¿hola? Se da cuenta de que no he abandonado la estancia y me despacha con toda la educación del mundo.

—Buenas tardes, señorita García.

—Buenas tardes, señor Capdevila. —Y sin más, me levanto y salgo de la

oficina.

La secretaria me entrega un maletín que pesa una barbaridad y me indica que en el interior está toda la documentación necesaria. Y yo que creía que solo me darían un móvil... Vuelvo a mi apartamento más nerviosa aún de lo que estaba al llegar. La imagen de un Marc Capdevila despeinado me persigue durante el camino de regreso y me imagino terminando de desabrochar los botones de su camisa mientras paseo mis manos por su cuerpo. Pero qué haces, estúpida, concéntrate en el trabajo, es un cliente y vienes aquí a trabajar y no a pillar cacho.

¿Quién eres?

La sensación que tuve en su despacho no fue nada agradable. Ese maldito abogado será un hueso duro de roer, pero yo soy buena en mi trabajo y nada ni nadie me va a impedir hacerlo de la mejor forma, aunque me descoloque por completo encontrarlo tan desaliñado en una cita para una reunión en domingo. Si es tan serio como pretende demostrar, sigo sin entender por qué me ha citado así en su oficina.

Al llegar a mi apartamento fui directa a la cocina, cogí un botellín de cerveza fría y encendí un cigarrillo antes de telefonar a mi madre; se lo debía.

—Bueno, al fin te decides a llamar —dijo, nada más descolgar—. Venga, cuéntame algo más de ese mes que vas a pasar en Barcelona, que tus amigas se explican fatal.

La puse al día de lo poco que sabía: en un mes tendría que organizar una importante cena para un prestigioso bufete de abogados. Incluso le hablé de la extraña actitud del futuro director. Ella, como siempre, me animó. Esa es mi madre, muy positiva y siempre a mi lado cuando la necesito. Después de hablar con ella llamé a Tere. Ella es abogada y pensé que sabría algo de Marc Capdevila. Además, debía repasar mis notas mentales.

—Hombre, petarda, por fin sabemos de ti. —Oí gritar un *hola* de fondo a Merche—. He puesto el manos libres. Llevamos todo el día esperando que llames.

—Lo sé, no tengo perdón de Dios, pero ha sido un día estresante. —Les conté mi llegada a Barcelona, el almuerzo, la reunión de cinco minutos de la tarde, y entonces hice mi pregunta—: Tere, ¿qué puedes decirme de Marc Capdevila, el abogado?

Se hizo el silencio.

—Joder, Dani, no te gustará lo que sé de él —respondió, muy seria—. Es un tipo extraño, muy bueno en su trabajo, eso sí, pero mi padre nunca quiso que yo tratara con él directamente. Sus palabras exactas fueron: «Ese hombre es tóxico para las mujeres, evita estar a solas con él», y sabes que me fío de mi padre, por muy protector que sea a veces.

No me atreví a preguntarle nada más. Él me había ignorado todo el día y yo soy una profesional. Además, tengo las ideas claras; he hecho este viaje para mejorar mi estatus laboral y sentimental y un tío con aires de grandeza no me amargará las ganas de triunfar. Así pues, les dije a las chicas lo que me rondaba desde que salí de su oficina.

—Le daré su gran cena y volveré a Sevilla como una triunfadora.

—Di que sí, lo vas a dejar con la boca abierta.

—Bueno, y ahora, cambiando de tema, os habéis pasado con la ropa interior, ¿no creéis?

Y empezamos a hablar de nosotras, de los planes que tenían; les dije que ya las echaba de menos, quedamos en llamarnos todas las noches y así, entre unas cosas y otras, pasamos más de media hora al teléfono. El día había sido tremendamente largo y necesitaba el baño con el que había soñado nada más ver el maravilloso jacuzzi, cenar algo ligero e irme a dormir. Mañana sería todo distinto. Debía prepararme para lo que surgiera.

Cuando me preparaba en el dormitorio la ropa perfecta para el día siguiente —vaqueros pitillo, blusa rosa chicle y zapatos de tacón del mismo color—, sentí un ruido extraño. El sonido del móvil retumbaba en el salón. No era el mío, que descansaba sobre la mesilla de noche, y de pronto recordé el maletín que me había entregado la secretaria de Marc —vaya, no recuerdo cómo se llama, con lo simpática que ha sido; nota mental: preguntárselo la próxima vez que la vea—. Salí de la habitación a toda prisa, lo abrí y encontré un iPhone con su nombre: señor Marc Capdevila. Que sí, hombre, que ya me ha quedado claro que para mí es usted señor. Será prepotente el tío...

—Buenas noches, señor Capdevila —le saludé.

—Buenas noches, señorita García. Espero no haberla interrumpido y que esté leyendo el material que le pasé.

Sí, claro. Lo siento, pero es domingo y ha sido un día estresante por su culpa.

—Me disponía a descansar. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Es este su ritmo de trabajo? —Pero ¿qué se cree este tío?—. No haga que me arrepienta de mi elección.

—Le recuerdo que es domingo y no se preocupe, soy toda una profesional. —Yo también sé jugar a lo mismo: no se crea el ombligo del mundo; al menos desde mi cabeza aún puedo despacharlo sin arrepentirme.

—Le acabo de mandar la ubicación del lugar donde nos reuniremos mañana. Me gusta empezar el día con un buen desayuno y usted y yo tendremos una día largo —sentenció—. Buenas noches, señorita García.

Me colgó el teléfono sin siquiera despedirse. Será gilipollas... No conseguí decirle nada más, pero miré el móvil y efectivamente tenía un whatsapp suyo con la ubicación de un restaurante a pocas calles de mi apartamento. No pude evitar mirar su estado y su fotografía. Cómo no, él en actitud totalmente arrogante con un traje de tres piezas negro y una camisa celeste. Hasta en la foto pude apreciar el intenso color de sus ojos penetrándome, joder, sí, es un imbécil, pero no se puede negar que está tremendamente bueno. Leí su estado. Vale, soy una cotilla en potencia, pero en la tele no ponían nada bueno y antes de ver penas prefiero engancharme al *Sálvame*, qué le vamos a hacer, todo lo malo se pega. Su estado me dejó un poco descolocada: *el rojo, mi nuevo color preferido*. No seas estúpida, eso no es por ti, pensé automáticamente, aunque me encantaría que lo fuera... Volví a mi habitación desechando ideas estúpidas; tenía que centrarme, había venido a Barcelona a trabajar. Es cierto que había notado una descarga la primera vez que nos saludamos, era lógico, el tío está bueno a reventar y yo tengo ojos en la cara, pero debía ser profesional. En un mes el trabajo estaría terminado y podría regresar a mi casa con mis locas amigas.

A las siete de la mañana sonó el despertador. El restaurante estaba a pocos minutos de mi apartamento, pero quería estar totalmente despierta —me cuesta ponerme en marcha por las mañanas cuando no estoy en casa— y leer, aunque solo fuera por encima, aquella cantidad de papeles. Preparé un café con hielo y empecé. Tenía ante mí los proyectos de las últimas cinco cenas de aniversario totalmente detallados: lugares, empresas de *catering*, invitaciones, música, comida..., con anotaciones sobre quejas y sugerencias. En eso se habían convertido las anteriores empresas, en garabatos en papel. El miedo y la tranquilidad me invadieron: tenía que ser mejor que ellos. Sonia y Paul confiaban en mí y no podía dejar que un imbécil me hundiera y mi trabajo acabara siendo una queja más para ellos. Si él creía que esta era la mejor

forma de hacerlo, yo lo haría, pero a mi manera.

A las ocho y media salí del apartamento con la ropa que había elegido el día anterior, el pelo suelto y un maquillaje sencillo. Puse los papeles en mi portafolios y cogí el iPad y el bolso. Me acordé del iPhone, lo desbloquéé y encontré algunos mensajes del señor Capdevila.

Sea puntual, no me gusta esperar.
No olvide la documentación.

Vaya, ni un *buenos días* siquiera. Pues nada, paso de contestar. Me entraron ganas hasta de llegar tarde, pero esa no era yo. Merche hubiera dicho algo así como «llega justo a la hora acordada, hazlo sufrir», pero mi forma de trabajar me lo impedía, así que lo guardé todo y salí siguiendo las indicaciones del GPS.

Llegué al restaurante quince minutos antes de la hora acordada. A este hombre le gusta hacerlo todo a lo grande: vaya lujos. Decidí entrar y esperarlo dentro, pero para mi sorpresa ya estaba sentado en la mesa del fondo, tecleando en su portátil abierto. Levantó la vista. ¿Eso ha sido una sonrisa? Venga, Dani, sigue viendo fantasmas donde no los hay. Vino hacia mí y me indicó que lo acompañara. Nos estrechamos la mano. La misma sensación eléctrica recorrió mi cuerpo. Nota mental: tendré que comprar braguitas nuevas antes de que este hombre acabe con todas, o ir sin ellas.

—Buenos días, señorita García, me gusta que sea puntual.

—Buenos días, señor Capdevila, ante todo profesionalidad —recalqué—, y ahora que nos hemos visto un par de veces me sentiría más cómoda si me llamara Daniela, creo que ya se lo dije.

—De acuerdo, Daniela, ¿qué le apetece tomar? —Hizo una seña al camarero.

—Café manchado con leche fría y un donut de chocolate, por favor —pedí.

—Un café americano y otro donut para mí —vaya, sin un *por favor*.

Dediqué al camarero una agradable sonrisa. Muy mono el muchacho.

—Y dígame, ¿por dónde quiere que comencemos?

—Hábleme de usted. —Me miraba directamente a los ojos y ladeaba la boca como si intentara sonreír. Me estaba poniendo nerviosa y entrelacé las manos para evitar atacar mis uñas; ahora que he conseguido superar el vicio de morderlas los nervios no van a poder conmigo.

—Me imagino que sabrá algo de mí. Según mis jefes, usted solicitó expresamente que fuera yo quien organizara esta cena.

—*Touché* —parecía más calmado y sociable que el día anterior—. Les pedí a Sonia y Paul que me dieran una relación de sus mejores trabajadores y su currículum me pareció bastante agradable. —Vaya juego de palabras más extraño—. Necesitamos una persona joven para este evento; queremos dar una imagen renovada del bufete y creo que usted puede ayudarnos en eso.

—Me siento halagada, señor Capdevila. —Aún no me había pedido que le tuteara—. Haré todo lo que esté en mi mano. He tomado nota de sus preferencias y esta misma tarde empezaré a concertar citas.

En ese momento el camarero llegó con nuestros desayunos y me dedicó una sonrisa. ¿Es tensión lo que noto en el abogado?

—No será necesario por ahora. Como le dije, hoy tendremos un día intenso. Ya he concertado citas con las empresas en las que estoy interesado —vaya, allanándome el terreno— y yo la acompañaré para saber si he puesto el día más importante de mi carrera en las manos de la persona indicada. —Acababa de echarme un bloque de piedra de responsabilidad sobre los hombros; sonrío y asiento, Dani.

Me explicó que el hotel ya estaba reservado para la noche del evento y que una empresa externa haría el servicio. Y sin más, se levantó de la mesa tras darle un sorbo a su café y me pidió que lo acompañara. Fuera nos esperaba un BMW gris plateado, impresionante, ¿cómo no lo había visto al entrar en el restaurante? Me quedé sorprendida cuando lo vi sacar unas llaves de su bolsillo y accionar la apertura de puertas. Abrió la del acompañante y con un gesto me indicó que subiera. Vaya, ahora es todo un caballero. ¿De dónde habrá salido este tío de mil y una caras? Lo mismo es un prepotente que un arrogante, un imbécil y ahora un caballero. No sé qué pensar de él; me tiene totalmente desconcertada y me va a volver loca.

Tal como había dicho, la mañana fue una carrera contra reloj. Visitamos tres empresas de *catering* y me entrevisté con sus responsables mientras él me observaba; fuimos a dos imprentas en las que me entregaron varios cedés con muestras de posibles invitaciones, para verlas con más detenimiento desde mi ordenador. A eso de las dos de la tarde, de nuevo en el coche, mi estómago hizo acto de presencia y comenzó a rugir como si el monstruo de las galletas intentara escapar de su interior. Ese sonido que intentas evitar, pero aparece cuando menos te lo esperas. Él volvió su cara hacia mí y cuando pensaba que

me iba a soltar una fresca, estalló en una carcajada. Vale, ahora sí me he muerto, pero ¿de dónde ha salido eso? Sus labios curvados mostrando una perfecta dentadura, las arruguitas de sus ojos iluminando su cara y haciéndole parecer más guapo aún. Por favor, para de reír, que me estoy poniendo cardíaca.

—¿De qué se ríe? —conseguí decir aguantando mi propia risa. Aunque se reía de mí era agradable oírle. Daba gusto ver que tras ese semblante de abogado estirado había algo de humor, aunque fuera a mi costa.

—De ti, Daniela —respondió tan tranquilo, secándose las lagrimillas de los ojos—. Déjame invitarte a comer; con el estómago vacío uno no puede concentrarse.

—No se preocupe por mí, déjeme en su oficina como acordamos y a las cinco volveremos a vernos —dije sin más. Necesitaba parar, quitarme los zapatos, tomarme una cerveza fría y descansar de él.

—No es ninguna molestia y sí me preocupo. —¿Se preocupa por mí?, ¿desde cuándo?— Así podremos adelantar trabajo. —Vale, ya decía yo que ver tantas cosas buenas en tan poco tiempo no era normal.

Aparcamos frente a sus oficinas, cruzamos un par de calles y acabamos en un bar del estilo de los que suelo frecuentar con mis amigas, y no en un restaurante esnob, tomando unas tapas. Al entrar, una camarera bastante pechugona se acercó a nosotros y le plantó dos besos a Marc. Me quedé con la boca abierta cuando vi que él respondía con total normalidad.

—Hola, guapo, me alegro de verte. Al fondo está libre la mesa que te gusta. ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor, Mara, una jarra bien fría. ¿Y tú, Daniela?

—Otra, por favor —conseguí articular, y sin más me agarró de la mano y me condujo al fondo del local.

Aquel gesto volvió a provocar el mismo escalofrío en mi cuerpo. Adiós, tanga de La Perla, ahora sí que te has desintegrado del todo. Necesito ir al baño y secarme antes de que alguien pase por mi lado y resbale en el charco que acabo de dejar.

Me dejé conducir hasta la mesa y él me sorprendió sentándose a mi lado y no enfrente, como en las anteriores ocasiones. Estaba más cerca de lo normal, incluso nuestras piernas se rozaban. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero la sensación me gustaba, me sentía bien. Sin embargo, al momento escuché en mi cabeza la advertencia de Tere y me separé de él. Me miró de

rejo: había notado mi movimiento.

—No muerdo aún, Daniela —dijo, acercándose a mi oído—. Ahora no estamos trabajando, sino en un almuerzo informal, así que dejemos las formalidades y llámame Marc. —¿Quién es este hombre y qué está pasando aquí?

Mientras se deshacía de su chaqueta vi moverse todos los músculos de su cuerpo; sentí un calor sofocante. Lo que me pasaba con ese hombre no debía de ser muy sano; tendría que conseguir un desfibrilador para llevarlo en el bolso si quería evitar un ataque al corazón. Deseé tocar todos y cada uno de sus músculos, que su camisa beige hacía que se le marcaran por completo —aunque, se ponga el color que se ponga, está para mojar pan—. En ese preciso momento tomó entre sus dedos un mechón de mi pelo y me susurró al oído:

—Tienes un pelo precioso, ¿sabes que el color rojo se ha convertido en mi favorito? —Vaya, saltitos de alegría en mi interior, su estado de WhatsApp es por mí—. No sabes las ganas que tenía de tocarlo. Es tan suave... —Y me plantó un beso en el cuello que hizo que mi corazón dejara de latir durante unos segundos. Por favor, que alguien llame al 061 o a la funeraria, qué más da.

Me quedé ojiplática. En otra situación le hubiera devorado la boca sentada a horcajadas encima de él y deshaciéndome de esa maldita camisa que me separaba de la lujuria, pero la cordura volvió a mí y logré soltarle una de las mías.

—Señor Capdevila, creo que su comentario está totalmente fuera de lugar. Me gustaría irme a mi apartamento.

Intenté levantarme, pero él me lo impidió poniendo su mano sobre mi pierna. No pude, o no quise moverme. Lo que despertaba en mí era más fuerte que la razón.

—Te he dicho que me llames Marc, y creo que los dos somos adultos. —Su mirada celeste como el cielo era muy intensa—. Seamos sinceros, ese rubor en tus mejillas te delata. Intuyo que ambos sentimos lo mismo la primera vez que nos saludamos.

No dijo nada más, se acercó a mí sin retirar la mano de mi pierna, llevó la otra a mi cuello y me besó. Joder, y vaya beso. No pude resistirme; desde la primera vez que me tocó quise probar sus labios, carnosos y sensuales aunque parecieran siempre una línea recta. Ahora sabía que era verdad: sus gestos de otras veces fueron intentos de sonreírme, y me dejé besar, saboreé sus labios,

le permití adentrarse en mi boca y sentí puro placer. Nunca me habían besado así, aquí y ahora todo era lujuria, pasión, deseo. Lentamente, su mano subió hasta mi entrepierna y noté la humedad recorriendo mis partes más íntimas. Solo con un beso. Automáticamente deseé no estar en aquel bar. Se me había pasado hasta el hambre y ya solo tenía hambre de él; quise hacer mis sueños realidad y morir de puro placer. Al parecer él sentía lo mismo, porque se puso de pie, dejó un billete sobre la mesa, me tendió la mano y tiró de mí para salir de aquel local.

No cruzamos ninguna palabra. Fuimos directos a su coche, sin soltarnos; yo notaba esa electricidad recorriendo todo mi cuerpo. Condujo sin retirar en ningún momento su mano de mi pierna hasta que llegamos a un edificio de puro lujo, cómo no, pero esta vez no me detuve a mirar tonterías; solo deseaba que me hiciera perder la cabeza. Bajamos al aparcamiento y salimos del coche. No hizo falta decir nada más: los dos sabíamos lo que queríamos e íbamos a tenerlo, sí o sí. Pulsó el último botón del ascensor, que nos dejó en la entrada de lo que pensé que sería su casa: un vestíbulo enorme, puro estilo. Nada más abrir la puerta me levantó para apoyarme sobre la pared y volvió a besarme.

—Joder, Daniela —pronunció, entre jadeos—, sabes a pura gloria.

Logré enroscar mis piernas sobre sus caderas —no soy un peso pluma, más bien me sobran un par de kilos, pero a él pareció no importarle— y en esa posición empezó a despojarme de la blusa sin separar sus labios de los míos. Caminamos así hasta su habitación y terminó de quitarme la blusa sobre la cama.

—Eres perfecta. —Volví a ruborizarme y él desabrochó y bajó mis vaqueros mientras yo me quitaba los tacones como podía. Cuando ya estaba en ropa interior empezó él a desvestirse: primero la corbata, después la camisa. Joder, increíble, lo suyo no eran músculos, me encontraba ante un dios del Olimpo en la tierra: la espalda ancha, los pectorales fuertes. En el estómago se marcaban todos y cada uno de sus bien definidos músculos y se distinguía la forma en V de sus caderas perdiéndose bajo los pantalones. Un suave vello moreno le bañaba el pecho y al quitarse el pantalón conseguí ver la maravillosa erección que escondía.

Que lo sepa todo el mundo: eso lo he provocado yo solita, aplausos para mí. En ese momento me sentí superorgullosa.

En un abrir y cerrar de ojos le tenía de pie frente a mí, totalmente desnudo. Con mucho cuidado, se recostó sobre mi cuerpo. Notaba su erección en mi

cadera mientras cogía mechones de mi pelo, me besaba el cuello y mordisqueaba mis orejas. Nuestra respiración era cada vez más acelerada. Necesitaba sentirlo dentro, llenarme de él. Me deshice del sujetador y con un movimiento rápido me senté sobre él. Me gusta llevar la voz cantante; soy así, quiero tener el control de todo. Le pilló por sorpresa, pero se dejó hacer. Comencé a mover mis caderas y a rozarme sobre su impresionante pene. Él me agarró los pechos y se incorporó para tener acceso a mis pezones, que suplicaban atención. Se endurecieron hasta el dolor, un dolor placentero. Las ganas y la intensidad con las que nos deseábamos era tremenda.

Alargó la mano hacia la mesilla y me entregó un condón para que se lo pusiera. No podía esperar más y yo tampoco. De un solo tirón mis braguitas se desintegraron entre sus manos, literalmente, ahora sí las había perdido. Ya nada se interpuso entre su cuerpo y el mío. Empecé a dibujar movimientos circulares con las caderas. Tentándolo. Su pene rozó mi entrada: con cada uno de mis movimientos él levantaba las suyas buscando el calor de mi interior. Le hice rogar hasta que no pudo más. Lo supe por la tensión de su cuerpo, por cómo sus manos agarraban mi cintura y me clavaba los dedos. En apenas un segundo mi cuerpo se encontró contra el colchón. Su boca me devoraba. Los jadeos de ambos inundaron la habitación. Íbamos a explotar en mil pedazos. Bajó una mano por mis pechos, lentamente; sus dedos me hacían cosquillas. Un millón de hormigas recorriendo mi cuerpo. No quería sentir aquello, no deseaba engancharme a él, solo que me follara.

Sus manos alcanzaron mi centro de placer y comenzaron a jugar con mi botoncito, a esas alturas firme. Y con solo introducir un dedo me hizo explotar en un increíble orgasmo. Una sonrisa se dibujó en su cara. Poder. Excitación. Alcé mis caderas para enroscar mis piernas a su cintura, supliqué que me penetrara. Él entendió mis ruegos y en un solo movimiento retiró su mano y dejó que su carne me invadiera. Este calor me va a matar. Perlas de sudor me recorren el cuerpo. Sus movimientos son rápidos, pero no deja de prestarme atención un solo momento. Esos labios vuelven a besarme. Esta manera de follar, porque es lo que estamos haciendo, es tan impresionante que cuando menos lo espero llega un nuevo orgasmo. Lo nota, me besa y absorbe cada gota de placer que desprende mi cuerpo. Me levanta las manos para impedir que lo toque. Quiero sentir sus músculos tensarse con la lujuria. No deja de moverse, una embestida tras otra, mil y un orgasmos me llevan al séptimo cielo. Intento soltarme, me lo impide, roza mis labios con su lengua. El azul de

sus ojos se vuelve más intenso y sus movimientos más rápidos. Está a punto de llegar.

—Córrete para mí, hagámoslo juntos.

Dejé salir de mi cuerpo toda la tensión sexual contenida durante los dos días que llevaba en la ciudad, y en una embestida se derramó dentro de mí. Hubiera querido que el maldito plástico no se interpusiera entre nosotros para notar su calor. Vamos, Daniela, con-cén-tra-te, acabas de conocer a este tío y ya estás pensando en hacerlo a pelo. En follar con él otra vez. Meneé la cabeza para ahuyentar los pensamientos. Disfruta el momento, idiota, me reprendí.

Él se dejó caer a mi lado y retiró de mi cara unos mechones de pelo rozándome con la yema de los dedos. Me dejé acariciar y mimar mientras los brazos de Morfeo me llevaban a un sueño profundo.

La realidad

Despierto más descansada que nunca. La sesión de sexo de la noche anterior me ha dejado agotada. La Daniela racional ha vuelto; no sé cómo me he dejado embaucar hasta este punto. Marc es prepotente, estúpido y egocéntrico, pero en aquel bar se comportó de una manera totalmente distinta. Su sonrisa parecía la de un hombre calmado, sin estrés ni ganas de manejarlo todo, sus ojos azules me habían demostrado pasión. Al estirarme en la cama me doy cuenta de que ya no está. Miro alrededor y encuentro una notita sobre la mesilla de noche. «Señorita García, la espero en el salón.» Así, sin más, he vuelto a ser la señorita García.

Rescato mi ropa de un sillón que hay junto a la puerta. Está doblada de una manera muy meticulosa. Voy al baño y me lavo un poco. No llevo braguitas; anoche las rompió y tampoco las veo entre mi ropa. Cuando estoy preparada y lista para la batalla salgo cruzando el mismo pasillo por el que el abogado me llevó en volandas la noche anterior. Ahora puedo observar su casa. El salón es enorme, masculino: colores sobrios, marrones y grises. Como es él. En el centro hay un gran sofá de piel. Está sentado, con un periódico entre las manos, y una taza de café reposa en la mesa que tiene delante. Viste elegante: un traje de tres piezas azul marino, camisa celeste y corbata de rayas muy finas. Su porte vuelve a ser el mismo: serio, seco, estricto y prepotente de manual.

—Sírrete una taza de café, está recién hecho —me dice sin mirarme siquiera—. Te llevaré a casa para que puedas cambiarte —sigue con su discurso sin levantar la vista—. Te espero a las once en las oficinas para seguir organizándolo todo.

Mierda, ¿dónde está el hombre que me hizo rozar las estrellas anoche?

Aunque si pretende ser el mismo gilipollas del principio, yo también sé jugar a esto. En realidad, mi mente me ha avisado un par de veces. Y Tere me lo dijo: no te acerques a él; pero yo, como una tonta, se lo he puesto fácil. Me toca y me derrito. Sí, necesitaba desahogarme, y tal vez he pensado en eso de que un clavo saca otro clavo. Pero soy una mujer adulta y he de tomar las riendas de mi vida.

—Buenos días, señor Capdevila, ¿ha dormido bien? —le digo, irónica—. No hace falta que me lleve a ningún lado, llamaré un taxi y a las once estaré en sus oficinas.

Y sin más me dirijo a la puerta de su apartamento. Él no levanta la vista del periódico en ningún momento.

Vale, he sido fuerte dos minutos, el tiempo de salir de su casa, llamar un taxi y derrumbarme en el asiento de atrás. Pero ¿qué has hecho, alma de cántaro?

Una completa gilipollas, eso es lo que soy. Claro que el abogado está bueno, claro que he pasado una noche increíble, pero llevo solo dos malditos días en Barcelona y aún me quedan como mínimo veintiocho más trabajando codo con codo con él. ¿Cómo voy a mirarlo ahora a la cara sabiendo lo que esconde debajo de la ropa? ¡Gilipollas! Así es como me siento en este preciso momento. ¿Qué estará pensando él de mí? No quiero saberlo. Aprovechar esta oportunidad para mi trabajo, en eso es en lo que debí centrarme, en mi trabajo y en no volver a hacer tonterías con hombres. Soy como esos niños pequeños a los que les dices lo que no pueden hacer y no paran hasta que lo hacen.

Cuando llego a la puerta del edificio veo bastante movimiento en la calle. Miro la hora en mi móvil. Son las nueve de la mañana y tengo dos horas para llegar a casa, refrescarme, desayunar algo, aclarar mis ideas y salir hacia el bufete. El teléfono vibra en mis manos. Miro la pantalla y aquí está de nuevo. ¿Qué querrá ahora?

Es de muy mala educación despreciar el ofrecimiento que le hacen. La espero a las once.

Bloqueo el móvil y lo guardo en mi bolso. Si espera que le conteste se va a quedar calvo. No creo, tiene un pelo tan bonito... Joder, Daniela, de verdad eres tonta. Nota mental: no decirles nada a las chicas si no quiero que me den un par de tortas.

Al llegar a casa preparo una cafetera y me voy directa a la ducha con la música a todo volumen, para no pensar en nada. Quince minutos más tarde ya estoy en el salón con el albornoz, una toalla en el pelo y un café, marcando el número de teléfono de mi hermano. En estos momentos es el único que puede entenderme.

—¡Hola, nena! —contesta al segundo tono—. Pensaba llamarte ahora mismo, no sé por qué, no me lo preguntes, pero creo que necesitamos hablar.

Siempre es así entre nosotros. Fran es mi gemelo, sí, pero no tenemos nada que ver. Yo soy bajita y él todo lo contrario: mide algo más de metro ochenta y cinco, se machaca todo lo que quiere y más en el gimnasio, es guapísimo, rubio, sí, de un rubio rojizo. Es lo único en que nos parecemos. Sus ojos también son verdes, pero tienen otra intensidad. Somos el día y la noche. Él un sinvergüenza, crápula, mujeriego, un mojabragas de manual. Creo que en mis veintiocho años le he podido conocer... ¿cuántas?, ¿seis, siete novias semiformales?, y eso sin contar los rollos de una noche. Pero así es mi hermano, un tío que sabe cuándo lo necesito y siempre está a mi lado. Además, ¿quién soy yo para juzgarlo? Si hasta me da envidia que haga lo que le da la gana. Es normal que tenga a todas las chicas que quiera. Trabaja como instructor de *spinning* en un gimnasio bastante conocido en Madrid, adonde se fue cuando terminó la carrera de Educación Física, y de vez en cuando viene a casa de visita. Eso sí, las fiestas importantes las pasa junto a la familia. Como os cuento, no puedo recriminarle nada; es mi hermano y lo quiero tal cual.

—¡Hola, amor! No sabes las ganas que tenía de hablar contigo. Joder, no sé cómo lo haces tú en Madrid, pero en Barcelona apenas me he movido por dos calles y ya me pierdo —le digo, intentando que no me note nerviosa—. Menos mal que solo me quedaré un mes, si no me muero.

—Anda, no seas exagerada, seguro que cuando menos lo esperes encontrarás algo en la ciudad que te enamore y le darás un disgusto a mamá.

—Para eso ya estás tú, así que cuéntame, ¿qué tal todo?

Empezamos a hablar de todo un poco, de los másteres y cursos que está preparando, de mi mes en Barcelona programando el trabajo que tal vez me catapulte al estrellato o me hunda en la miseria. Pero este niño no es tonto.

—¿Huyes de Pedro o de verdad es por trabajo? —Olé por mi hermano, siempre directo.

—Si conoces la respuesta, ¿para qué haces la pregunta? —le digo sin ningún tipo de emoción—. Sabes que el trabajo es mi pasión y esta es una gran

oportunidad que no pienso desaprovechar, y bueno, si además me alejo de ese gilipollas, eso que gano, ¿no crees?

Empezamos a reírnos. A mi hermano le encanta que use siempre el mismo insulto para todo lo que me repatea. Preferiría no ser tan borde, pero no puedo evitarlo. Miro la hora en la pantalla de mi móvil.

—Bueno, enano, en una hora me reuno con mi cliente, *el estirado* —Fran no necesita más información por ahora—, así que te dejo, que me tengo que arreglar.

Nos despedimos prometiéndonos, como siempre, llamarnos en breve, algo que ocurrirá dentro de un día o de un mes, dependiendo de la necesidad que tengamos el uno del otro. Salgo corriendo hacia mi habitación. Después de lo que pasó la noche anterior quiero parecer lo más profesional posible. Fue solo sexo y no se volverá a repetir. Elijo un traje de chaqueta rosa palo con falda lápiz, camisa burdeos y tacones a juego, un maquillaje sencillo con rubor en mis mejillas y rímel. Cojo mi maletín con todo el material necesario: portátil, iPad, teléfono y la documentación impresa más necesaria para tener a mano. Las oficinas están cerca, pero decido llamar un taxi. Paso de andar con taconazos de doce centímetros aunque sea un par de calles. Además, hoy quiero estar rompedora, y no con un esguince de tobillo.

Llego más que puntual a las oficinas: aún faltan veinte minutos para mi reunión con el señor Capdevila. Decido tomarme otro café. Lo pido para llevar y subo a la recepción de su despacho. Saludo a su secretaria, que, como la vez anterior, me dedica una mirada de superioridad, aunque en el fondo parece maja. Seguramente sean los efectos de trabajar para *el estirado*. Le indico que en quince minutos tengo una cita con él. Como suponía, me pide que lo espere en los sofás. Menos mal que me acompaña mi café, aunque no sé si es lo más aconsejable. Con lo nerviosa que estoy me va a dar algo. Tenía que haberlo pedido descafeinado. Segunda nota mental del día: empezar a tomar descafeinado si me toca lidiar con Marc.

—Señorita García —su voz es chillona e incómoda de oír—, el señor Capdevila no podrá reunirse hoy con usted. Me informa de que le ha enviado la información necesaria para que pueda realizar su trabajo. Muchas gracias. —Y vuelve a su teclado.

Lo que digo, Dios los cría y ellos se juntan. Vaya tía, y mira que parece buena chica, pero el palo del culo se lo quitaba yo a hostias. Y para colmo este me ha dejado tirada. Pues no me voy a quedar de brazos cruzados. Tiene

narices que hace dos horas me haya recriminado que no acepto ayuda. Pues se va a enterar el magnate de la abogacía. Con Daniela García no se juega. Saco el móvil y, mientras camino hacia el ascensor sin haberle dado las gracias a esa Barbie de goma, le escribo.

 Mi tiempo es oro y la cena es de usted, le mandaré los informes cuando sea conveniente.

 Pulso el botón de enviar y salgo del edificio con una sonrisa triunfal. Quien ríe el último ríe mejor, aunque no tengo claro si soy yo la que estoy riendo en último lugar. Me tocará averiguarlo más tarde. En cualquier caso, me alegra no verlo esta mañana; ese mal trago que me ahorro. Además, me gusta trabajar sola cuando organizo los eventos. Tener al cliente todo el día pegado a mí me pone mala. Automáticamente vienen a mi cabeza imágenes de la noche anterior. Me centro. Venga, que tú puedes, Daniela, vuelve al bar, saca la agenda y empieza a trabajar. O, pensándolo mejor..., ¡hola, Barcelona!

6

Profesionalidad ante todo

Miércoles. Vuelvo a mi rutina diaria después de que el día de ayer pasara sin pena ni gloria. Lo dediqué un poco a mí; no estaba con ánimos de abrir correos ni de nada. Si el estirado del abogado había rechazado la cita laboral que él mismo propuso me merecía un martes sabático. Fui de compras, visité las zonas cercanas a mi apartamento, las Ramblas y los edificios de Gaudí, y por la noche llamé a las chicas y les envié unos cuantos selfis que me había hecho por la ciudad. Sé que me notaron rara y distante, pero nuestros años de amistad nos han enseñado a respetar los malos momentos de cada una.

La mañana del miércoles empieza como siempre. Pongo la cafetera y me tomo mi primer café —recuerda: los siguientes, que sean descafeinados o zumitos—. Enciendo el ordenador, me ducho y una vez frente a la pantalla me dedico a eliminar correo *spam*. ¿Cómo puede llegar tanta basura si no suelo suscribirme a nada? Contesto unos cuantos mensajes sobre eventos que pensaba organizar en Sevilla, Huelva y Cádiz cuando llegaran las vacaciones de verano. Y ahí, como si fuera un depredador agazapado tras los arbustos esperando un despiste mío para atacar, aparece el correo de Marc Capdevila.

Buenos días, señorita García:

Le envío en el documento adjunto las citas que he podido concertar para los próximos días. Si necesita algo póngase en contacto con mi secretaria o use el móvil que le dejé.

Atentamente,
Marc Capdevila

Abro el documento y compruebo que tendré trabajo para toda la semana y parte de la siguiente, cosa que agradezco, pero, señor, que los demás tenemos

vida. Me alegro de que él no vaya a asistir a ninguna de mis reuniones. ¿Me estará evitando? No creo; ya ha conseguido lo que quería y a otra cosa, mariposa. Es que parezco tonta, no aprendo. Todos los hombres son iguales. El que no está casado es gay y el que no, un infiel de mierda que me toca los cojones. Cuando quieras puedes desaparecer de mi cabeza, Pedrito de las narices.

Me pongo manos a la obra antes de que se me vaya la pinza en pensamientos estúpidos. Mientras esté ocupada no haré el tonto. Primero voy al restaurante del hotel y acuerdo con el responsable que nos cederán las instalaciones para el evento. Muy a regañadientes, la verdad, pero es lo más lógico; participará al menos un treinta por ciento de su personal de hostelería. Ahora falta que la empresa de *catering* también lo acepte. Maldito estirado y sus estúpidas exigencias.

Jueves. Otro día más en Barcelona, uno menos para volver a Sevilla. Café, ducha, revisión de correo, eliminación de *spam* y ningún correo del *estirado*, a pesar de que le envié uno para contarle el avance de la reserva del hotel. Bueno, he de verlo claramente, he sido un polvo de una noche y tengo que convencerme de que él ha sido lo mismo para mí, así que mejor no me agobio. He venido a esta maravillosa ciudad por trabajo y ya es jueves. Dejaré de divagar.

Otro avance más en mi gran proyecto. Hoy tengo cita con el *catering*. Me toca convencerlos de que contraten a camareros ajenos a su empresa, y para mi sorpresa aceptan sin rechistar. He conseguido que la mitad de los empleados sean del hotel. Los llamo y agradecen mi esfuerzo. Esto es así: una porción del pastel para cada uno y todos contentos. Necesito llamar a mis locas.

—¡Hola, Tere! —grito nada más notar que descuelga el teléfono—. ¿Qué tal por allí? ¿Pasasteis a regar mis plantas?

—¡Hola, petarda! ¿Cómo es que no haces una llamada a tres?

—Estoy demasiado eufórica como para pararme a comprobar qué botones he de pulsar —le digo, alzando nuevamente la voz—. Todo me está saliendo redondo aquí. Si sigo así tal vez consiga volver antes, eso si *el estirado* no pone trabas.

—Bueno, me alegra oírte decir eso, porque te echamos de menos —su voz suena algo triste, pero ellas me respetaron hace un par de días y tengo que hacer lo mismo. Cuando esté preparada, ella misma me dará pie para que le

pregunte—. ¡Jo, que ya viene el calorcito y necesito sesión de playa y charla!

—Pues ven a Barcelona. Mi cama es muy grande y si le dices a tu padre que le abandonas un par de días por mí, seguro que no pondrá pega.

—Trato hecho, hablaré con Merche.

Nos enfrascamos en una larga conversación para organizar un fin de semana apoteósico: a qué garitos ir, qué ropa ponernos... y sin darme cuenta ya estoy en mi apartamento. El tiempo pasa volando cuando hablo con Tere. Le pregunto por Merche. Hoy le ha tocado trabajar; por lo visto alguien se ha puesto enfermo y, como está ahorrando para no sé qué viaje, ha decidido sustituirlo. No siempre nos contamos las cosas a la primera, aunque después somos muy cotillas y lo soltamos todo.

Mientras me preparo algo de comer terminamos de hablar y me asegura que Merche vendrá con ella a Barcelona, aunque tengamos que prestarle el dinero. Además, como ha trabajado hoy, le será más fácil convencer a sus jefes para librar el fin de semana.

Le mando un correo a Marc para informarle del avance en las reuniones y en la organización del evento, como siempre con copia a mis jefes, que siempre me contestan con caritas sonrientes y aplausos. Sí, desde que se han familiarizado con la tecnología tienen más que gastados los emoticonos del WhatsApp; se ve que se han hecho adictos, qué le vamos a hacer.

Viernes. Último día de la semana. Mi rutina siempre me ha dado algo positivo; si consigo llevarla a cabo soy capaz de cualquier cosa. Café, ducha, revisión de correo, eliminación de *spam*, contestación de correos sobre próximos eventos y dos mensajes interesantes, uno de Marc y otro de las chicas. Por supuesto abro antes el de ellas; lo mejor es empezar el día con buen pie y sospecho que me quieren dar una sorpresa. Efectivamente, es así. El mensaje no tiene asunto, para aumentar mi intriga. Tampoco hay texto, solo un documento adjunto que me apresuro a abrir. Doy saltitos de alegría: es una copia de sus billetes de avión, ¡este fin de semana arde Barcelona! Miro la hora: llegan a las tres de la tarde y ahora mismo son las nueve de la mañana. Me da tiempo de sobra para asistir a la reunión sobre la elección de las invitaciones, comprar algo de comer y recogerlas en el aeropuerto. Planificación, total profesionalidad, eso he venido a hacer en Barcelona y, sin saber por qué, cada vez que el gilipollas del abogado estirado pasa por mi cabeza me suelta la misma retahíla.

La reunión empieza perfectamente; aconsejo seleccionar unas invitaciones

fantásticas que espero que Marc apruebe. Pido a la imprenta que me las envíe por correo para pasarlas a su cliente e incluso consigo un descuento bastante significativo que podré destinar a un par de cosillas más que siempre quedan en el aire.

Le mando a Marc el mensaje de rigor con el avance de mis gestiones y me dispongo a realizar las tareas programadas. Así tendré el tiempo justo para recoger a las locas de mis amigas. Las llamé nada más leer el correo y las dos respondieron eufóricas, aunque yo no me quedé atrás. La única condición que me exigen es que no falte cerveza fría en el frigorífico. Trato hecho.

Un fin de semana diferente

Llegué al aeropuerto de El Prat media hora antes de que aterrizara el avión de mis chicas. En la terminal T2 comprobé que el vuelo no llevaba retraso y di un paseo por la galería comercial. Acabé entrando en la tiendecita de prensa y no pude evitar comprar el último libro de Sara Ballarín, *El cuaderno de Paula*. Lo tengo en mi iPad en formato electrónico, pero el papel siempre me llama, me gusta dormirme con su olor. Mientras lo hojeaba, unos gritos me sacaron una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Enanaaaa! —Sí, acababan de llegar y de un salto me levanté y salí corriendo a abrazarlas.

—Cómo os he echado de menos, mis niñas —dije entre lágrimas—. Jo, no sé qué va a ser de mí estas tres próximas semanas.

—Anda, anda, exagerada —me reprendió Tere, siempre tan dispuesta y elegante incluso después de casi dos horas de vuelo—, no empieces con la morriña y disfrutemos de este fin de semana.

Solo llevaban equipaje de mano, así que salimos enseguida del aeropuerto. Tere y Merche con poca ropa, me estaba empezando a dar miedo. Si para pasar una sola noche en mi casa traen tres o cuatro vestidos diferentes, varios pares de zapatos, unos cuantos conjuntos de ropa interior... Esto es todo un logro para mis chicas.

Cogimos un taxi en la salida de la terminal y le indiqué al conductor la dirección de mi apartamento. Había avisado a Paul y Sonia de que mis amigas se quedarían conmigo el fin de semana y ellos colocaron un pequeño sofá cama en mi habitación, aunque con las dimensiones de mi cama estaba segura de que acabaríamos las tres en ella.

Llegamos a mi casa provisional durante aquel mes en Barcelona. Mientras

se la enseñaba alucinaron igual que yo la primera vez que entré. Ellas se instalaron y yo preparé algo para picar, con mucha cerveza fría y la ayuda del chino de abajo —sí, fui a lo fácil, pedí comida en el chino y solo tenía que calentarla en el microondas—. He de confesar que no me gusta la comida china, pero bueno, puedo tirar con un arroz tres delicias y unos rollitos de primavera, que es lo que tengo más a mano y aún no he podido ver los bares y restaurantes de la zona. Además de arroz y rollitos había pedido cerdo agridulce, sopa *wan tan* y galletitas de la fortuna. Lo dispuse todo en la mesa y cuando estaba sacando las cervezas del frigorífico, Tere y Merche hicieron acto de presencia en el salón.

Abrí las puertas de la terraza; entraba un fresquito muy agradable. Nos pusimos cómodas, con ropa de estar por casa: Merche, unos *leggings* y una camiseta de tirantes, Tere, un pantalón corto y una camiseta de Kiss —sí, lo sé, mi niña pija es una rebelde cuando la alejas de su papá— y yo, unos *shorts* y una camiseta de manga corta. Descalzas, nos sentamos en el suelo alrededor de la mesa baja del salón. Hablamos de todo lo que habíamos hecho durante esos días sin vernos. Tere, por fin, había convencido a su padre para llevar un caso menor; Merche se disponía a llevar el *catering* de un buen hotel, y yo les conté todas mis actividades de la semana. Omití la tórrida noche de sexo con el abogado —no estaba preparada para una bronca y además habían venido a disfrutar, no a sermonearme—. Averigüé por sus miradas que sospechaban que les ocultaba algo, pero para entonces ya había cambiado el rumbo de la conversación. De verdad, no me apetecía nada comerme el coco. Él había pasado de mí y yo había hecho mi trabajo. Follamos, sí, fue increíble, sí, no volvería a pasar y ya.

Cuando terminamos de cenar repartí las galletas de la fortuna y comenzó el momento de tensión y risas. Nuestra rutina siempre es la misma: primero Tere, luego Merche y después yo. Leímos sin comentar nada y dejamos las risas para el final.

«Una persona te está enviando energía positiva.»

«Nada te traerá más felicidad que luchar por tus sueños.»

«De los negocios nacerá un gran amor.»

Me atraganté mientras leía y Tere me acercó un vaso de agua. Venga ya, no me jodas, yo sin querer decir nada y la puñetera galletita suelta este mensaje, pero qué cojones amor, ha sido un maldito —pero increíble— polvo de una noche, un estirado que se comporta como un galán y después se vuelve a poner

la máscara de gilipollas con un palo de fregona en el culo. Fue como si las chicas estuvieran metidas en mi cabeza; intuía que leyeron mis pensamientos, pero prefirieron callar. Creo que mi rostro lo había dicho todo. Hablaron de sus mensajes sin pedirme ningún tipo de explicación. Suspiré aliviada. Si es que las tengo que querer...

Descansamos el resto de la tarde. Ellas traían los planes preparados desde Sevilla: se encargaron de reservar mesa en Shoko y después nos quedaríamos allí a bailar y beber. Cuando empezamos a arreglarnos me sorprendió encontrar sobre el sofá de la habitación tres vestidos impresionantes —lo habían pensado todo, son mis brujitas preferidas—. Merche, con su imponente altura y sus curvas, eligió uno precioso de color amarillo y escote palabra de honor que le llegaba a medio muslo. Con ese color de piel, sus ojazos verdes y el pelo negro como el azabache iba a estar preciosa, sin duda. Tere, como ya dije, cuando se suelta el pelo lo hace a lo grande. Escogió un vestido aún más corto, de tirantes y con un escotazo de impresión, color turquesa. Y yo, bueno, estuve un buen rato pensando que al final siempre dejo que hagan lo que quieran conmigo. Aquel vestido, si es que se lo podía catalogar como tal, era precioso, sí, pero se quedaba una cuarta por encima de mis rodillas; tenía unos tirantes muy finos y un escote en forma de corazón que hacía parecer mis pechos mucho más grandes, y ya tengo una buena delantera. Mi espalda quedaba totalmente descubierta y dejaba muy poco a la imaginación. El color, increíble, un rosa palo que subrayaba el color de mi cabello haciéndolo parecer más rojizo, algo que siempre intento disimular. Pero esa noche, con ese vestido, me sentía sexi y dispuesta a comerme el mundo. Cuidado, que allá íbamos.

—De verdad, no sé cómo lo haces, Dani, estás siempre impresionante con lo que te pongas y hoy queremos ligar todas, así que déjanos algo, ¿vale?

No pude más que reírme, pero la verdad era que cada vez que me miraba al espejo me veía más guapa y atractiva, y sin poder remediarlo Marc comenzó a invadir mis pensamientos. ¿Qué diría ahora del color rojo? ¿Seguiría siendo su favorito? Al momento me vi con el teléfono en la mano espiando su estado de WhatsApp: *no sabes quién soy...* ¿Me habría dedicado también a mí ese mensaje? No quería darle vueltas. Lo tenía puesto desde el día siguiente a nuestra noche juntos; debió de escribirlo solo unos minutos después de que yo le enviara el mensaje a raíz de que cancelara nuestra reunión. Lo saqué de mi cabeza —no te martirices tú sola, Daniela, que hoy no

es día para eso—. Fui a la cocina, cogí tres copas del armario y la botella fría de lambrusco de la nevera y brindé con las chicas. Esa noche temblaría el paseo marítimo de Barcelona.

Llegamos al restaurante, puro glamur —una vez al año no hace daño—. Disfrutamos de una maravillosa cena mediterránea y nos reímos una vez más de nuestras anécdotas de juventud —las contamos siempre que estamos juntas y las hemos escuchado más de un millón de veces, pero no nos cansamos, son parte de nosotras—. Después del postre pasamos a la zona de discoteca del mismo restaurante, que era aún más impresionante. Era casi la una de la noche y estaba bastante lleno, lo cual agradecemos porque nunca nos ha gustado llegar las primeras a ninguna fiesta. Pedimos unas copas en la barra y nos dirigimos a la zona de sofás para relajarnos y observar el ambiente. Vimos gente muy *cool*, como diría Tere. La noche estaba siendo estupenda y después de la tercera copa nos atrevimos a meternos de lleno en el centro de la pista y bailar. Quedamos en que, si alguna ligaba —cosa que no entraba en mis planes; ya tuve mi sexo de una noche—, iría a cualquier sitio menos al apartamento. Les había dado a cada una copia de las llaves para no tener que molestarnos entre nosotras.

La música sonaba a todo volumen —*Bajo un mismo sol*, de Jennifer Lopez—, y un grupo de chicos bastante monos se acercaron a nosotras meneando las caderas. Después de bailar un par de temas con ellos regresamos todos a los sofás. Nos invitaron a una copa —ya llevaba cuatro, pero cuando las chicas y yo decidimos pasarlo bien no nos cortamos un pelo—. No sé si fue un presentimiento o las copas que había tomado, a las que había que sumar el vino de la cena y lo que bebimos en mi casa, pero estaba desatada y saqué el móvil para ver la hora. Tenía un mensaje de un número desconocido.

Estás impresionante con ese vestido, el rosa es mi nuevo color favorito. M.

Venga ya, no me jodas. Me levanté de un salto y empecé a buscarlo por el local. No podía ser que estuviera ahí, con lo grande que es Barcelona. ¿Y cómo narices tenía el número de mi móvil personal? Nerviosa, me disculpé con mis amigas y con los cuatro chicos que nos acompañaban y me dirigí al baño sin dejar de mirar por todas partes. Tengo al estúpido de mi ex en Sevilla, siguiéndome por todos los rincones, y para una noche que consigo desconectar, que las chicas vienen de visita, tiene que aparecer este a joderme

la noche también. He tenido que ser muy mala en otra vida para que el karma me la juegue así. No sé, lo mismo es como *Beetlejuice*, que lo nombras tres veces y aparece, y la culpa es mía por nombrarlo. Conseguí llegar a los baños haciendo como que bailaba para poder colarme entre la gente. Qué coraje me da venir al baño; el de los tíos siempre vacío y a nosotras lo que nos gusta venir de tres en tres. Mientras iba sumida en mis pensamientos sentí que me tiraban del brazo y choqué contra un cuerpo fuerte y bien marcado. Su olor me hizo saber quién era. Me atraía contra sí, pero impidiendo que lo tocara. No pude evitar mirarlo de arriba abajo. Estaba impresionante, con unos vaqueros caídos sobre las caderas y camisa celeste con los tres primeros botones desabrochados, dejando a la vista una pequeña parte de su torso. En ese momento quise besarlo, chuparlo, arañarlo —joder, cómo me pone este tío—. Al parecer mi cara lo revelaba todo, porque él me soltó los brazos para aprisionarme contra la pared, posó una mano en mi nuca y otra en mi trasero, me atrajo hacia él y me besó, o más exactamente, devoró mi boca. No dudé en devolverle el beso. Eso era un beso, y no los que me había dado Pedro durante tres años. La tensión sexual se cortaba con cuchillo y tenedor. Lo apreté contra mí hasta notar su excitación en mi vientre. Deslicé las manos por su pelo para acercar aún más su boca. Y entonces, en un pequeño momento de lucidez, me separé de él como pude y le asesté un tortazo.

No pareció importarle. Me agarró las manos nuevamente, pero esta vez las puso sobre mi cabeza sujetándolas con una de las suyas mientras con la otra unía su cuerpo al mío. Mi pulso se aceleraba. La respiración. Me puse cardíaca, por Dios, ¿qué quería este hombre de mí? Acercó su boca a mi oído, sentí su aliento cálido, y susurró suavemente la respuesta a mi pregunta mental.

—No sabes quién soy y no sé si quiero que lo sepas, pero te necesito ahora —e igual que la primera vez, dejé que me sacara de allí. No sé qué pensar de este hombre; me aterra, pero a la vez me pone tanto que no puedo evitar seguirle, porque sé lo que quiero: a él dentro de mí. Me daba igual quién narices fuera, ya solo me importaba lo evidente. Que la excitación que acababa de sentir me llevara de nuevo a rozar las estrellas.

Conociendo más

Y aquí estamos otra vez, yo arrastrada por una fuerza desconocida. Cuando Marc se quita la máscara de estirado, de abogado insufrible, aparece una persona totalmente distinta que me atrae como un imán. Salimos agarrados de la mano —mejor dicho, él me agarra de la muñeca y yo me dejo llevar—. Y ahí está mi cabecita haciéndome pensar, sensata, menos mal que en ocasiones le da por funcionar, porque cuando se trata de este hombre ella se queda en blanco y yo solo quiero que me folle, más aún después de haberlo probado.

—¡Para! —le grito, para que se me escuche por encima de la música—. Mis amigas están dentro. Han venido a estar conmigo, no puedo dejarlas así como así.

—Mándales un mensaje diciéndoles que te has ido.

—Esto no funciona así, Marc. —Creo que mi mirada consigue que se lo piense mejor, pues me permite volver dentro.

Consigo soltarme de su mano y con paso decidido vuelvo al interior del local. Ahí están Tere y Merche, bastante entretenidas con el grupo de chicos. Se vuelven hacia mí con caras de sorpresa, miran hacia mi derecha y entiendo el porqué. Marc me ha seguido, da un paso hacia delante y se presenta. Ellas le responden efusivamente, con sus copas de más.

Merche me mira de forma comprensiva y observo un rubor en sus mejillas —obviamente, ha visto el atractivo del hombre que me acompaña—, pero la cara de Tere es todo un poema. Vale, ya sabe quién es. La que me va a caer. Marc Capdevila, que de repente está aquí, conmigo, no puede ser otro que el abogado para el que trabajo y del que ella misma me pidió que me alejara. Le lanzo una mirada pidiendo que no diga nada en ese momento. Ya soy mayorcita y sé lo que debo o no debo hacer. Bueno, al menos ahora lo tengo claro. Si

acaso, mañana me lameré las heridas, ¿vale?

—Sé que habéis venido a pasar este fin de semana con Daniela y quiero disculparme, porque esta noche tiene que venir conmigo —¿quién cojones se cree para decidir lo que voy a hacer?—, así que, si no os importa...

Vuelve a cogerme de la mano y tira de mí sin previo aviso. Tere se acerca a nosotros y me agarra de la otra.

—Pues, si no te importa, primero tengo que hablar con ella. —Y empezamos a caminar hacia la puerta de los baños.

—Ahora no, Tere, déjalo para mañana...

—Pero ¿qué cojones haces, Daniela García? —Bien, le da igual lo que le diga—. Te advertí que no te acercaras a él y ahora aparece aquí diciendo que os vais juntos.

—Yo no lo he llamado, Teresa Méndez, y lo sabes. —Imito a Julio Iglesias, la tensión me puede y digo tonterías—. Además, tú no eres nadie para decirme con quién puedo y con quién no puedo acostarme. —Y en ese preciso instante noto que le estoy revelando más de lo que pretendía. Tere se da la vuelta y, aunque su intención es dejarme allí sin decir nada, comprendo que su amistad hacia mí se lo impide.

—Eres bastante mayorcita para saber lo que haces, pero, por favor, ten cuidado.

Se marcha y me quedo sola. Marc se acerca, de nuevo con su máscara de insufrible. Pero ya me da igual; ha desatado a la leona que hay en mí y juro que esta noche tendremos marcha. Mañana veré qué hago y con qué resaca me levanto, pero hoy no pensaré en nada más.

Lo tomo de la mano en cuanto llega a mi lado —perdona, pero yo también sé llevar la voz cantante—. Tiro de él hacia la salida del local, pero una vez fuera no sé hacia dónde dirigirme. Me hace una señal para que lo acompañe y al fondo puedo ver su coche. Ambos permanecemos en silencio. Se oye *La chispa adecuada*, de Bunbury; la verdad es que nunca me lo hubiera imaginado escuchando este tipo de música. Lo miro y sonrío, pero él no aparta la vista de la carretera. Es un polvo, solo sexo, solo es eso, así que disfruta, si la cosa sigue igual volverá a desaparecer durante la semana, podré concentrarme en el trabajo y en nada estaré de nuevo en casa. Prefiero lidiar con Pedro, al que ya conozco, que tener que saber nada de Marc, pero que me quiten lo bailao, esta noche me aprovecho.

Llegamos a una zona solitaria. A lo lejos unas luces iluminan un caserón

con varios siglos encima. La iluminación es tenue y lo hace parecer muy elegante. No sé dónde estoy; no es una residencia privada, hay varios coches aparcados fuera y nosotros lo hacemos en una plaza donde pone «Reservado». Sea lo que sea, no es un lugar extraño para Marc. Bajo del coche y él se acerca a mí, me agarra de la cintura y me obliga a dar varios pasos atrás, hasta que el coche me impide retirarme de su lado. Su cuerpo está totalmente pegado al mío y noto su impresionante erección apretándose contra mi vientre. Hasta con mis zapatos de tacón de infarto sigue siendo bastante más alto que yo. Poco a poco, acerca su boca hasta que sus labios se amoldan a los míos como si aquel fuera el lugar donde deben estar. El beso empieza siendo suave, cálido, apasionado, pero después sus manos pasan de mi cintura a mi trasero; con una masajea mis nalgas y sube la otra hasta mi nuca para atraerme aún más hacia él. El beso se hace entonces más intenso y puedo notar la calidez de su lengua junto a la mía. Cuando parece satisfecho, se separa de mí.

—Acabemos cuanto antes —me dice, con la respiración tan acelerada como la mía—, hoy sabrás quién soy y podremos seguir cada uno con nuestra vida.

Y así, sin mediar más palabra, lo agarro fuertemente de la mano y dejo que me lleve hasta las escaleras de acceso a la pequeña mansión. Como pensé desde un principio, aquello no era una casa familiar ni nada por el estilo; en la misma puerta hay una recepción donde he de presentar mi DNI para que me registren. ¿Es un hotel, tal vez? Marc me mira y sabe que no entiendo nada. En el papel que me piden rellenar con mis datos viene marcada la casilla de invitado junto a la de socio. No tengo ni idea de dónde estoy, pero mi lado cotilla puede conmigo.

Entramos a la siguiente sala, que es un pequeño bar con una pista vacía. Hay varias parejas acurrucadas en los sofás, unas charlando y otras en posturas más íntimas. Me lleva hasta la barra del bar, pide dos cervezas y me entrega una. Ni siquiera pregunta si me apetece otra cosa. De esto va todo hoy. Pero veremos qué es lo que quiere que sepa y a qué me quiere presentar Marc; ya estoy con la intriga.

—En el momento en que quieras irte, solo dímelo y te llevaré a casa —me dice, en tono sereno—. Hoy quiero enseñarte quién soy para que entiendas que lo del otro día fue un estúpido error que no puede volver a ocurrir.

Le doy un trago largo a mi cerveza antes de armarme de valor para soltar todo lo que tengo en la punta de la lengua. Nunca he estado en un local de

estos. Después de firmar el papel de confidencialidad sé dónde me he metido. No soy una niña estúpida, acabo de entender a qué viene aquí la gente que me rodea. Sexo. Con su pareja o con las que se quieran apuntar. Entre estos pensamientos y que imagino lo que Marc hace aquí empieza a invadirme el deseo de experimentar con él. La verdad es que nunca me ha pasado por la cabeza hacer algo así. Ahora mismo estoy muy excitada y quiero disfrutar de él, me da igual dónde y cómo.

—Mira, gilipollas, no soy ninguna niñata y que no haya estado en un local de estos en mi vida no significa que no sepa lo que suele hacerse en ellos, así que enséñame de una vez lo que te da tanto miedo decirme y solucionemos la ecuación. —Estoy más que segura de que es el alcohol el que habla por mí, pero no me arrepiento de ninguna de las palabras que acabo de soltarle.

Marc se levanta de su taburete, se bebe de un trago la cerveza que le queda y vuelve a cogerme de la mano para llevarme hasta el pasillo que se encuentra al fondo. Es bastante largo, con varias puertas a cada lado que dan acceso a lo que creo que son habitaciones. En la parte superior hay dos luces, una verde y una roja. En la puerta, carteles que indican algo que aún no puedo distinguir. Comenzamos a andar a paso rápido y consigo leer algunos fragmentos: «Chica», «Chico», «Homosexual», «Pareja». En otras puertas no hay nada. Cada vez más nerviosa, llego con Marc al final del pasillo; él saca una llave del bolsillo y abre una a nuestra derecha.

Al entrar, la luz es muy suave, pero Marc hace que la habitación se ilumine completamente utilizando el mando de luces que hay junto a la puerta. Frente a mí veo una gran cama con cuatro postes, y atado a cada uno un cinturón de seda roja. Las sábanas son también de seda roja. Hay también un aparador con cremas lubricantes y juguetes eróticos. Al fondo de la habitación, un jacuzzi desprende vapor; el agua ya está caliente. Yo y mi curiosidad me hacen acercarme a la cama y comprobar el tacto exquisito de la seda que la cubre. Recorro el dosel entreteniéndome en los cinturones amarrados y entonces noto su presencia detrás de mí. Sus grandes manos empiezan a acariciar mi espalda, totalmente descubierta, su boca se posa sobre mi cuello y deja un reguero de besos desde el lóbulo de mi oreja hasta el hombro, y con mucho cuidado empieza a deslizar los tirantes de mi vestido sobre mis brazos. Cuando logro liberarme de ellos, tira un poco del vestido hacia abajo; mis pechos quedan al descubierto y sus manos acuden a ellos para agarrarlos y masajearlos, provocando que pequeños jadeos escapen de mi garganta. El calor que

desprenden sus manos es increíble. Me pellizca los pezones hasta hacerme soltar un grito de dolor, pero le pido más. Estoy a punto de llegar al orgasmo y no me ha hecho nada. Deja que el vestido caiga lentamente, resbalando por mi piel y deslizándose como una cascada por mis muslos, y él, automáticamente, lleva hasta allí sus manos.

—Esto es lo que me gusta de ti, que seas tan receptiva. Lo mismo hasta me sorprendes.

Introduce su mano entre mi piel y el tanga, que escucho romperse entre sus dedos. Dos noches y dos menos, pero no quiero prestar atención a eso ahora; quiero sentir, disfrutar.

—Si quieres que pare, solo dímelo —me susurra al oído mientras me hace andar de espaldas hacia la cama.

Cuando siento el colchón detrás de mis piernas me ayuda a tumbarme sobre él y subir hacia arriba. Vuelve a susurrarme que le pida que se detenga cuando yo lo decida. Niego con la cabeza. No quiero que pare. Necesito seguir sintiendo esto. Que me diga quién es, qué es lo que pretende de mí. Quiero saber también hasta dónde estoy dispuesta a llegar. Está despertando en mí cosas que nunca imaginé, siento miedo e intriga, pero sus manos me invitan a dejar la mente en blanco y disfrutar.

Quiero tocarlo y no me deja; jugueteo con él. Intento deshacerme de su ropa, pero es imposible.

—Quieta, pelirroja. Eres tú la que quiere saber, así que estate quietecita y disfruta. Solo puedes usar la boca.

Coge uno de los cinturones y me ata una mano a la cama, después la otra. Me pregunto si está todo bien. Solo puedo asentir; tengo la garganta seca. Se dirige a los pies de la cama y realiza el mismo proceso con mis tobillos. Me ha dejado totalmente inmovilizada. Dispuesta para él. Abierta de piernas. Con mi humedad resbalando por ellas, excitada, encendida.

—Sé que todo esto es nuevo para ti. Lo estás haciendo muy bien. He dejado el cartel de la puerta en blanco, pero si de verdad quieres saber quién soy, si estás dispuesta, dime quién prefieres que entre en la habitación, un chico o una chica.

Asiento sin saber qué decir. Él se levanta en silencio y coge varios de los juguetes que hay en el mueble y algunos condones y lubricantes. Estoy nerviosa y sé que lo nota, porque me vuelve a decir:

—Recuerda, si quieres que pare, dímelo.

Se acerca a mí con un bote de lubricante, deja caer unas gotas sobre sus dedos y los desliza por mi cuerpo, me hace cosquillas. Unos escalofríos de puro erotismo recorren mi piel. Trae el pequeño consolador que antes dejó sobre la cama y un antifaz y me pide permiso para ponérmelo. Le dejo, estoy nerviosa. Se sube a la cama y se acomoda entre mis piernas; ahora solo intuyo sus movimientos. Quiero saber lo que va a hacer, pero estoy atada, incapaz de nada, así que dejo que mis sentidos permanezcan alerta. Posa sus manos en mis pies y empieza a masajearlos lentamente. Sube despacio, regalándome sensaciones indescriptibles. Sus manos son expertas, se nota. El pánico también acude a mí. Quiero disfrutar, experimentar, pero no sé dónde me estoy metiendo. Miedo. Pasión. Sigue subiendo las manos, retira una, no sé dónde la tiene, no intuyo ningún movimiento. Frío, humedad. Está vertiendo unas gotas de lubricante sobre mis labios vaginales. El frío se convierte en calor. Sus manos vuelven a estar sobre mis muslos. Lo escucho jadear, ¿o soy yo? Estoy excitada. Alcanza la unión de mis piernas y empieza a jugar con mi botón. Me enciendo, me acaloro. Algo helado me toca. Me susurra que esté tranquila. Me va a gustar. Introduce un dedo y sus movimientos rítmicos me encienden. Levanto las caderas pidiendo más y él me lo da. Introduce un segundo dedo y la pieza fría y metálica empieza a vibrar sobre mi clítoris. Estoy a punto de llegar al orgasmo y él lo nota.

—Sshh, tranquila.

No puedo más, la intensidad de sus movimientos me hace retorcerme, tirar de las correas que me tienen sujeta a la cama. Noto que ha cambiado de posición y se apodera de mi boca. Absorbe mi orgasmo con la suya, juega con su lengua y, cuando parece que otra vez estoy a punto de correrme, el peso de su cuerpo desaparece de la cama. El consolador está ahora en mi interior, impidiendo que el orgasmo remita. Nota mental: hacerme con un cacharrito de estos. Por Dios, qué gusto.

Vuelve a la cama y se coloca sobre mí. Se ha desnudado y puedo notar el contacto de su piel contra la mía. Desprende calor. Su respiración está acelerada. Lleva una mano a mi entrepierna y hace girar el aparatito. He muerto y estoy en el cielo. Me retira el antifaz de los ojos. La luz de la habitación es tenue, pero tengo que parpadear un par de veces para acostumbrarme.

—¿Qué te ha parecido? ¿Quieres más? —me pregunta.

—Más...

Coge un condón del mueble y se lo coloca al momento. Está muy excitado; su glándula brilla con las gotas de semen. Se vuelve a colocar entre mis piernas, retira el consolador de mi interior y siento un vacío. Ahora puedo verlo, pero sigue sin soltarme las manos. Se lo pido, pero me calla con un beso y en una embestida me penetra. Nunca me ha pasado esto, pero solo con ese movimiento vuelvo a llegar al orgasmo. ¿Cuántos van, tres? Quiero más, por favor, no pares.

—Joder, Dani, eres increíble.

No hay más palabras, solo jadeos y gritos y mis brazos tirando para deshacerse de los cinturones y poder tocarlo, abrazarlo y tomar la iniciativa. Seguimos así no sé cuánto tiempo; es impresionante sentir como un hombre busca placer mientras es capaz de dárselo a otra persona. Su ritmo empieza a acelerarse; ya he perdido la cuenta de los orgasmos que llevo. Querría llegar con él a este. Sé que está cerca. Si mi única baza es levantar aún más las caderas, así lo hago. Se deja ir y yo con él. Tras separarse de mí se retira el condón, pero esta vez no hay un momento de abrazo. Se levanta. Va hacia la cómoda, se acerca a la cama con unas toallitas y limpia mi humedad. El roce frío me vuelve a excitar.

—¿Sigues queriendo más, nena?

—¿Más?

Se tumba a mi lado y me acaricia el pelo mientras una sonrisa ladeada se dibuja en su cara. Esos ojos azules me van a volver loca si me siguen mirando así. Una suave melodía suena de fondo y caigo rendida, todavía atada a la cama.

Queriendo más

El sonido del agua cayendo me despierta de mi sueño. La luz de la habitación es más suave ahora, solo la iluminan unas lamparitas sobre la pared del fondo. Mis piernas y mis brazos ya son libres, pero continúo completamente desnuda. Solo me cubre la sábana de seda roja.

Estoy eufórica; todo lo vivido hasta ahora es nuevo para mí y me he sentido a gusto, feliz, completa. ¿Estoy preparada para más? No lo sé. Me da igual. He llegado hasta aquí y quiero conocerlo todo. Me levanto de la cama cubriéndome con la sábana como si de una túnica romana se tratara. El sonido del agua en el baño me atrae y no puedo evitar abrir la puerta y entrar. Marc está en la ducha, con los brazos apoyados en la pared y la cabeza agachada, dejando caer el agua por su cuerpo. La imagen es tierna. ¿Qué estará pensando? Lo observo en silencio; no se ha dado cuenta de que estoy allí. Es perfecto: su anatomía, increíble, totalmente un dios, la espalda ancha acaba en una cintura estrecha y fibrosa, los glúteos ruegan ser apretados, mordidos, cuidados con pasión. No sé de dónde salen estos pensamientos; nunca he sentido tanto placer y deseo por un hombre, pero ahí está él, en toda su gloria, como su madre lo trajo al mundo, y no pienso dejar pasar la oportunidad. Me deshago de la sábana. Al fin nota mi presencia. Me mira, pero no dice nada. Estoy decidida. Me voy a meter en la ducha con él.

—Nunca antes había hecho esto, así que te dejo elegir a quien quieras invitar a la habitación. —Voy a probar este mundo nuevo que me está mostrando. Mañana será otro día.

La expresión de su cara se torna feliz; creo que es la primera vez que veo en él una sonrisa real. Levanta sus manos, me agarra de las muñecas y tira de mí hasta que nuestros cuerpos se unen. Apoya su frente contra la mía. No sé lo

que pasa por su mente. Solo siento la presión de sus manos en mis muñecas impidiendo que me mueva para abrazarlo. Necesito hacerlo, pero no me lo permite. Me lava; sus manos son fuertes y grandes, pero su tacto es suave y sensual. No dice nada, pero se entretiene con delicadeza a enjabonarme entera recreándose en cada parte de mi cuerpo: mis brazos, mi cuello. Con suavidad me lava los pechos y mis pezones responden a sus caricias. Sigue lentamente hacia abajo: mi vientre, mi pubis, mis piernas, mi trasero. No dice nada. Deseo que me haga el amor allí mismo. No es su intención. Aclara el jabón de mi cuerpo. Sale él primero y se enrosca una toalla a la cintura. Después me ayuda a mí a salir y me seca delicadamente. Finalmente me pone un albornoz y me conduce de nuevo a la habitación.

—Espera aquí. —Entra en el baño y cinco minutos después sale de la habitación totalmente vestido. Me quedo sola y totalmente desconcertada. No tengo ni idea de lo que va a pasar. Por una parte estoy ansiosa por conocer más. Quiero más de lo que ya he disfrutado.

No sé cuánto tiempo estoy así, sumida en mis pensamientos. Veo una bata de seda roja, me deshago del albornoz y me la pongo veloz. Paseo por la habitación descubriendo qué esconde cada rincón. En la cómoda, una gran variedad de juguetes eróticos: consoladores, dilatadores anales, pinzas para los pezones, lubricantes de todos los sabores... ¿Usa él todo esto cada vez que viene? ¿Seré capaz de utilizarlo yo? Me da igual, solo sé que me apetece disfrutar. En ese momento la puerta se abre, me vuelvo y solo verlo me excita, tan guapo y sexi. No viene solo: le acompaña otro hombre casi tan alto como él, pero muy diferente, rubio, con el pelo bastante corto, mirada de un verde intenso, guapo, muy guapo y atractivo, sexi, fuerte.

Marc se acerca a mí, me toma por la cintura y me conduce junto a aquel hombre.

—¿Es de su gusto, señorita García? —me susurra al oído—. Permítame presentarle a mi buen amigo Miguel, que esta noche nos acompañará, si usted quiere.

Lo miro y no puedo más que asentir. Miguel se acerca a mí, Marc me suelta y permite que sea su amigo quien me agarre ahora por la cintura y me atraiga hacia él para unir sus labios a los míos, sin mediar siquiera un *hola*. Los labios son carnosos, dulces, sensuales, sus manos empiezan a desabrocharme el lazo del albornoz y entonces siento como otras manos en mi espalda lo deslizan por mis brazos hasta que cae al suelo. Un precioso charco

de seda roja descansa entre los tres. No sé cómo he llegado hasta aquí, pero no me arrepiento. Quiero disfrutar. Yo y dos hombres, no, mejor dicho, yo y dos dioses.

Miguel deja de besarme para prestar atención a mis pechos. Sé que atraen a todos los hombres que me miran; soy consciente de ello desde jovencita. Arqueo mi espalda para darle mejor acceso. Marc me besa la espalda. Se arrodilla detrás de mí y sus besos descienden hasta mi trasero. Lo besa y lo muerde con suavidad. Mi cuerpo experimenta todo tipo de sensaciones nuevas para mí. Punzadas de excitación en los pechos, calambres en las zonas más íntimas. De nuevo Marc, como si conociera mi cuerpo mejor que yo misma, lleva una mano hasta mi pubis y lo explora hasta alcanzar el clítoris. No puedo aguantar más; un grito escapa de mi garganta. Miguel abandona mis pechos para atraparlo con su boca, haciendo que la excitación crezca aún más. Estoy exhausta y apenas hemos comenzado; no puedo imaginar lo que vendrá a continuación.

Ambos se separan de mí. Miguel me tiende la mano para que lo acompañe hasta la cama. Marc no se ha movido de su posición. No consigo descifrar su mirada; se ha vuelto a poner la máscara que tanto me disgusta, pero en ese momento no me puedo parar a pensar. Miguel me ayuda a tumbarme en la cama, se quita la camisa y se desabrocha los pantalones. Pero Marc aparece a nuestro lado y lo agarra por los hombros tirando de él hacia atrás. Lo miro sin entender nada. Miguel se viste rápidamente y abandona la habitación. No sé lo que le pasa por la cabeza, pero Marc está cabreado. Me lanza el albornoz para que me cubra.

—Vístete. Te espero en el bar, creo que recordarás cómo llegar. —Y se marcha sin decir nada más. Y aquí me quedo, sola y con un calentón de un par de narices. Me visto y salgo a buscarlo; ahora soy yo la que está cabreada y decidida a dejar de comerme la cabeza por este hombre de mil y una personalidades. Hasta aquí hemos llegado, Daniela. Nota mental: pasa de este tío, que no te va a traer nada bueno, aunque haga magia entre tus piernas. Dios, si la mirada que le ha dedicado a Miguel matase estaría hecho cenizas en el suelo. ¿Qué le pasa? No lo comprendo. Me siento como una completa idiota. Ya me lo había advertido Tere. Imbécil, idiota, ¡gilipollas! Eso es lo que soy.

Cuando llego al bar, Marc y Miguel están hablando, como si hace unos instantes no hubiera pasado nada —y yo comiéndome la puta cabeza, de verdad eres única, Daniela—. Ambos se vuelven al notar mi presencia. El

rubio buenorro me dedica una inclinación de cabeza y desaparece de la escena. Marc vuelve a las andadas, me agarra de la muñeca y me saca de allí. Esta costumbre suya está empezando a cabrearme de verdad. Llegamos al coche y sube sin siquiera decirme nada. Toca los botones de la radio. Está buscando algo de música. Me encanta esta canción de Christina y Los Subterráneos, *Voy en un coche*. Sube el volumen al máximo, tanto que no puedo ni escuchar mis propios pensamientos. ¡No entiendo a este tío! Es una caja de sorpresas y tengo muy claro que no deseo abrirla. Una y no más, santo Tomás.

De camino a mi apartamento permanecemos totalmente en silencio, aunque tampoco el volumen de la música permite otra cosa. No cruzamos siquiera una mirada. Estoy temiendo que se le desencaje la mandíbula, de tan apretada como la lleva.

Detiene el coche frente a la puerta de mi edificio y me mira, por fin. Aprovecho que acaba de bajar la música e intento hablar con él.

—¿Qué ha pasado, Marc?

—Por favor, bájate del coche. Ya te dije que lo del otro día fue un error por mi parte, y hoy lo he confirmado.

—Pero...

—No hay peros, trabajas para mí y está todo dicho. Bájate, si no te importa.

Y lo hago, aunque las lágrimas pugnan por salir. Me siento utilizada. Ni siquiera me mira cuando arranca el coche y se marcha como alma que lleva el diablo. No puedo más, ya no lo aguanto. Salgo de un gilipollas infiel para enchocharme con otro peor. Sí, lo reconozco, Marc tiene algo que me engancha, no sé qué es. Me tengo por una chica dura capaz de tomar buenas decisiones, pero cuando se trata de hombres me convierto en un completo desastre.

Entro y me derrumbo en mi cama. No me he fijado en si han llegado ya las chicas, pero si están han decidido no decirme nada. Que se acabe este día, que se acabe este mes, por favor.

Las mejores amigas

Me siento como una mierda, una tremenda y verdadera mierda. Me he despertado peor que como me acosté. ¿Qué es lo más complicado? Explicárselo a mis amigas, que han venido a pasar el fin de semana conmigo y las he dejado plantadas para ir detrás de un extraño, y lo único que he sacado en claro es que soy una tonta y que no quiero saber nada más de él. Quiero aprovechar esta oportunidad laboral más que nada en el mundo y yo sola estoy mandándolo todo al traste. Ya tengo demasiadas cosas en que pensar como para acumular más problemas, más comederos de cabeza y más complicaciones. Aún me quedan tres semanas en esta maldita ciudad; por mucho que diga mi hermano, nada en ella conseguirá enamorarme. Marc se ha cargado cualquier recuerdo bonito que pueda guardar.

Esa noche no conseguí dormir nada. Recuerdo imágenes de sexo, pasión y morbo seguidas de sentimientos de desprecio y dolor. Un dolor que se ha instalado en mi pecho y que yo sola provoqué. No quiero sentir esto. Me juré a mí misma que no volvería a sufrir por un hombre y Marc provoca eso en mí. ¿Realmente deseaba saber más, o era otra cosa?

Me levanté de la cama cansada de dar vueltas y convencida de lo que debía hacer: adelantar todo el trabajo posible y acortar mi estancia en Barcelona. Mis jefes no lo verían con buenos ojos y tal vez me jugara el puesto de trabajo, pero antes era mi cordura, antes incluso que mi corazón. Encendí el ordenador y me preparé un café muy cargado haciendo el menor ruido posible. Mis amigas dormían en el sofá cama; habían respetado mi espacio. Nunca trabajo en sábado, pero tuve que hacerlo para conseguir el objetivo que me había propuesto. Como cada día, revisé mi correo, eliminé el *spam*, miré las fiestas que estaba organizando en segundo plano y me dispuse a

afrontar la tarea que más me importaba en aquel momento: terminar de preparar la maldita cena del arrogante abogado.

No sé cuánto tiempo permanecí frente al ordenador tecleando y planificando la agenda de aquella semana, ni cuántos cafés llevaba ya en el cuerpo —nota mental: olvidar el descafeinado, necesito estar despierta— cuando unas manos pequeñas me taparon los ojos y retiraron de mis oídos los auriculares, en los que sonaba mi selección de música para días de lluvia y penas.

—La cosa tiene que estar mal para que trabajes un sábado —escuché decir a Tere mientras me destapaba los ojos.

—No hace falta que me lo digas, lo sé, soy una estúpida, pero también sé darme cuenta de mis errores, así que hazme el favor de ahorrarte el sermón.

—Renacuaja, decir *te lo dije* se quedaría corto. —Se sentó a mi lado en una sus posturas imposibles, con las piernas cruzadas—. Pero sí, eres mayorcita y más vale tarde que nunca. Además, por lo que veo ya te has martirizado bastante tú solita.

—Sí, sí, que ya lo sé, anda, sírvete un café y ayúdame a terminar esto.

No sé cómo lo hace, pero hasta después de una fiesta está preciosa. Da igual que las ojeras le lleguen al suelo, que tenga el pelo revuelto y el maquillaje repartido por toda la cara; es una chica de revista. Se levantó del sofá, se sirvió un café y volvió para sentarse en la misma postura.

—A ver, dime en qué te puedo ayudar.

—Quiero que revises estas propuestas como si fueran para ti. También eres abogada, así que dame caña. —Le pasé el portátil—. Necesito que todo esté perfecto para el lunes, porque no me apetece quedarme en Barcelona más días de los necesarios. Si lo consigo, podré terminar el trabajo desde Sevilla y volver solo unos días antes de la cena.

Como siempre, Tere se puso a ayudarme sin preguntar nada más. Una hora más tarde nos acompañaba Merche. Entre las tres sacaríamos buen provecho del sábado. Me dolía abusar así de ellas, pero necesitaba solucionar mi problema. Lo más duro iba a ser llamar a mis jefes. Decidí hablar con Paul, el más serio, el que más bronca me da, pero también el más comprensivo. Seguro que entendería la situación sin que tuviera que explicarle nada de lo ocurrido.

—Buenos días, Paul. Perdona que te moleste un sábado, pero necesito hablar con vosotros. —Estaba de los nervios, no quería entrar en detalles—. Es importante, sabes que no llamaría si no lo fuera.

—Buenas tardes ya, Daniela. —Vaya, no me había dado cuenta de que ya eran las cuatro—. Cuéntame qué pasa. Sonia ha salido con sus amigas, si yo puedo ayudarte...

—Es sobre el trabajo...

—No irás a decirme que no eres capaz —me cortó—. Espero que sea otra cosa, porque Marc habla maravillas de ti. —¿Perdona? ¿Maravillas? Venga, Dani, no dejes que unas palabras te separen de tu rumbo.

—No, no es eso, Paul, es que he avanzado bastante. —Me armé de valor y fui directa al grano—. Entre el lunes y el miércoles tendré todas las reuniones finales y me gustaría volver a Sevilla y terminar de organizarlo todo desde allí. Claro, si os parece bien.

—Nos gusta tenerte aquí, Daniela, pero sé que habrá alguna razón por la que nos pides algo así. Si eres capaz de preparar para el miércoles un informe detallado con toda la organización y el visto bueno de Marc, el viernes podrás volver a Sevilla.

—Gracias, Paul, el miércoles tendrás tu informe por la tarde. —Las chicas me hacían señales de ok—. Solo te voy a pedir una cosa —sabía que le haría pensar, pero tenía que decírselo—: no le digas al señor Capdevila que me voy.

Nos despedimos sin más preguntas. Las chicas y yo decidimos pedir unas pizzas; la tarde se nos había echado encima y quería acabar el trabajo lo antes posible. Dejamos organizadas todas las citas —menos mal que las empresas trabajaban los sábados—, y justo cuando llegaban las pizzas le envié un correo al *estirado*. Cuanto antes zanjara aquel asunto, antes disfrutaría de mi fin de semana de amigas.

Buenas tardes, señor Capdevila:

Le comunico que para la semana que viene he concertado varias entrevistas con las empresas que intervendrán en la organización de la cena. Adjunto le envío un pdf con las visitas que realizaré entre el lunes y el miércoles. Todas las reuniones están concertadas y mi agenda cerrada. Si necesitara algo más de mí, hágamelo saber lo antes posible para incluirlo en la agenda esos tres días, pues quisiera adelantar en lo posible todo el trabajo y que este sea de su agrado.

Igualmente, le informo de que el resto del fin de semana estaré totalmente incomunicada y no podré atender sus llamadas.

Reciba un cordial saludo,

Daniela García

Después de enviarlo dejé el ordenador encendido por si se le ocurría contestar. Decidí darle tregua únicamente el tiempo que tardáramos en comer nuestras pizzas y preparar una pequeña mochila para la escapada que habíamos planeado. Mientras me ayudaba con la gestión de las citas y reuniones, Merche había reservado una casa rural para esa noche y yo no iba a negarme; ya las dejé tiradas una vez. Demasiado habían hecho por mí como para fastidiarles la diversión.

Mientras ellas terminaban de prepararse —yo suelo estar lista en cinco minutos, ellas en media hora...—, revisé la bandeja de entrada de mi correo. Allí estaba el que esperaba, o eso creí.

Señorita García:

El señor Capdevila ha salido de viaje este fin de semana y estará fuera hasta el martes. Mientras tanto, seré la encargada de revisar su correspondencia.

Patricia Bécquer, secretaria de dirección

Mejor recibirlo de su secretaria que directamente de él. Solo esperaba que su viaje no retrasara mi vuelta a casa. Cerré el portátil, apagué el teléfono que Marc me había entregado y lo guardé todo en el fondo del cajón. Las chicas y yo íbamos a pasar un buen rato y no quería que nadie nos distrajera, y menos aún él.

La casa que Merche había reservado era una maravilla. Se encontraba a tan solo media hora de Barcelona. Realmente no odio esta ciudad. Lo tiene todo: playa, montaña, fiesta, cultura. Podría enamorarme de ella si no fuera porque *alguien* vive aquí.

La noche del sábado fue un acierto. Risas, alcohol, anécdotas recontadas y, sobre todo, amistad. Me encantan las noches de chicas; ninguna preguntamos nada si intuimos que las demás no quieren contarlo, y en este caso respetaron mi silencio sin pedirme explicaciones por lo que había ocurrido varias horas antes.

—Lo mejor fue cuando Merche apareció en la discoteca sin haberse quitado el uniforme —empezó a contar Tere— y todo el mundo le pedía copas.

—No, no, lo mejor fue cuando Dani salió del baño con el vestido enganchado y enseñándole las bragas a medio Sevilla —intervino Merche.

—Venga, no nos engañemos, lo mejor siempre ha sido visitar la casa de los padres de Tere, con esa colección de fotos de niña buena con dos coletitas.

Si su padre la viera cuando se junta con nosotras... —Y las tres reímos y lloramos por no reírnos más fuerte.

En realidad, lo mejor es que nos carcajeamos de nosotras mismas sin que nos importe. En eso consiste ser las mejores amigas, en estar para lo bueno y para lo malo, da igual si una es la pija, la otra la consentida y la tercera..., bueno, todas somos de todo y sigue sin importarnos.

Bebimos sin preocuparnos. Esa noche éramos tres mujeres sin responsabilidades, sentadas en el suelo con ropa cómoda y las copas llenas. Viva la madre que nos parió y viva la soltería. Un fin de semana con un inicio lleno de turbulencias, pero un final feliz. Lo peor llegó a la mañana siguiente, cuando mi resaca y yo tuvimos que acompañarlas al aeropuerto. No sé si llevaba peor el dolor de cabeza o tener que despedirme de ellas.

—Trabaja duro esta semana y no mezcles placer con trabajo —me susurró Tere al oído mientras nos abrazábamos en el aeropuerto—. Sé esa chica dura que sabes ser y vuelve pronto.

—Sí, mamá —dije, entre risas—. Anda, no me hagáis llorar que si todo sale bien en una semana estaré de vuelta.

—Sabes que soy muy burra para estas cosas, pero solo tienes que decírmelo y le daré una paliza a quien haga falta. —Merche y su boquita de oro.

—Venga, exagerada, e idos ya, que al final perderéis el avión y yo ya no doy más excusas a nadie.

Me encontraba en la misma situación que una semana antes. Las lágrimas brotando de mis ojos sin compasión. Mis pequeñas, mis brujitas. Qué haría sin ellas. No quería que se fueran. Es duro cuando dependes así de alguien. No sé qué hubiera sido de mí si no hubieran estado conmigo cuando Pedro decidió arruinarme la vida. Estaban más sorprendidas que yo. Mira el mosquito muerta, decía Merche. Y si Tere y yo no llegamos a sujetarla, capaz hubiera sido de darle una paliza, que ella no se anda con tonterías. Al menos me quedaba con la tranquilidad de que, si todo salía como había previsto y gracias a su ayuda, acortaría dos semanas mi estancia en Barcelona.

De nuevo sola, pensé en Paul y en Sonia. En realidad ellos no cuentan, son como unos padres para mí. Y después en Marc. ¿Qué voy a hacer contigo, abogado engreído? ¿Quién eres tú? Nota mental del día: solo es tu cliente y nada más, así que céntrate y recuerda lo que has venido a hacer aquí; tus jefes saben que eres una profesional, así que arreando, que es gerundio.

Empieza la semana

¿Os habéis despertado un lunes con la sensación de que podríais comeros el mundo? Pues así estoy yo, pletórica, siento que puedo con todo. No importan los obstáculos, ni las piedras del camino ni las negativas. No voy a dejar que nadie me estropee el día.

Empiezo mi rutina con más ganas que nunca. Como cada mañana, un café bien cargado y eliminar *spam* —puñeteras empresas de correos masivos, tengo que encontrar una solución para no tener que ir mirándolos uno a uno con cuidado de no eliminar algo importante—. Esta mañana tengo dos reuniones, una con el *catering* —Merche me había echado una mano mandando un par de correos para allanarme el terreno— y otra con la imprenta de las invitaciones, que hay que enviar ya. El diseño está aprobado. La verdad es que ha sido más fácil de lo que esperaba y solo falta recogerlas y entregarlas en el servicio de envío para que lleguen cuanto antes a su destino.

La reunión con el *catering* es todo un éxito. Cuando se pone, Merche hace milagros. Segunda nota mental del día: regalito de agradecimiento y una llamada diciéndole guarradas para que note mi alegría.

—Perfecto, el hotel se encargará de toda la decoración incluidas las mesas, salón, recepción, *photocall*..., así que solo los necesito a tope en las cocinas. —Mi vena alcanza todo su apogeo—. Los camareros deben ir de negro al completo y las camareras con falda. Recuerde que es una cena de etiqueta y que todo ha de salir perfecto.

—Le aseguro que no se arrepentirá del trabajo —está nervioso, se nota que cuando quiero puedo intimidar—; ya hemos seleccionado a toda la plantilla para el evento y también habrá camareros de reserva para poder solucionar al momento cualquier percance, si lo hubiera.

—De acuerdo. —Tengo que mostrarme firme, no puede fallar nada—. El menú está aprobado, solo encárguese, por favor, de lo que le corresponde, y ante cualquier duda no vacile en llamarme. Seguramente esté fuera unos días, así que no me falle, por favor, no me gustaría tener que dar una opinión negativa de su empresa.

Me despido de él con un apretón de manos. Y salgo corriendo a mi siguiente reunión. En la imprenta me está esperando el director de diseño gráfico con una invitación en la mano para que la vea impresa en su formato definitivo.

—Como puede ver, el gramaje es el más adecuado; las letras en relieve del nombre del bufete le dan un aspecto elegante y la tipografía es muy acorde con ese tono dorado que eligió. —Me entrega la invitación para que pueda observarla con todo detalle.

—Son preciosas, pero la verdad es que la elección ha sido del señor Capdevila —una sensación extraña me recorre el cuerpo al nombrarlo—, que tiene un gusto exquisito. Enhorabuena por su trabajo.

Las invitaciones están impresas en papel rugoso de alto gramaje de un color albaricoque suave, tamaño media cuartilla. El nombre del bufete aparece escrito en relieve en negro brillante e intenso y el texto de la invitación en dorado, o más bien ocre. Son personalizadas, con el nombre del invitado o los invitados. Todo está milimétricamente controlado. No puedo dejar ningún cabo suelto porque me juego mucho, tanto como que debe salir perfectamente si quiero volver a casa. La lista inicial de invitados es de algo más de dos mil personas. Ha sido complicado bajarla a mil doscientas debido a las dimensiones de los salones.

—Estas son las invitaciones para el cóctel. Como solicitaron, el papel es más fino e informal, el color, verde musgo y la tipografía más sencilla y de un tono café.

También son preciosas: el logo del bufete queda muy bien en una esquina y le da algo más de seriedad a la invitación. De estas solo se enviarán quinientas, igualmente personalizadas. Una vez que me confirma que todas están ensobradas y correctamente seleccionadas, llamo a la empresa que se ocupará del envío. Tardan veinte minutos en venir a recogerlas y mientras tanto aprovecho para tomarme un sándwich y un café en el Starbucks que hay cerca. Confirmado el envío y la entrega en las próximas veinticuatro horas, me quito un gran peso de encima. Tiempo récord para mí. No es ni la una de la

tarde y la mañana va sobre ruedas. Creo que si Marc se planta ahora mismo delante de mí soy capaz hasta de torearlo.

Como tengo tiempo de sobra hasta la siguiente reunión, decido ir a casa a darme una ducha y comer algo contundente antes de continuar. Me preparo una ensalada fresca de marisco y me tomo una cerveza. Ha quedado una buena reserva después del fin de semana con las chicas. Me ducho para descargar tensiones y, más que eso, me he quedado de puta madre. Las reuniones de esta tarde son informales, así que elijo un vestido de tirantes en color verde botella, de corte justo por las rodillas y entallado; mis curvas se pronuncian bastante, pero no resulta demasiado llamativo. Me siento cómoda y poderosa con él. Me calzo unos botines negros de tacón alto y recojo mi pelo en un moño desenfadado con mechones sueltos. Me encanta el conjunto que forman mi pelo cobrizo, la piel pálida y el verde del vestido. Nota mental: levantarse todos los días con estos ánimos. Así te comes el mundo, Dani.

Duchada, arreglada y con un café en la mano, me dispongo a salir. Cuanto antes empiece, antes acabaré.

Entonces me acuerdo del móvil que me dio Marc y corro al cajón a por él. No lo he llevado conmigo en toda la mañana. Cruzo los dedos para no encontrar algo que empiece a amargarme el día. Lo enciendo a toda prisa y empiezan a llegar montones de whatsapps con el nombre de Marc Capdevila. Miro mi móvil, que suelo poner en silencio mientras estoy trabajando. Hay un par de whatsapps de las chicas, uno de mi madre, otro de mi hermano y más de diez de Marc. Con lo bien que estaba yendo el día...

Pero no, no voy a dejar que cambie. Guardo los teléfonos en mi bolso y salgo de casa. Ya leeré los mensajes por el camino, ahora trabajando. Si le molesta, que beba agua. En la puerta me espera el taxi. Todo fríamente calculado. No puede fallar nada. Una vez en camino, comienzo por los mensajes del móvil de Marc. Me tiembla el pulso.

Señorita García, su *planning* me parece perfecto, manténgame informado.

¿Qué tal la primera reunión, alguna novedad?

Recuerde que debe mantenerme informado.

¿Se le ha olvidado usar el móvil?

Espero que las invitaciones sean perfectas.

Le pago para que me informe.

Llámeme urgentemente.

Bueno, se nota que no está muy contento. Me dispongo a leer los que ha enviado a mi teléfono personal, que aún no sé cómo demonios lo consiguió.

Llámeme ahora.

Le pedí profesionalidad y se está comportando como una niña.

Se lo pido por las buenas, llámeme.

No le pega nada esta actitud.

Vuelvo a Barcelona, llámeme.

La veo en su próxima reunión

¿Perdona? ¿En mi próxima reunión? Mierda, él tiene mi *planning* de reuniones. Claro que tendrá la poca vergüenza de presentarse. Pero qué digo, está en su derecho. Bueno, que ya me ha jodido el día. Tengo que llamarlo, pero no lo he ignorado porque quisiera. Esta vez no. Estaba tan pendiente de que todo saliera perfecto que olvidé el móvil en el cajón. Es la verdad, pero seguro que no se lo cree. Piensa, Dani, piensa, esa excusa, aunque sea cierta, no te vale. Busco su nombre en la agenda de mi móvil: *Engreído*, así lo he grabado, y le doy a marcar. Ni un tono ha sonado cuando ya lo tengo al otro lado.

—Espero que tenga una excusa muy buena para haberme ignorado toda la mañana.

—Buenas tardes a usted también —digo, en el tono más irónico que puedo—. Como sabrá por mi *planning*, he estado toda la mañana ocupada con la organización de la cena para la que me ha contratado —venga, Dani, por ahí vas bien— y si ha sido algo inteligente se habrá dado cuenta de que no he estado en línea en toda la mañana.

—Eso no es excusa. Le pedí que estuviera operativa las veinticuatro horas —su tono es de cabreo absoluto—, así que baje de ese maldito taxi y súbase a mi coche. —Vuelvo la cabeza hacia la ventanilla trasera y ahí le veo, pero ¿qué cojones hace este tío?—. Como le he dicho, la acompañaré a la próxima reunión.

Y chin pum. Este hombre no sabe ni saludar ni colgar. Yo lo mato y me quedo tan a gusto.

Pido al taxista que pare y pago el breve trayecto. Vaya, ni tres semáforos, oiga. Seguro que me ha visto salir del edificio y ha esperado para fastidiarme. Me acerco a su coche, que ha parado justo detrás. Abro la puerta y me subo sin decir hola ni buenas tardes. Si a ti se te da bien, a mí mejor, imbécil. No

espera siquiera a que me abroche el cinturón y ya está circulando. Lo miro, él gira la cabeza y me mira también. ¿Qué es eso que veo en su cara? ¿Una sonrisa? Imposible, ya me ha demostrado que son las máscaras que se pone. Anda, Daniela, no empieces a ver cosas donde no las hay, así no vas por buen camino. Sigo mirándolo de reojo. ¿A qué viene esa cara de felicidad ahora? Se me pasa por la cabeza soltarle un tortazo o algo, y empiezo a preguntarme si me leerá la mente.

Al momento, su cuerpo se tensa. Los músculos de sus brazos se endurecen cuando agarra fuertemente el volante. Ese amago de sonrisa ha desaparecido. Vale, que alguien me pase el número de teléfono de un buen loquero, porque aquí tenemos un caso de bipolaridad. Bi, tri o cuatri, a saber.

—Espero respuestas.

—Si lo que le interesa son las reuniones de esta mañana —le digo, sin mirarle—, el *catering* está completamente organizado, el uniforme concretado y los menús cerrados. Le mandaré el informe que he redactado cuando lo corrija. —Imbécil, me entran ganas de gritarle—. Las invitaciones son preciosas, muy elegantes, ahora mismo las estarán enviando.

—Y tú, ¿cómo estas? —¿Que como estoy yo? ¡Y a ti qué te importa! Muérdete la lengua, Daniela—. Para esa pregunta también estoy esperando respuesta.

—Bien.

—Perfecto, vayamos a esa reunión.

No hablamos una palabra más en todo el trayecto. Bajamos del coche y seguimos sin cruzar siquiera una mirada. Estoy dispuesta a que mi día siga siendo perfecto y si estar así ayuda, bendito sea el silencio prolongado.

Lo que más me sorprende de él en la reunión es que se queda en segundo plano. Con lo metomentado que es, esta vez se ha comportado. Me observa trabajar y por una parte me gusta, porque puedo demostrarle de primera mano mi profesionalidad. Pero por otro lado, me está poniendo nerviosa. Nos hemos reunido con un empresario exigente y tenerlo a mi lado, tan callado, me da un poco de miedo. Bueno, al menos todo está saliendo como esperaba. Han conseguido el dj que quería, aunque sus honorarios son algo más elevados de lo estipulado en un principio. Bueno, he logrado contar con algunos camareros más, ya que al final el hotel reservó a unos cuantos para sus asuntos internos; y he conseguido una rebaja de última hora. Vamos, Daniela, esto te va a salir redondo. Me doy unas palmaditas imaginarias en la espalda, ya que *el*

estirado no parece que vaya a soltar palabra. Ni para protestar ni para halagar. Sigo sin saber qué narices hace aquí.

La reunión se alarga más de lo que esperaba. Cuando al fin salimos del edificio son las siete de la tarde. Mi jornada laboral ha terminado por hoy, así que, señor engreído, me voy a mi apartamento. Prepararé el informe para Paul y para Marc. Nos dirigimos al coche y, como no tengo ganas de discutir, subo y dejo que me lleve a casa. Arranca, pero no nos movemos. Tiene las manos sobre el volante y su rostro vuelve a cambiar. Apoya en él su cabeza y se pasa una y otra vez las manos por su precioso pelo.

—¿Se encuentra bien? —No puedo evitar hacer la pregunta. Mis padres me han enseñado buena educación.

—Sí, es solo jaqueca, la llevaré a su casa.

Y hasta aquí todo lo que hemos hablado hoy. Me deja en el portal y, con un gesto de cabeza, se despide de mí. Todo ha salido mejor de lo que esperaba. Entro en casa, me quito la ropa, me doy otra ducha y me pongo cómoda. Enciendo el portátil y comienzo a trabajar. Son las ocho y media. Una merienda cena y al lío. Vamos a tirar de comida de microondas, porque no tengo ni ganas ni tiempo para cocinar.

Pongo música de fondo, porque sin un buen hilo musical me cuesta concentrarme. Me apetece marcha. Busco en mi Spotify una selección cañera de rock español. *Cuéntame un cuento*, de Celtas Cortos. Tecleo el informe. Dos horas más tarde está perfecto. Se lo envío a Paul y a Marc, pero por separado. No me gusta eso de compartir destinatarios, a nadie le importa qué le mando a quién. Espero un rato, a ver si Marc contesta. No sé, pero me gustaría que lo hiciera, porque esta tarde me ha dejado preocupada. No puedo evitarlo, soy así de buena. Después de diez minutos sin recibir nada de él me decido a mandarle un mensaje.

Buenas noches, ya tiene el informe de las reuniones de hoy en su correo.

Y sí, podéis llamarme masoca, morbosa o lo que os dé la gana, pero abro su perfil y miro su estado. Ha vuelto a cambiar la foto: ya no aparece él. ¿Una mujer? ¿Soy yo? Bueno, no lo sé, pero su pelo parece el mío y ese color verde botella era el de mi vestido... ¿Cuándo me ha hecho esta foto? Ha sido durante la reunión, seguro; estuvo todo el rato detrás de mí. ¿Qué narices le pasa a este tío? Su estado también ha cambiado: «Soy un idiota, pero no puedo». La

curiosidad mató al gato y ya tengo el teléfono pegado a la oreja esperando que conteste a mi llamada. Creo que me debe explicaciones.

—Buenas noches, señorita García.

—Ni buenas noches ni hostias. —¿Quién cojones se cree este tío?—. ¿Podría hacer el favor de decirme en qué maldito momento me ha hecho una foto y ha pensado que es buena idea ponerla en su perfil en el móvil? —Soy como los dibujos de la tele: si pudiera echaría humo hasta por las orejas.

—Es que hoy no le he dicho que el verde le sienta muy bien.

—Váyase un poquito a la mierda. No puede venir y hacerme la cabeza un lío —venga, suéltalo todo, Daniela—, no puede ser un día de una manera y después de otra. Le juro que me dan ganas de partirle la cara. No puede echarme un gran polvo y a la mañana siguiente, si te he visto no me acuerdo. No puede pasar de mí como de la mierda y de repente tener mi teléfono personal, aparecer en la discoteca donde estoy con mis amigas y querer que lo conozcan, y que cuando más estoy disfrutando de la noche se le crucen los cables y me plante con el mayor calentón de mi vida. Así que, si no le importa, el tiempo que nos quede por trabajar juntos evítame todo lo posible. Si necesita algo, hágamelo saber con un mensaje. Ya me ha demostrado que sabe enviarlos. Si necesito hablar con usted le llamaré, no se preocupe, pero seré yo quien lo haga. —Me paro a coger aire. Me sorprende que aún no me haya interrumpido y continúo—: Y cada noche recibirá un informe con los avances de las reuniones. La profesional de esto soy yo, y si ha solicitado que sea yo quien lo organice, déjeme hacerlo a mi manera. Ah, y por supuesto, elimine esa foto, y sí, es usted un completo imbécil.

Cuelgo el teléfono como tantas veces me ha hecho él a mí. Más a gusto que un arbusto me he quedado. Espero, uno, dos, cinco, diez minutos y su llamada no llega. No me lo creo. ¿Me va a hacer caso? La que he liao, pollito. Compruebo que ha cambiado la foto del perfil, que vuelve a ser una suya. Aparece como aquella vez que estuve en su despacho. Sí, es un imbécil, un engreído, un estirado, pero no se puede negar que es más que guapo. Su estado también es otro: «Un completo imbécil».

No quiero darle más vueltas y me voy a dormir. Al día siguiente tengo reunión con el encargado del hotel para organizar la ubicación de las mesas y la recepción. Lo más complicado de todo, teniendo en cuenta la cantidad de gente que va a asistir. Habrá que ver cómo decoramos la terraza para el cóctel e incluso dejar reservada una o dos plantas enteras para los invitados que se

quedarán después de la fiesta. Mañana será otro día y laboralmente espero que tan perfecto como este. Eso sí, por favor, sin su presencia, porque ya no me callo y le cruzo la cara.

Viento en popa a toda vela

Los dos días siguientes son más que estresantes. Necesito dejarlo todo cerrado y organizado. Ahora más que nunca he de volver a casa, a mi rutina, a ver a mis amigas, incluso pasar unos días en casa de mi madre y desconectar del estrés, de Barcelona, del trabajo, de Marc. No sé nada de él desde la gran bronca al teléfono. Puntualmente, el martes le envió el informe. El hotel está muy contento con la organización, aunque creo que la verdadera causa son los beneficios que sacarán de todo esto. Las invitaciones se han entregado y las confirmaciones no se hacen esperar. El diseño del *photocall* es impresionante. El logotipo de Capdevila Abogados queda genial junto a las distintas marcas que financian y colaboran en el sarao. Las empresas están realizando un trabajo excelente. Ya está todo preparado para enviar el informe definitivo a Paul, aunque esta vez el primero en recibirlo será Marc. No se enterará de que me he ido hasta que haya subido al avión. Siempre y cuando mis jefes me den el visto bueno y me permitan irme. Volveré tres días antes; lo justo para dar los últimos toques y que el evento salga perfecto.

—Buenas tardes, Daniela. —La voz de Sonia suena al otro lado del teléfono.

—Buenas tardes, Sonia. Acabo de enviar el último informe a Paul; no sé si te explicó algo de mi situación. —No puedo contarle nada, pero sé que ella es quien debe dar el visto bueno a mi marcha. Sí, es la que lleva los pantalones en la empresa.

—Ya estabas tardando en contármelo. Sabes que puedes confiar en mí. — Su tono es de total preocupación—. He leído todo lo que has mandado y veo que has hecho un gran trabajo. Solo espero que tu partida no lo eche todo a perder.

—Entonces, ¿puedo irme unos días? —Di que sí...

—Solamente con una condición: que asistirás a la gala como invitada.

—No puedo hacer eso...

—Sí puedes y lo harás. No hay nada más que hablar, así que búscate un acompañante para disfrutar ese día de la maravilla que has creado.

No me da opción a réplica. Tengo que aceptar. ¡Cualquiera le lleva la contraria a esta mujer de armas tomar! Nada más colgar empiezo a buscar en internet el primer vuelo a Sevilla. Me da igual el precio, así que compro el de primera hora de la mañana siguiente. Hago una foto a la pantalla del ordenador y se la mando a las chicas. Ni un minuto tardan en empezar a bombardearme con mensajes. Los emoticonos me salen por las orejas; maldito creador de la flamenca y los *smiles*. Pero lo he conseguido. Si Sonia me ha permitido desaparecer unos días es porque de verdad he sacado el trabajo con buena nota, y cada vez estoy más segura de que el resultado será espectacular.

Aún me queda algo más por hacer. Llamo al servicio de mensajería al que he recurrido para enviar lo último: el móvil de Marc con los informes impresos y una nota. He quedado en que lo harán cuando mi avión se encuentre ya en el aire; así no podrá llamarme antes de que llegue a casa. Aunque tiene mi número personal, no pienso contestarle. Son mis días de descanso; cuento con el respaldo de mis amigas y con la suficiente fuerza como para mandarlo de nuevo a la mierda si es necesario.

Lo más complicado será escribir esa nota. No sé cuántas bolas de papel he acumulado sobre la mesa hasta tener claro lo que voy a decirle.

A partir de ahora no necesitaré su móvil. Si, únicamente en caso de urgencia, tuviera que contactar conmigo, puede llamarme a mi número personal. Mientras tanto le mantendré informado, como hasta ahora. Volveré a Barcelona el miércoles antes de la cena. Ha sido un placer conocerle.

Me voy a dormir y consigo descansar como no lo he hecho desde que llegué a la ciudad. Creo que la causa de que mi sueño haya sido tan reparador es la tranquilidad que me da saber que vuelvo a mi hogar. He conseguido desconectar. Puedo dejar la mente en blanco. Siento que todo puede ir a mejor.

Por fin en mi ciudad, hasta el aire me parece más puro. Mis amigas me reciben con una sonrisa de oreja a oreja. No sé cuántas veces les he dado las gracias por haberme ayudado a agilizar el trabajo y poder estar allí con ellas.

Y no porque me viniera grande. Han sido Marc y la relación con él lo que me ha superado. Si algo no soy, es cobarde, y pude demostrarlo el día que llegamos a mi apartamento. Las chicas me dejan en el portal de casa; se han escapado del trabajo solo para venir a recogerme. Si es que las tengo que querer, sí o sí.

Entro en mi pisito: todo está tal como lo dejé. Aparco las maletas junto a la puerta y me tiro en el sofá. Mi sofá, ¡cómo te he echado de menos! Esto sí es comodidad: todo mullidito, con mil y un cojines... Parezco Dorita, la de *El mago de Oz*. Como en casa, en ningún sitio. No sé para qué tanto mueble moderno que al final nunca es cómodo; ya lo decía mi abuela, que era tan sabia: como el sillón orejero, ninguno. Sin darme cuenta me quedo adormilada hasta que un ruido me sobresalta. Me levanto rápidamente. A mis pies está Pedro con las llaves del piso en la mano. ¿Cómo demonios...?

—Pero ¡qué na...!

—No digas nada. Déjame hablar, por favor, creo que te debo muchas explicaciones. He sido un completo gilipollas. Ahora me doy cuenta.

—Mira, Pedro, todo me quedó muy claro cuando te vi dando por culo a aquella zorra, así que haznos un favor a los dos y lárgate de aquí. —Joder, no me había acordado ni una sola vez de mi ex y ahora, nada más volver, es al primero que me encuentro—. Creía que era importante para ti y no me vengas ahora con tonterías, que ya he perdido tres años de mi vida contigo y no pienso perder ni un segundo más.

—Pero, Dani, yo te quiero, ahora lo sé, sé que la he cagado, que no te mereces lo que te hice, pero dame una oportunidad. Déjame demostrarte que he cambiado.

—Las cosas no son así. Me rompiste el corazón y ahora vuelvo a ser yo, o por lo menos lo intento. Por favor, vete antes de que llame a la policía. Esta nunca ha sido tu casa y yo nunca he sido nada para ti. —Sí, lo que estoy viendo en sus ojos son lágrimas reprimidas. Las que yo he gastado por él. Agacha la cabeza para que no pueda ver el dolor en su cara. Parece de verdad dolido, pero no me lo creo. Siempre fue un buen actor y estoy harta de creerme sus actuaciones.

Camina hacia la puerta y se vuelve hacia mí antes de irse. Abre la boca para hablarme, pero no se lo permito. Ya he sufrido demasiado por él. Nuestra relación siempre fue muy buena. Teníamos las típicas peleas de pareja, pero siempre solucionábamos todo al momento. En el sexo nos entendíamos

bastante bien y confiaba plenamente en él.

Lo nuestro no fue un flechazo. Nos conocíamos desde hacía varios años y, aunque siempre me resultó un chico muy atractivo, yo pasaba por esa etapa en la que una desea vivir la vida. Él siempre insistía para que quedáramos a solas y un día accedí. Desde entonces nos convertimos en inseparables. Continuaba manteniendo una buena relación con mis amigas, pero ya no salíamos tanto. El poco tiempo que me dejaba el trabajo lo pasábamos juntos él y yo. Nadie más.

Pedro rompió la confianza que le tenía de la noche a la mañana. Había conseguido enamorarme. Supo jugar sus cartas y me convertí en adicta a él. No sé como no me di cuenta de que se iba distanciando de mí. Hasta esa tarde no fui consciente de las señales que dejaba por el camino: menos tiempo juntos, excusas de trabajo para no venir a dormir a casa, viajes de empresa inesperados. Bendito sea el día en que esa zorra me quitó la venda de los ojos.

—Deja las llaves en la mesa, y espero que sea la única copia que tienes, porque si no hablaré con Tere y te denunciaré por acoso.

Lo hace y se marcha sin decir nada más. En ese momento quiero que sea la última vez que me molesta, que viene a hablar conmigo, que pretende darme alguna explicación. Sé lo que he visto, recuerdo lo que me dijo, y sí, creo que aún lo quiero, al fin y al cabo hemos compartido tres años de nuestras vidas, pero no como antes. Prácticamente vivíamos juntos y solo hace unos meses de nuestra separación; pero he de ser fuerte, estoy haciendo lo correcto.

Las lágrimas corren por mis mejillas. Necesito desahogarme. Necesito a Fran. Necesito a mi hermano. Cojo el móvil: ni un mensaje. En el fondo deseo alguno de Marc, aunque solo sea para echarme la bronca. Desecho esos pensamientos y marco el teléfono de mi gemelo.

—Hola, enanilla, ¿qué pasa? —Es lo que tiene un gemelo. Te sienta a veces antes que tú mismo.

—Fran... —no consigo parar de llorar—, te necesito, pequeño, dime que te puedes escapar a Sevilla. Ven por mí.

—Pero ¿no estabas en Barcelona? Y sí, reservo un vuelo y estoy allí lo antes posible.

—Gracias.

—Tú harías lo mismo, princesita. Te veo pronto. Te quiero.

No hace falta que nos digamos más. Veinte minutos después me dice en un mensaje que su vuelo sale en una hora y media. Y cuatro horas más tarde, la

puerta de mi casa se abre y allí está. Salto a sus brazos, ¡casi nos caemos! Dejo, después de mucho tiempo, que mi cuerpo se desate, que las lágrimas corran a sus anchas por mi rostro. Claro que he llorado antes por Pedro, pero esta es la primera vez que me permito sacar el odio que llevo dentro. Me conduce en brazos hasta el sofá. Como cuando éramos pequeños, empieza a tararearme las nanas que nuestra madre nos cantaba para consolarnos. Ahora sí estoy a gusto, y empiezo a contárselo todo. La causa de que mi relación con Pedro se haya ido al traste, las visitas que me ha hecho, incluida la de esa misma mañana.

Me quedo en el sofá mientras él da vueltas por el salón pasándose las manos por el pelo cobrizo y murmurando cosas que no entiendo. Está hecho un desastre, tan despeinado, y eso que no lo lleva muy largo. Me está poniendo nerviosa. Estoy por quitarme una zapatilla y tirársela a la cabeza para que pare.

—Te juro que lo mato. Pero ¿quién cojones se cree ese imbécil? Le hemos abierto las puertas de nuestra casa y nos lo paga así. Dani, dime su dirección, que se va a enterar de lo que son dos hostias bien dadas.

—Por favor, Fran, tranquilízate. Hoy ha quedado todo zanjado. Le dejé las cosas claras. Pero es que eso no es todo... —Me mira y se vuelve a sentar en el sofá con la cara desencajada.

—No me asustes...

Ahora toca explicarle lo de Marc. No le voy a contar nuestros encuentros sexuales, claro; me muero de vergüenza solo de pensarlo, y con lo morboso que es seguro que me pide que se lo explique todo con pelos y señales. Bueno, pelos no había muchos. —Daniela, que este es un momento serio; nota mental: ¡céntrate!

Me escucha atentamente mientras hablo.

—Y bueno, al final me han dejado terminar el trabajo desde casa con la condición de que asista a la cena. Pero necesitaré un acompañante, así que espero que traigas tu traje de gala en esa mochila.

Su risa inunda la casa. Es una bendición que al menos alguien aquí sea feliz. Hasta lágrimas derrama el jodío. Entonces se percata de que me he quedado callada y su cara cambia.

—Joder, que me lo estás diciendo en serio, yo rodeado de famosos y famosas, ¡pues claro que me apunto!

Salto otra vez sobre él. ¡Me lo como a besos! Este es mi hermano: no

desaprovecha una oportunidad para ver a gente mona.

Hacemos planes para el fin de semana. Aprovecharemos para hacerle una visita a mamá. Hace bastante tiempo que quiere vernos y si estamos juntos le costará más echarnos un sermón.

La familia

Las visitas a mamá siempre tienen sus cosas buenas y sus cosas malas. Lo mejor es la comida: pasar hambre no es algo que ocurra en su casa. A veces pienso que se cree que somos diez. Lo peor, que siempre nos hace un tercer grado. Vaya si son listas las madres; enseguida interpreta que si vamos es porque necesitamos desconectar de algo. Es más fácil defenderse ella cuando estamos los dos juntos.

Solo nos ha llevado un par de horas llegar hasta su casa en la sierra, justo a tiempo para la cena y la posterior escapada al bar del pueblo. Solo hay uno, pero no hay día que no esté hasta la bola. Además, viajamos en una de las mejores épocas del año. El calor es soportable y aún no se han multiplicado los habitantes de la zona.

—Vaya, mira quiénes se dignan a visitarme —nos dice ella desde la puerta. Nos ha oído entrar con el coche en la parcela.

—Hola, mamá —la saludamos y ella se lanza a besuquearnos. Se cree que todavía tenemos cinco años.

Mi madre se llama Gloria y físicamente no nos parecemos nada a ella. Es bajita, muy delgada y con el pelo negro como el azabache. Sí que hemos heredado sus ojos, verdes a más no poder. El resto de nuestra fisonomía es obra de mi padre, incluido el pelo rojo que me trae loca desde la adolescencia.

Apenas llegamos a conocer a nuestro padre. Era militar y sufrió un accidente en una misión de rescate en Afganistán, aunque eso es algo de lo que no se puede hablar en casa, porque mi madre se pone demasiado triste y no nos gusta desperdiciar el poco tiempo que pasamos con ella derramando lágrimas; lo nuestro son más las risas y los gritos de euforia.

Mi madre gestiona el alquiler de varias casas de la zona y la verdad es que, a pesar de esta crisis tan dura, le alcanza para más de un capricho, no se puede quejar. Es raro el año que no se va de crucero o a viajar por Europa, Asia o América. Ella se lo merece; lleva toda su vida trabajando, se ha ocupado de nosotros y nos ha dado todo el cariño que hemos necesitado en cada etapa de nuestra vida.

—Venga, mamá, no vayas a empezar —le dice mi hermano mientras la abraza—. Estamos aquí, vamos a pasar el finde contigo, así que no te nos pongas en plan dictador.

—Sí, anda, disfrutemos de estos dos días, que el lunes me toca volver a la rutina —me observa como diciendo vale, es a ti a quien le pasa algo—, y no empieces a mirarme así, que tal y como he venido me voy.

—Vale, vale, nada de normas, nada de preguntas ni tonterías de esas. Anda, pasad, que traeréis hambre.

Una vez en el comedor, empieza a sacar embutidos del frigorífico y un par de botellines de cerveza bien fría y nos prepara huevos fritos, salchichas y patatas. ¡Cómo nos conoce! Hablamos de todo un poco, de lo bien que le van las clases a Fran, que está pensando en abrir su propio gimnasio, de lo contenta que estoy yo organizando el evento de Barcelona. Mi madre nos cuenta que está feliz desde que le diseñaron una web de casitas rurales, que siempre consigue un lleno casi absoluto. Creo que incluso ha rejuvenecido. Nota mental: preguntarle qué es exactamente lo que la hace tan feliz. La sonrisa de su cara ha cambiado. Mi hermano y yo estamos hartos de insistirle para que salga y ligue, pero ella echa mucho de menos a nuestro padre. Dice que ya amó bastante en su vida y que nosotros dos y las casitas ya le dan suficiente trabajo. ¡Como para tener que volver a cuidar de un hombre!

Después de cenar, mi hermano y yo la ayudamos a recoger la mesa y nos vamos a nuestras habitaciones. Gracias a las últimas reformas, ambos tenemos baño propio. De pequeños siempre era una pelea tras otra, y no porque yo tardara en arreglarme, todo lo contrario; era Fran quien necesitaba más de media hora para colocarse el maldito tupé. Sigue siendo igual; aunque ahora lleve el pelo más corto, tira de secador para que cada mechón esté en su sitio. A mí me gusta cabrearlo porque creo que pierde el tiempo: al final, haga lo que haga, siempre parece que va despeinado.

Media hora después estamos los dos preparados. Hace calor, aunque todavía es primavera. Llamémosle cambio climático, nos estamos cargando el

planeta. Lo bueno es que he podido ponerme ropa veraniega y me alegra enseñar las piernas. Me encanta ver cómo se cabrea mi hermano cuando los hombres me miran. Siempre dice que lo hago aposta. Yo lo niego, pero en el fondo tiene razón. Llevo unos vaqueros cortos y desgastados, un *top* palabra de honor de color naranja y bailarinas negras. Con la de cuestras que tiene el pueblo, mejor que los tacones no entren en mis planes esta noche.

—Vaya, Fran, ¿es verdad lo que te ha dicho mamá, que vas en busca de amigas que estén pasando aquí el fin de semana?

Llevo unos vaqueros por las rodillas con agujeros que dejan poco a la imaginación, una camiseta negra ajustada de manga corta que marca todos y cada uno de sus músculos y unas Converse. Sí, mi hermano es un bombón y me encanta que cuando salimos juntos todas las chicas me miren con envidia.

—No seas exagerada, que voy de *sport* y tú sí que estás despampanante.

Nos despedimos de mi madre y caminamos hacia el bar. El pueblo es pequeño y no necesitamos coche. Además, llevarlo sería incluso complicado. No hay apenas zonas habilitadas para aparcar. El bar está a poco menos de cinco minutos y al entrar nos saluda todo el mundo. No venimos mucho, pero saben perfectamente quiénes somos: los hijos de la Glori, *la Rurales*.

Como siempre, está de bote en bote. Saludamos. Vemos caras desconocidas, seguramente turistas que pasan aquí unos días para desconectar. Mi madre es una de las almas maravillosas que hacen que este sitio funcione, sí, pero además merece la pena venir por el encanto del lugar, que te atrapa y vuelves una y mil veces.

Fran se acerca a la barra mientras yo ocupo una mesita que queda libre al fondo. Vuelve con un par de rones con cola y unos chupitos de tequila.

—Si llamas a tu hermano para ahogar las penas y lo arrastras a casa de mamá, me debes una borrachera de órdago.

Y dicho esto, brindamos y empezamos a beber como cosacos. Tanto las chicas como los chicos se acercan a nosotros. Mi hermano tiene muy claro que yo no tengo el chichi para farolillos y, como buen protector, hace caso omiso a cada bellezón que se le arrima. Bueno, para qué engañarnos. Ha escaneado cada escote y cada trasero que se han contoneado cerca de él. Mente primitiva, la de estos hombres.

No sé cuántas copas llevábamos en ese momento, pero necesito urgentemente ir al baño si pretendo seguirle el ritmo a Fran. Es una maldita esponja y procura que a cada chupito que se mete en el gznate me beba yo

otro. Si seguimos así, tendrá que llevarme a casa a rastras. Aprovecho que la camarera rubia pechugona se acerca a dejarnos la siguiente ronda para escaparme y le guiño un ojo amenazando con volver. Una tregua de varios minutos, chicas, que hoy estás conmigo.

Cuando regreso, mi hermano tiene a la rubia en el bote. Lo que yo diga. Un mojabragas de manual, el Francisquito de mi alma. Decido fumarme un cigarro fuera para despejarme un poco y dejar que el alcohol abandone mi cuerpo. Otra copa más y pareceré la niña del exorcista, y no exactamente porque la cabeza empiece a darme vueltas.

Mientras fumo miro el teléfono para poner al día a las chicas. Ellas saben que suelo desconectar cuando tengo a mi hermano cerca. Estamos muy unidos y, por desgracia, no pasamos todo el tiempo que nos gustaría juntos. Pero se han adelantado: tengo una fotaza de cada una en el grupo de WhatsApp que compartimos. El *trío lalala*, como nos llama mi madre desde el primer día que nos conocimos y nos hicimos inseparables. Merche trabajando y Tere en una cena familiar. Hay otro mensaje y lo abro sin mirar el remitente, pensando que puede ser de mi madre.

Le dije que la necesitaba aquí hasta el día de la cena.

Mierda. Imbécil. Engreído. Estirado. Yo y mi poca paciencia, automáticamente le doy al botón de llamar sin tan siquiera mirar la hora que es. No sé cuántas veces le he dado al símbolo de rellamada. Que le jodan si se está follando a alguna o durmiendo. Pensar que pueda estar con otra en la cama me pone nerviosa, pero no quiero pararme a analizarlo. Este imbécil me va a escuchar como que me llamo Daniela García, le grito al teléfono mientras el *pii* suena de fondo.

—¿Sí? —una voz de mujer me contesta al otro lado de la línea—. ¿Quién es?

—¿Está por ahí Marc? —consigo preguntar finalmente.

—Ahora mismo no se puede poner. —Escucho al fondo una voz que pregunta y a ella responder algo como *pelirroja*.

—Pues dile al imbécil ese que no es nadie para decirme lo que tengo...

—¿A quién llamas imbécil? —la voz de Marc me descoloca—. Creo que te pago para que estés aquí. ¿Dónde demonios has ido?

—Ni te importa ni te lo voy a decir, *hip*, y no, tú no me pagas, lo hace mi

empresa, *hip*, y ellos son los que me han dado días libres, solo llamaba para decirte que, si no hay una urgencia, *hip*, te agradecería que no te pusieras en contacto conmigo —consigo decirle entre balbuceos e hipidos. Creo que me he pillado una pequeña borrachera, maldito Fran y malditos chupitos de tequila.

—Estás borracha —no me lo pregunta, lo afirma—. ¿Adónde te has ido? No te lo preguntaré otra vez.

No me da tiempo a contestar, porque alguien me quita el teléfono de las manos. Es Fran.

—Mira, idiota, te voy a dejar las cosas claras, Dani está conmigo, así que hasta que vuelva a Barcelona no se te ocurra molestarla, ¿entendido? —Por las muecas que hace mi hermano, sé que Marc le está contestando—. Sí, sí, lo que tú digas, pero como vuelvas a incordiarla, te juro que cuando nos veamos te partiré la cara.

Cuelga el teléfono y me lo entrega. Como si aquí no hubiera pasado nada.

—Quien no te conozca, que te compre. La imbécil pareces tú, anda, vuelve dentro y apaga ese maldito móvil o te juro que lo estampo. Y me da igual que te haya costado una pasta.

Regresamos al local y seguimos con la ronda de bebidas. Fran no comenta nada más y yo tampoco quiero sacar el tema. Vale, soy muy impulsiva y acabo de cagarla, y mañana por la mañana, con la resaca encima, lamentaré haberle llamado. Ya tendré tiempo de averiguar quién puede ser esa mujer y por qué narices he escuchado la palabra *pelirroja*. Si es que consigo recordar algo...

El resto del fin de semana transcurre con normalidad; la resaca nos dura un par de días y mi madre nos lo recuerda a cada momento haciendo ruido por la casa. He enterrado mi móvil en lo más profundo de mi bolso, no sin antes decirles a mis brujis que si necesitan algo llamen a Fran, porque yo estaré incomunicada. Hoy nos quedamos en casa viendo una peli con mamá, y mañana volveremos a Sevilla.

Mi hermano me mira constantemente. Creo que espera una respuesta por lo ocurrido; querrá saber por qué hice esa llamada. Me conoce de sobra, sabe que soy muy impulsiva y que muchas veces actúo sin pensar. Mamá me lo ha dicho desde que era pequeña: cualquier día, ese carácter te traerá problemas. Daniela, céntrate. Piensa y después habla.

Pero ¿qué le voy a decir? ¿Que sigo enamorada de mi ex, que encima, estoy segura, me habrá sido infiel en más de una ocasión? ¿O que me he

encaprichado de un abogado catalán, un gilipollas en toda regla al que además le gusta hacer cosas raras con el sexo? Que sí. Que no soy una mojigata, pero no he pasado de las cuatro primeras páginas del *Kamasutra*, una mamada y poco más. ¡Si en menos de cuarenta y ocho horas he experimentado más cosas con Marc que con Pedro en tres años de relación! ¿Qué le digo de esto a mi hermano? ¿Que en cada uno de los hombres que últimamente ocupan mi cabeza veo un poco de él? Fran siempre ha sido especial para mí y suelo acabar buscando en cada hombre ese sentimiento profundo que él destila por los cuatro costados. Pero mi hermano es único, no encontraré otro como él. Venga ya. Nota mental: no pienses tanto, que te estás quedando sin neuronas, idiota.

* * *

Los días pasan despacio y las cosas en Barcelona siguen viento en popa. Aprovecho que estoy en casa para adelantar algunas recepciones y eventos menores. Un par de correos y llamadas y ya está. Estos no necesitan mi supervisión directa.

El martes ya comienza a ser estresante. Solo me queda un día para volver a Barcelona. Esta vez, al menos, Fran me acompaña. Miedo me da la que se puede liar cuando estos dos se vean la cara, que los hombres se convierten en neandertales y mi hermano se pasa de protector. Tal vez no tendría que haberle dicho nada y presentarme sola. Seguro que Sonia o Paul me hubieran puesto un acompañante y aquí paz y después gloria. Si es que soy una masoquista, me gusta estar metida en todos los berenjenales. Bueno. Lo mejor será que lo hable con él y dejemos las cosas claras. Si es que no me centro. Cuando no tengo que pensar las cosas e ir al grano es cuando más vueltas le doy.

—Fran, necesito pedirte algo...

—Ya lo daba por hecho, nena.

—¿A qué te refieres? —le pregunto, sorprendida. A veces me da miedo lo intuitivo que es conmigo. No sé cómo lo hace.

—Que si hace falta me haré pasar por tu novio durante la cena si las circunstancias lo requieren, pero no me pidas que te bese, que sería asqueroso —ríe—. Que nos conocemos muy bien tú y yo, y esa cabecita solo se para a pensar cuando tiene maldades que proponer, enana.

—Gracias, si es que te tengo que querer. —Me levanto de la mesa y le doy un abrazo y mil y un besos.

Nos vamos pronto a la cama. Mañana saldremos temprano. Tengo demasiadas cosas que hacer en tan solo cuatro días y sé que tanto mis jefes como Marc van a ponerse muy pesados. Somos muchos los que nos jugamos algo en este evento y me toca ser cabeza de turco, la primera que caiga si algo o todo sale mal. Cruzad los dedos por mí, que me veo gritando a Marc, en plan Reina de Corazones, un *que le corten la cabeza*.

Preparados, listos...

Llegamos a Barcelona y Sonia y Paul están esperándonos en la terminal. Les presento a mi hermano y les anuncio que será mi acompañante en el evento. No dan crédito cuando les cuento que somos gemelos.

—Si no nos lo dices ni lo imaginamos, ¡no os parecéis en nada! —me sueltan los dos a la vez, como si fueran el dúo Pimpinela.

Es algo que agradezco mucho. Mi hermano es un ejemplo a seguir, pero siempre odié que nos dijeran que somos idénticos y acabé cansada de que hasta mi madre nos vistiera exactamente igual. A día de hoy es mejor que él sea un chico y yo una chica, porque eso ha ayudado a marcar nuestras diferencias. De pequeños éramos dos gotas de agua. Muchas veces pienso que si fuéramos del mismo sexo seguiríamos pareciéndonos como entonces. De carácter somos más distintos: a mí me gusta ser discreta y a él explotar al cien por cien todos sus encantos.

Una vez instalados en el apartamento, vamos al centro. Tenemos que alquilar el esmoquin para Fran, aunque si por él fuera acudiría a la fiesta con sus pantalones desgastados y una camiseta de Marilyn Manson. Yo necesito algo elegante pero que pase desapercibido, porque he sido quien ha organizado todo este sarao y sé cómo se viste la gente en estos actos. Tengo que parecer una más. Gracias a Dios que tengo a mi brujipija Tere, que me ha puesto en contacto con una *boutique* del centro. Se ha encargado hasta de darles mis medidas y preferencias para que tengan algunas prendas preparadas para mí. Me la como con papas y no dejo ni las migas.

No recibo ninguna llamada de Marc en los dos días previos a la cena. Sabe que estoy aquí. Le he mandado un correo avisándole de mi vuelta y en menos de dos horas el móvil que tan felizmente le devolví vuelve a estar en mi

poder. Me sorprende que no haya dado ninguna otra señal de vida. Eso si no ha sido su secretaria quien lo ha enviado, que ya me quedó muy claro que es muy bien mandada. ¿Sería ella la que descolgó el teléfono cuando lo llamé con la borrachera? Joder, Dani, otra vez no. Nota mental: cumple tus promesas y si dices que no vas a pensar más en tonterías ni te acuerdes de los hombres.

Pero la curiosidad mató al gato, ¿no? Pues yo estoy buscando mi muerte solita. Cojo el móvil y a cotillear se ha dicho. Abro el WhatsApp, entro en su perfil y leo su estado. Primera hostia, su foto. La ha cambiado otra vez y ahora aparece guapísimo con un traje. Ahora, el hostión. A su lado hay una preciosa mujer. Qué digo preciosa, un pibonazo de revista. Casi tan alta como él. Pelo negro, largo. Delgada, pero con unas curvas perfectas. Abrazados, en actitud cariñosa. Si es que soy idiota, ¿qué narices hago mirando lo que no me mandan? Su estado dice: «Marc Capdevila ha vuelto». Será engreído y estirado, el mierda de tío... Y así me quedo, mirando la maldita foto. Imaginando que ella fue quien contestó al teléfono.

Por mi mente desfilan las imágenes de ambos en poses eróticas. Ella en la misma cama en que él me tuvo, atada, disfrutando, ambos mirándose y riéndose de mí. Salgo disparada al cuarto antes de que mi hermano aparezca y se dé cuenta de la situación, y encima me llame tonta con razón. Le dejo sábanas, mantas y una almohada en el sofá. Se niega a dormir conmigo, como si no lo hubiéramos hecho nunca. Qué tonto se pone con algunas cosas. De todos modos, necesito descansar. Faltan menos de veinticuatro horas para el evento y ya no tengo nada que hacer allí. Mis jefes me lo han prohibido e incluso han concertado una cita con una peluquera para que venga al apartamento a maquillarme y peinarme. Tengo que estar perfecta, dicen. Pues espero que la maquilladora traiga un kilo de corrector de ojeras, porque la noche se prevé larga.

—Enana, buenos días. —Tener a mi hermano cerca siempre es algo bueno —. Venga, que hoy es tu gran día y necesitas energía.

—Pero ¿qué te han dado hoy, Fran? —le digo con una sonrisa en los labios.

¡Vaya despliegue de comida hay en la mesa! Tostadas, pasteles, cereales, café, zumo, yogur... Alguien tenía que ser el comedor compulsivo. ¡Yo con un café voy sobrada!

—Cuerda, ¿no lo ves? Venga, siéntate y desayunemos.

Al final ha caído casi todo. Se ve que también ha heredado de mi madre su

talento culinario. Para los desayunos, claro, no le pidas que te prepare algún plato de cuchara porque no sabe ni lo que es una olla exprés.

Le pregunto por el proyecto de abrir su propio gimnasio en Madrid. No es tan fácil como parece, así que cuando nota que me aburre empieza a hablarme de las chicas madrileñas. Si es que ya lo decía mi madre, a este niño o lo atan en corto o se nos pierde.

Fran quiere tenerlo todo planeado para la cena de esta noche. No va a perder la oportunidad de ligar con alguna de las modelos que estarán allí y que también acudirán a las copas que se servirán más tarde en la terraza. Decidimos que se hará pasar por mi novio solo si Marc decide tocarme las narices.

A las dos me voy a comer al hotel. Sonia me ha pedido que no lo haga, que no es necesario porque todo está listo y perfecto, pero me juego mucho y prefiero comprobarlo. Me fío de su palabra, pero no de Marc. No sea que vea cualquier tontería y ponga mi culo en la cola del Inem. Además, tengo que comer y por casualidad he elegido ese hotel para ello. Nota mental: ya se te va mucho la cabeza pensando sola, cómprate un perro.

Mientras disfruto de una cerveza fría esperando que me sirvan el primer plato —una ensalada con nueces y miel— llega la primera sorpresa. Marc entra por la puerta. ¿Qué diablos hace aquí? Está solo, viste ropa de deporte —un pantalón de chándal negro y una camiseta de manga corta blanca que se le ajusta perfectamente— y lleva el pelo revuelto y húmedo. La palabra *sexi* se le queda corta. Intento disimular desviando la mirada hacia otro lado, pero estoy en el ojo del huracán; igual que lo he visto yo a él, él me ve a mí. Me mira. Me mira intensamente. Le hago un gesto con la cabeza a modo de saludo. Él avanza hacia la barra sin apartar los ojos de mí. Ahí está otra vez, esa electricidad que me recorrió el cuerpo en este mismo sitio un mes atrás. Le sirven una jarra de cerveza fría. Me vuelve a mirar y a paso lento, para que yo también pueda observarlo detenidamente, se dirige a mi mesa. Cruzo las piernas. Adiós, braguitas. ¿Cómo narices lo consigue? ¿Cómo lo hace para ponerme tan cachonda? Sí, esa es la palabra. Cojo el trozo de pan que tengo en la mesa y me pongo a jugar con él. Necesito tener las manos ocupadas. Tierra, trágame y escúpeme a mil kilómetros de aquí.

—Buenos días, señorita García.

—Señor Capdevila —le digo, lo más cordialmente que puedo.

—¿Le importa que me sienta un momento con usted?

—Claro, siéntese.

Ocupa la silla de enfrente. Le da un sorbo a su cerveza sin quitar sus ojos de mí. Aguanto la mirada. Me intimida, sí, pero no soy una cobarde y también sé jugar a esto, me repito una y otra vez. Creo que ambos intentamos descifrar lo que siente el otro ahora mismo. Yo procuro disimular mi nerviosismo al tenerlo tan cerca. Este hombre me provoca sentimientos contradictorios. Quiero abofetearlo allí mismo por cómo me ha tratado. Yo no soy una cualquiera a la que pueda usar a su antojo. Pero también me encantaría volver a sentir aquella pasión de nuestros encuentros, el placer... Joder, sí, quiero sentirlo otra vez dentro de mí, saborear esos labios, acariciar cada músculo, cada rincón de su cuerpo. Me doy cuenta de que he empezado a divagar. Obligo a mi mente a pensar en otras cosas. Este hombre va a acabar conmigo. Me atrevo y hablo la primera, mientras él sigue con su cerveza en las manos.

—Usted dirá. —Desvió la mirada para que no note el rubor que se ha instalado en mis mejillas.

—Iba a llamarla esta tarde, pero aprovechando que nos hemos encontrado hablaremos en persona. —Se acerca su jarra a la boca y le da otro sorbo a la cerveza, quién fuera cerveza...—. Quería agradecerle el gran trabajo que ha realizado para el evento de esta noche. Me ha demostrado que es una gran profesional. —Al menos sabe dar las gracias.

—No tiene usted por qué agradecerme nada, solo he hecho mi trabajo.

—Me gustaría pedirle una última cosa. Querría..., si usted... —Parece nervioso—. Acompañeme como pareja a la fiesta.

Perdido lo acabo de poner. Tenía cerveza en la boca y, como si de un aspersor se tratara, ha salido disparada. Por Dios, qué vergüenza. Me atraganto, toso, me pongo roja. Ahora sí que sí, tierra, trágame y mándame al otro lado del mundo. Marc se levanta corriendo y se pone a mi lado. Me golpea suavemente en la espalda. Todo el restaurante nos mira. Un camarero se acerca con agua para mí y una servilleta para Marc. Lo he puesto bonito de cerveza.

—Vaya, mujer, ni que le hubiera pedido que se casara conmigo. —Y entonces la cosa empeora. Toso, río, lloro, el aire no llega a mis pulmones. Bebo del agua que me ha dejado el camarero. La situación es cómica. No entiendo a este hombre. ¿Qué pasa con el loquero? Que se busque uno, porque le va haciendo falta. Marc está arrodillado junto a mí, secándome la cara. Anda, que tengo que estar guapa. Él, manchado de cerveza por todos lados, de

la que segundos antes estaba en mi boca. Lo miro y, más tranquila, empiezo a reírme de nuevo. Cojo la servilleta y le seco la cara. Su sonrisa me descoloca. Rozo sus labios con mis dedos y me obligo a calmarme.

—Ya, ya, perdone, ya me encuentro mejor —me disculpo mientras suelto la servilleta y él se pone de pie—. A ver, cómo le digo yo esto. —Se sienta de nuevo en su sitio y termina de eliminar los restos de cerveza de su ropa—. Le agradezco el ofrecimiento, pero ya tengo acompañante.

—¿Y con quién se supone que va? ¿No será ese tío borde que me insultó por teléfono? —pregunta, muy serio; ahora, jódete—. No puede ir con él a la cena.

—Pues sí, es él, y usted no es quién para decirme a quién puedo o no puedo llevar de acompañante. —Le reto con la mirada.

—Pues sí —me replica usando las mismas palabras—, da la casualidad de que sí, ya que soy yo quien decide a quién invito y a quién no...

—Entonces ha sido todo un placer conocerlo. Hoy termina mi trabajo, aquí y ahora. Hasta nunca. —Me levanto de la mesa y dejo sobre ella un billete para pagar el almuerzo, que ni siquiera ha llegado aún. Al pasar por su lado me agarra de la muñeca como ha hecho tantas veces. Me obliga a volverme hacia él, aprieto el puño y él lo mira.

—Haga el favor de soltarme si no quiere que monte un escándalo.

—Perdona, tienes razón. —Este tío es bipolar, de verdad que sí, porque otra cosa no me explico—. Hagamos un trato. Vaya a la cena, lleve a quien le dé la gana y evitémonos. Será lo mejor, no sé por qué le he pedido que me acompañe, olvídalo.

Me suelta la muñeca, se levanta y se va sin decir nada más.

Se me ha quitado completamente el hambre. No comprendo qué ha pasado aquí ni lo pretendo. Miro el reloj. Debo ir al apartamento a esperar a la peluquera. Decido tomar algo rápido e intentaré descansar mientras me atusan el pelo. Al salir lo veo sentado en uno de los bancos de recepción del hotel. Está hablando por teléfono y no deja de tocarse el pelo. Lo tiene completamente despeinado y está sexi de esa manera. Me voy por el lado opuesto para no volver a cruzarme con él. Necesito aire y un cigarrillo. Llamo a mi hermano. Tengo que contarle lo sucedido.

Me dice que no me preocupe, que sabe tratar con hombres como él. Claro, tú eres uno de ellos, le replico. Nos reímos. No es que me quede totalmente tranquila, pero tener la seguridad de que estará a mi lado siempre es positivo.

Me relajo. En otras circunstancias le darían por saco a la maldita cena. Pero se lo debo a Sonia y a Paul, así que hago de tripas corazón y me preparo para ir lo más increíble posible. Camino tranquilamente hasta mi apartamento pensando en el maravilloso vestido que me espera sobre la cama.

Cuatro horas más tarde estoy completamente maquillada y peinada. Entro en el baño y ayudo a Fran a ajustarse la corbata de su traje de tres piezas. Está impresionante. El negro del traje, la camisa blanca y esa corbata verde botella hacen resaltar sus ojos. Seré la envidia de más de una, lo tengo más que claro. No hay acompañante más guapo. Bueno, sí...

—Joder, Fran, porque eres mi hermano...

—Anda, déjate de tonterías y ve a vestirte, que en media hora nos vamos.

Voy corriendo y veo mi vestido sobre el colchón, en su funda. Ahora tengo muy claro que es el mejor que he podido elegir para ir con la cabeza bien alta y Fran agarrado de mi brazo. En diez minutos estoy completamente arreglada. Miro el resultado ante el espejo y, aunque suene vanidoso, estoy increíble. Tras comprobar que el pelo sigue en su sitio y que llevo lo necesario en el bolso, me tomo una tila para aplacar los nervios y llamo a mi hermano, que se encuentra en la terraza.

—Y después dices de mí —me dice, mientras me agarra de la mano para hacerme girar—. Estás guapísima, enana, hoy todos caerán rendidos a tus pies. Anda, vayámonos, que le espera su carroza.

A la entrada del apartamento nos recibe una impresionante limusina negra. Miro a mi hermano.

—Todo tiene que ir acorde en este tipo de eventos.

El chófer nos abre la puerta y entramos. Los nervios empiezan a pasar factura, pero ya no puedo dar marcha atrás. No soy una niña para fingir que me he puesto muy mala y salir corriendo.

La cena

La fila de coches que hay para entrar al hotel es impresionante: limusinas de todo tipo y de todos los colores. La espera es más larga que el trayecto desde el apartamento. Porque Fran no me lo permite, que si no me bajaba aquí mismo. Asistimos desde las ventanillas a todo el glamur que pasea por la alfombra roja. Modelos de pasarela, misses, futbolistas..., incluso creo haber visto a Piqué con Shakira. La *crème de la crème* tenemos esta noche. Los nervios se me agarran al estómago.

—Venga, enana, que los siguientes somos nosotros. —Tomo aire y me dispongo a salir—. Espera, que te abro la puerta.

Paramos frente a la majestuosa puerta del hotel. Fran sale, rodea el coche hasta mi puerta y me ayuda a bajar. Los *flashes* de las cámaras comienzan a dispararse y no me permiten ver nada. Los murmullos acerca de mi vestido empiezan a sonar por todos lados. ¿Recordáis la película *¿Quién engañó a Roger Rabbit?* Mi vestido es idéntico al de Jessica, de un color rojo intenso, con escote corazón y una tremenda abertura lateral que deja mi pierna derecha totalmente a la vista. El escote de la espalda llega hasta el inicio de mi trasero. Incluso mi peinado está inspirado en ella. El pelo totalmente liso, con una onda que tapa casi la mitad de mi cara, y el color del vestido lo hace parecer más rojo aún. Unos guantes de color morado me cubren la mitad de los brazos y unos taconazos rojos rematan el conjunto. Sí, lo sé, no me gusta llamar la atención, pero fue verlo y enamorarme de él. Fran se pone a mi lado y me ofrece el brazo. Se lo agradezco, porque no sé cuántos pasos podré dar con estos zapatos. Mi hermano sabe moverse perfectamente en ese ambiente, sonrío a todo el mundo e incluso posa para las fotos. Podría pasar perfectamente por un modelo. Se siente cómodo. Le gusta que le miren.

Doy mi nombre al llegar a la entrada y nos invitan a pasar. Estoy más que orgullosa de lo que veo ante mí. Yo lo he hecho posible. La decoración es increíble. Preciosos capullos de rosas rojas adornan todo el camino. Nos hacen posar delante del *photocall* aunque insisto en que no soy famosa, pero Fran tira de mí y no puedo hacer más que dejarme guiar. Después de ese calvario llegamos a la recepción, que está abarrotada de gente. Hay muchísimos camareros con bandejas de champán y canapés. Cojo una copa; si tengo que pasar por todo esto, al menos intentaré disfrutarlo al máximo.

No dejo de mirar hacia todos lados. Hay personajes tan variopintos como David Bisbal, Marc Anthony, Leo Messi, Carles Puyol, Sara Carbonero y muchas caras conocidas a las que no consigo poner nombre. Pero yo solo busco a una persona, al *estirado*. Marc está en mi mente desde nuestro encuentro en el hotel y pienso en lo nervioso que parecía. No sé qué mosca le habrá picado para pedirme que sea su pareja en la cena, pero me he sentido halagada; claro que sería impresionante llegar agarrada de su brazo a un evento como este, pero no podía ser tan imbécil como para volver a caer. Menos mal que esta será mi última noche en Barcelona.

Veo aparecer a Sonia y a Paul y nos acercamos a saludarlos.

—Estás preciosa, Daniela —me dice mi jefe mientras me da un par de besos—. Pareces una de estas maravillosas modelos que hoy vienen por aquí. Eso sí, tú tienes cerebro y eres muchísimo más guapa.

Nos confirman que compartiremos mesa durante la cena, lo cual agradezco. De repente, alguien me toca el hombro.

—¡Tere! —Abrazo efusivamente a mi amiga—. ¿Qué haces aquí?

—¡Sorpresa! El bufete de mi padre estaba invitado y mi madre no podía venir, así que papá me ha pedido que lo acompañe. —Su mirada se cruza con la de Fran y sí, creo que ahí se palpa tensión sexual contenida. Nunca van a admitirlo delante de mí, pero sé que en algún momento han tenido algo.

—Hola, Fran —lo saluda cortésmente y acepta el beso que él le da—, me alegro de verte.

—El placer es mío, sigues tan guapa como siempre. —Mi amiga se pone colorada, algo poco común en ella. Tengo que preguntarle qué pasa aquí—. Ese vestido te sienta genial.

—¿Este trapo? —Lleva un precioso vestido azul eléctrico con escote palabra de honor y largo hasta las rodillas, cubierto con una tela de gasa que llega al suelo—. Gracias. —El rubor de sus mejillas cada vez es más intenso.

Pasamos un rato hablando hasta que su padre se acerca y nos saluda. Conoce a mis jefes y a mi hermano, así que la conversación es cómoda, nada de asuntos triviales para rellenar huecos. Cuando llevamos un buen rato allí, el suficiente para que me haya tomado tres copas de champán, nos avisan de que podemos pasar al salón para la cena. Paul me llena de elogios sobre la decoración y la organización del evento. Se alegran de haberme elegido para realizar un trabajo de esta magnitud. Bien, minipunto para Daniela, me repito, sí, pero mi segundo nombre es profesionalidad y el apellido perfeccionismo. Nuestra mesa está junto a la presidencial, de modo que, finalmente, tendré a Marc cerca o al menos nos veremos, eso seguro. No sé si alegrarme o sentarme de espaldas al enemigo y al final decido instalarme en una de las sillas que miran hacia la mesa presidencial.

Cuando todos los comensales estamos acomodados, los empleados con más rango del bufete hacen su entrada, con Marc a la cabeza. Lleva del brazo a la morena impresionante de su foto de perfil en WhatsApp. Está guapísimo con su esmoquin negro y una pajarita azul que resalta sus ojos. Ella viste un escueto traje amarillo chillón que deja poco a la imaginación, aunque con el cuerpazo que tiene tampoco le hace falta insinuar mucho. Yo solo tengo ojos para Marc. Me quedo hipnotizada y no sé quién mira primero, si yo a él o él a mí, pero desde que entra por la puerta hasta que se sienta nuestras miradas no se separan. Mi hermano me da un codazo para que le preste atención, y al momento entiende que aquel es el imbécil con el que habló por teléfono.

—¿Prefieres que te cambie el sitio? —me dice. Sabe lo que estoy sintiendo.

—Creo que así estamos bien, ambos tenemos buenas vistas. —Le guiño un ojo, porque acabo de darme cuenta de que desde su posición puede ver perfectamente a Tere y ella tampoco deja de mirar a nuestra mesa—. Creo que tienes algo que contarme, ¿no?

—Bueno..., ya tendremos oportunidad. Ahora, disfrutemos de la noche.

Los platos y las bebidas empiezan a recorrer el salón. La verdad es que estoy muy emocionada por lo bien que está saliendo todo. Sonia y Paul no paran de piropearne: que si los centros de mesa, que si las tarjetas, que si los menús... Bueno, estoy que no quepo en mí con tantas alabanzas. Cuando van a servir el segundo plato está programada la presentación de Marc como presidente ya oficial de la empresa. Tengo ganas de escuchar su discurso. No entiendo la abogacía, pero su voz es una de las más bonitas que he escuchado

nunca. Además, quiero conocerlo en su ambiente, rodeado de magnates y famosos, y ese momento está a punto de llegar. La sutil música de fondo deja de sonar. Todos se callan y miran hacia el pequeño escenario que hay preparado. Alguien se acerca al micrófono. Debe de ser su padre. Es un hombre bastante atractivo para su edad. Marc se pone de pie para esperar que lo presente.

—Buenas noches a todos. Gracias por asistir. Esta noche no pienso dar ningún discurso, le paso directamente la batuta a Marc. —Tiene los ojos humedecidos por la emoción.

Cuando baja del escenario, ambos se funden en un abrazo. Se nota el cariño que se profesan y, sin saber por qué, me emociono. Disimuladamente seco una pequeña lágrima a punto de salir. Qué tonta soy, por favor, todavía lloro cuando muere la mamá de Bambi.

—Buenas noches. En primer lugar, y ante todo, quiero agradecerles que hayan asistido a la cena anual de Capdevila Abogados. Algunos ya me conocéis. Para los que no, me llamo Marc Capdevila Suárez y desde hoy puedo decir orgulloso que soy el nuevo presidente de nuestra empresa. —El salón rompe en aplausos. Él dirige un gesto hacia donde se encuentra su padre y espera a que los aplausos remitan para continuar—. Es para mí un placer tener aquí a tantos clientes y personas que nos apoyan y, bueno, ya sabéis que no soy dado a los discursos, así que espero que disfrutéis de la cena.

Suelta el micrófono y se vuelve a sentar, pero se levanta de nuevo y todos aplaudimos.

—Perdonad que os moleste otra vez, pero se me ha olvidado dar las gracias a alguien en especial; el evento de hoy no sería tan perfecto si no fuera por la profesional que es. —¿Perdona? ¡No estará haciendo lo que estoy imaginando!—. Ha sido un acierto por mi parte elegirla personalmente para este trabajo. Por favor, Daniela, ¿puedes ponerte de pie? —Me señala y todas las miradas me apuntan. Que alguien me diga en qué momento le hice la putada al karma, que quiero disculparme. Mi hermano me da un suave empujón y me ayuda a levantarme—. Ella es Daniela García y no duden en ponerse en contacto con ella si quieren un evento tan bonito y cuidado como este. Gracias, Daniela, por todo, y sobre todo por aguantarme. —Intento sostenerme como puedo mientras escucho los aplausos del salón. Estoy tan roja que podría camuflarme en el vestido—. Bueno, ahora sí, pueden continuar con la cena.

Todo el mundo vuelve a sus conversaciones y a sus platos, pero yo

necesito salir corriendo. Me excuso y voy al baño, quiero aire, un cigarrillo, asimilar lo que ese gilipollas acaba de hacer. Al menos podía haberme avisado esta tarde, cuando nos vimos. Por el camino varias personas me dan la enhorabuena; en fin, esto servirá para ampliar la cartera de clientes, aunque la vergüenza que estoy pasando no se arreglará tan fácilmente. Marc, me las va a pagar. Este se va a enterar de lo que vale un peine. Como me llamo Daniela García.

Consigo llegar al baño y me refresco. El calor recorre todo mi cuerpo. Por suerte, el maquillaje disimula el color de mis mejillas. Al salir me escaqueo por una de las puertas laterales que dan a las cocinas. Quiero dar un par de caladas a un cigarro antes de volverme loca. En la primera calada unas manos me agarran por la cintura y me pegan a la pared. Pedro, sí, mi ex, me besa. Un beso apasionado. Se lo devuelvo sin saber por qué, pero una vez que noto su boca en la mía siento la necesidad de hacerlo. Le he echado de menos. Sus caricias. Su pasión. Y dejo que se pegue más a mi cuerpo.

—Joder, Dani, estás preciosa —me dice mientras acaricia mi rostro—. Me pareció verte en la recepción, pero hasta que no te anunciaron no estuve seguro de que eras tú.

No voy a permitir que esto pase. Llevo varios meses intentando olvidarlo, alejándolo de mí. Lo empujo y él se separa sin rechistar. Joder, me ha encantado ese beso y ahora me doy cuenta de cuánto los he echado de menos, pero me saben a poco, no son como los de Marc. Pero ¿qué haces, Daniela? Saca a ese gilipollas de tu mente.

—¿Qué haces aquí, Pedro?

—Mi empresa estaba invitada y yo me las he ingeniado para asistir. Ser el jefe de los arquitectos tiene sus ventajas. Además, esperaba verte aquí.

—Creo que lo dejé bien claro la semana pasada: no quiero saber nada de ti, no quiero que me busques.

—Pues eso no es lo que me acaba de decir tu cuerpo.

—Mi cuerpo puede decir lo que le dé la gana —elevo la voz—, pero léeme los labios: ¡OLVÍDATE DE MÍ! —Y sin más, le doy la espalda y vuelvo al salón.

Lo que me faltaba... Mi hermano haciéndose pasar por mi pareja y Marc y Pedro bajo el mismo techo. Venga, ahora decidme que el suelo se va a abrir bajo mis pies y el mismísimo diablo vendrá para terminar de joderme la vida.

De vuelta a la mesa, Fran se percata de la cara de cabreo que llevo y

disimuladamente me pregunta si ha pasado algo. Le señalo el camino por el que acabo de llegar y ve pasar a Pedro. Le pongo la mano sobre la pierna para impedir que se levante. Lo que menos necesito es que monte un escándalo y, a juzgar por cómo se intensifica el verde de sus ojos y se le inflama la vena del cuello, como la fiera se desate ya la hemos liado.

La cena continúa sin ningún otro incidente. La gente está cómoda, aunque ya se retiran los que no asistirán al cóctel. Intento que mi enojo no se note; no son ni el momento ni el lugar. Sigo bebiendo para ahogar las penas e intento recordar si el nombre de la empresa de Pedro estaba entre los invitados a las copas.

He reservado una habitación en el hotel para poder descansar entre la cena y las copas en la terraza, así que en cuanto tenemos oportunidad nos despedimos de mis jefes para retirarnos. Ellos no van a quedarse; aunque están invitados, alegan que ya son mayores para estas cosas, que los jóvenes somos quienes debemos disfrutar de toda la velada.

Una vez en la habitación lo primero que hago es deshacerme de los tacones y tirarme en la cama. Fran se quita la pajarita y se tumba a mi lado.

—Venga, no desesperes, verás como todo sale mejor ahora. Tú no te separes de mi lado.

—No es tan fácil, peque, ¿es que no lo ves? Ahora Marc es lo de menos. Si Pedro quiere, y sé que quiere, puede fastidiarme la noche. Subiré, me tomaré una copa y volveré a la habitación. Tú disfruta de la fiesta y habla con Tere, que es lo que tienes que hacer.

—Ni hablar, no le darás el placer de irte a ninguno de los dos. —Me mira a los ojos, verde contra verde—. Del tema de Tere ya hablaremos en otro momento; hoy lo importante eres tú.

En ese momento entra un mensaje y me levanto a coger el teléfono. Fran aprovecha para ir al baño. Es de Marc. No estoy de humor para saber lo que quiere, así que vuelvo a guardarlo. Me voy a la terraza y me fumo el cigarro que tanto necesito, pero cuando no llevo ni la mitad la intriga me puede. Entro y saco de nuevo el puñetero móvil. Lo desbloqueo y me armo de valor para leer.

Espero que me reserves un baile.

Le respondo.

No creo que a tu acompañante le haga gracia. Además, debíamos evitarnos.

No pasa ni un minuto cuando me responde.

¿Celosa?

Venga ya. Bueno, no lo sé, ¿estoy celosa? La verdad es que no me hace ninguna gracia; pensé que vendría a la cena solo, tras haberle rechazado. Pero eso es imposible, claro; un hombre como él encontraría a cualquiera que lo acompañara, ¿en qué estaría yo pensando?

Qué más quisieras tú.

Su contestación no se hace esperar.

Si supieras lo que yo quiero...

Me niego a seguir con este juego y guardo el móvil. Ni que fuera una quinceañera.

Vuelvo a la habitación y Fran sí tiene cara de quinceañero mientras teclea en el suyo. Mi vena cotilla hace acto de presencia y leo por encima de su hombro. Solo consigo ver el nombre de Tere en la pantalla. Lo bloquea y lo guarda al instante. No puedo parar de reírme por lo extraño de la situación.

—Lo sabía —le digo, dándole un coscorrón—. ¿Qué os traéis vosotros dos?

—Nada que a ti te incumba.

—Cómo no me va a importar, mi hermano y una de mis mejores amigas...

—Anda, deja de hacer de celestina —me interrumpe— y ponte los zapatos, que al final llegamos los últimos.

Salimos de la habitación y nos dirigimos al ascensor. Empieza el segundo asalto.

¿Y ahora qué?

Durante todo el trayecto en el ascensor hacia la terraza, Fran se dedica a hablar de nimiedades para no hacerme pensar en nada en concreto, lo cual le agradezco, pero he de enfrentarme al encuentro con Marc después de sus mensajes y tal vez a otro con mi ex. Juro que como esta vez me cruce con él no se libra de un buen bofetón. Sí, es normal que aún sienta algo, al fin y al cabo hemos compartido tres años de nuestra vida, pero en el momento del beso lo único que me vino a la mente fue la imagen de él follándose a otra en la cama que compartíamos. Tengo que zanjar este tema sí o sí...

Como hicimos para asistir a la cena, damos nuestro nombre para que confirmen que estamos en la lista de invitados. Es otra cosa que quise tener muy en cuenta al organizar el evento: debía haber mucha vigilancia y control para que ningún *paparazzi* se colara en la fiesta a fotografiar a los famosos.

El ambiente es animado; el DJ pinchará todo tipo de temas, primero *chill out* para caldear el ambiente y más adelante algo más cañero. Sí, también había ayudado con la música que sonaría según el momento, para que la fiesta no decayera. También pedí que los camareros, independientemente de que hubiera una barra para pedir todo tipo de bebidas y cócteles, pasaran entre la gente con sus bandejas.

Acaban de ofrecernos un licor de caramelo y lo cojo encantada. Fran y yo nos relacionamos con un grupo de personas de nuestra edad. Tere se acerca a nosotros con su acompañante y me coge del brazo disimuladamente para separarme de ellos. El chico que la acompaña me suena, pero ahora mismo no caigo de qué.

—Dani, vamos a bailar —me dice Tere acercándose a mí—. Por cierto, te presento a Miguel, también es abogado en el bufete de Marc.

Claro, Miguel, él es... joder, el chico que Marc llevó a la habitación de la mansión aquella noche. Ahora sí que imploro a todos los dioses de todas las religiones habidas y por haber que escuchen mis súplicas y me saquen de aquí.

Él se acerca y me da dos besos, demorándose lo suficiente para susurrarme al oído: «Estás impresionante, ya sabía yo que el rojo era tu color». ¿Qué cojones les pasa a estos tíos con los colores? Me ruborizo y tiro de Tere para llevármela a la pista de baile improvisada. Si algo falta para que el vaso rebose es que el compañero de juegos sexuales de Marc también esté en la fiesta. Por favor, que alguien me diga qué he hecho mal para que el karma me haga esta jugarreta. No me lo explico.

—Venga, pregúntame —le digo a mi amiga mientras bailamos—, que lo estás deseando.

—¿Qué ha pasado con Pedro? Lo vi llegar detrás de ti. Y también me vas a contar lo que pasa con Marc, porque lo de la cena ha sido extraño. —Su mirada es de esas de *esta vez no hay escapatoria*.

—Creo que no soy la única que no lo ha contado todo. —Señalo a mi hermano descaradamente, para que sepa de qué hablo.

—Ya te dije que no te acercaras a Marc —dice, sin hacerme caso—, que no es bueno para ti.

—Te estaba hablando de mi hermano, aunque esto me interesa más. —Me enfado porque elude mi pregunta, pero sé que le debo una explicación—. ¿De qué conoces tú a esos dos? Cuéntamelo todo.

Me quedo de piedra al saber que coincidió con ellos en una de las cenas a las que acudió con su padre. Que ambos se le insinuaron y no por separado, sino a la vez. Vaya, así que siempre juegan juntos. Si yo soy directa, ella me gana de largo. Tere les dijo que ese no era su juego y Marc dejó de intentarlo, pero ella y Miguel entablaron una buena amistad. Nunca hubo nada entre ellos, me cuenta, pero sí había observado en más de una ocasión que los dos abandonaban casi simultáneamente las fiestas. Finalmente, gracias a su amistad con Miguel, mi amiga acabó averiguando a qué se dedicaban. Ambos realizan el mismo juego, pero Miguel es distinto. Según Tere, con él sí se puede tratar. Sus pocos encuentros con el engreído fueron muy diferentes. Tras su negativa a participar, Marc la ignoró y tampoco aceptó que fuera amiga de Miguel.

Después de haberla escuchado yo le cuento todo, lo que pasó aquella noche en la que desaparecí de la discoteca, dónde fuimos, cómo conocí a

Miguel y cómo me dejó con el calentón. Ella, muy decidida, me toma de la mano y me lleva otra vez junto a mi hermano y a Miguel.

Hablamos de todo un poco. Tere tiene razón, Miguel es un buen hombre, simpático y con un gran sentido del humor. Y yo, bueno, me dedico a lo que mi hermano me ha pedido que no haga: soy su celestina y la de mi amiga, se ponga como se ponga. Poco a poco, conseguimos distanciarnos de ellos y los dejamos a solas. Así también tendré la oportunidad de conocer a Miguel y hacerle un par de preguntas que me interesan bastante.

—Vaya, creía que Fran era tu novio —me dice, observando el coqueteo de esos dos.

—¿Mi novio? No he dicho nada de eso en ningún momento, solo que era mi..., mi acompañante. —Me echo a reír—. ¿De verdad no te has dado cuenta? Fran es mi hermano.

Me mira, lo mira y empieza a carcajearse. No entiendo a qué viene tanta risa. Hasta se le saltan las lágrimas.

—La cara que se le va a quedar a Marc cuando se entere.

—Él no tiene por qué enterarse de nada. —Le lanzo una mirada intimidatoria—. Además, no sé por qué tiene que importarle con quién voy o dejo de ir; él también ha venido muy bien acompañado.

—¿Esa morena? Ja, si supieras lo superficial que es...

Intento desviar la conversación a otros temas; no me apetece nada saber de Marc. Prefiero conocer a Miguel, que me cuente cosas de él. Claro que voy a aprovechar la oportunidad para averiguar más del *estirado* y la morena. Pero no echaré por tierra la oportunidad de hablar con un chico tan guapo y entretenido. Que tonta, lo que se dice tonta, no soy.

—¿Te puedo hacer una pregunta un tanto personal?

—Hazla, ya veré si la respondo. —Además de que es sexi, el acento catalán le da morbo a su mirada verde e intensa.

—Aquella noche, ¿hasta dónde hubieras llegado?

—Hasta donde tú me hubieras dejado —me dice, atrayéndome hacia él. Sus manos están en mi cintura. Poco a poco nos hemos adentrado en la pista de baile, de fondo suena *Four five second*, de Rihanna, y empezamos a movernos con movimientos sutiles. Coloco mis brazos alrededor de su cuerpo y apoyo la cabeza sobre su pecho.

—Ahora entiendo la reacción de Marc aquella noche. No me ha dejado nunca preguntárselo, pero es lógico, una chica como tú no se comparte. —

Acerca su cara a mi cuello y me besa el lóbulo de la oreja. Un calor terrible empieza a descender hasta mis zonas más sensibles. Además de sexi, este hombre es puro erotismo, así que me atrevo a preguntárselo.

—¿Me lo enseñarías?

Él se acerca a mi boca y me planta un casto beso en los labios.

—Ahora no, pero si más tarde sigues queriendo lo mismo, avísame. Date la vuelta.

Me vuelvo y ahí está Marc, observándonos. Con su imponente estatura y su mirada azul cielo. Hay en ella enojo y pasión; no sé como alguien puede reunir ambas cosas en una sola mirada. Se acerca a mí y me agarra de la muñeca. Tengo que preguntarle por qué siempre hace eso. Fuegos artificiales atraviesan mi estómago. Todo esto me desconcierta. Hace unos segundos bailaba abrazada a un hombre sexi que me calentaba, me excitaba y me proponía nuevas experiencias. Todo acaba de borrarse de mi mente. Marc, solo él, despierta mi lado más salvaje. El pequeño tanga que llevo se humedece por completo en el momento en que nuestros cuerpos se unen. Nos amoldamos el uno al otro como un guante. Parece que el suyo estuviera hecho para acogermé. Lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas, pero despierta en mí sensaciones que me vuelven loca. Pierdo la cordura cuando lo siento cerca. Dejo que me abrace, que el calor de su cuerpo acaricie cada poro de mi piel, que me guíe. Todo a mi alrededor desaparece.

—Bailemos —susurra cuando ya hemos dado varios pasos sobre la pista de baile.

—¿No le molestará a tu pareja? —no sé por qué la he nombrado; ahora mismo no me importa nada. Solo que no me suelte.

—Lo mismo que a la tuya —levanto la vista por encima del hombro de Marc y allí está mi hermano, muy acaramelado con Tere, los dos cogidos de la mano y abandonando la fiesta.

—Mi hermano puede hacer lo que quiera —sí, lo sé, no iba a decirle nada, pero quiero disfrutar el momento—, ¿y tu pareja?

—No estaba invitada al cóctel. Sé que te pedí que nos evitáramos, pero creo que tengo cosas que explicarte.

La música cambia y suena ahora *Thinking out loud*, de Ed Sheeran. Las luces son suaves y en este momento siento que estamos solos. Él y yo y nadie más. Quiero saberlo todo de él. Lo necesito. Quiero saber quién es realmente. Sé que esconde algo y sé que puede llegar a gustarme.

—No sé cuántas veces he oído eso de ti. Disfrutemos de la noche y ya está.

Cuando la música termina nos agarramos de la mano. Nuestras miradas se encuentran y sé que va a ser sincero. Lo presiento. Lo deseo. Acabamos en la zona más retirada de la terraza. Ha cogido un par de copas por el camino. Una vez que estamos sentados, me ofrece una y la acepto encantada. Una más no me va a hacer daño y creo que la necesitaré para lo que viene a continuación.

Se le ve intranquilo. Pone distancia entre los dos, pero vuelve a enlazar su mano con la mía. Se afloja la corbata y se pasa varias veces las manos por el pelo hasta dejarlo alborotado, como a mí me gusta. No para de mirarme; varias veces intenta comenzar una frase y, cuando parece que encuentra las palabras adecuadas, vuelve a dar un sorbo a su copa.

—¿Te la bebes, o estás esperando para hacer lo mismo de esta mañana? — dice, señalando mi copa. La apuro hasta la mitad—. Bueno, traga y empiezo a hablar. —Río, como me ocurre siempre que estoy nerviosa y noto que la situación se me escapa de las manos.

Respira hondo y se cambia de sitio para sentarse a mi lado. Ahora sujeta mi mano entre las suyas, que tiemblan. Lo miro a los ojos intentando saber qué transmiten. Veo inseguridad. Miedo. ¿Qué estará pasando por su cabeza? Tengo que darle un empujón o estaremos así toda la noche.

—No muerdo, pero si no quieres contármelo tampoco pasa nada. Seguimos como hasta ahora. Cada uno por su lado y si te he visto no me acuerdo.

—Lo sé, soy un raro de cojones —al menos lo admite—, me encanta disfrutar de las mujeres. Creo que te has dado cuenta. Me gusta darles placer y absorber totalmente el suyo sin que ellas tengan ocasión de hacer nada. Eso es lo que intenté enseñarte la segunda noche. Me volviste loco la primera; nunca una mujer había tomado las riendas en el sexo conmigo. A ti te resultó fácil y a mí más dejarte. —Por fin está soltándose y permanezco callada para que pueda terminar—. Fue extraño, pero increíble. Desde la primera vez que te vi, hace dos años...

—¿Cómo que dos años?

—Déjame explicarte, por favor. —Le dejo continuar—. Hace dos años coincidimos en casa de Teresa. Fui allí con mi padre a una reunión de negocios. Estábamos en el salón y tú esperabas a que ella se despidiera de su padre, porque os ibais el fin de semana a no sé qué fiesta. No te diste ni cuenta de que yo estaba allí y yo no podía dejar de pensar en lo bonita que eras. No pienses que te espiaba, por favor, pero quise saber de ti y, bueno, al fin y al

cabo soy abogado, mi trabajo me abre muchas puertas. Supe que tenías novio, que trabajas en una empresa de organización de eventos, y hace dos meses me enteré de que habíais roto y aproveché la organización de la cena para que vinieras. Quería conocerte. Necesitaba hacerlo. No me preguntes el porqué. Sé que debería haber sido sincero contigo desde el primer momento. Tal vez no hubiéramos llegado a esta situación. Tal vez no hubiéramos tenido sexo. Joder, Dani, follar contigo ha sido lo más increíble que me ha pasado en la vida. Pero tengo miedo, estoy acojonado.

Me quedo totalmente en blanco. Sabe todo de mí. Si eso no es acoso que venga Dios y lo vea. Pero a la vez me siento halagada: un hombre como él, interesado en mí. Aunque eso no es excusa para lo que ha hecho. Me siento engañada, usada. La ira se acumula en mi cuerpo. Miro la mesa. Mi copa está vacía, pero en la de él aún queda un poco del líquido ambarino que hemos tomado. Sin pensármelo dos veces, la cojo, me pongo de pie y la vierto sobre su cabeza.

—¿No crees que hubiera sido más fácil preguntarle a Tere la primera vez que la conociste? Ah, no, que te la intentaste follar en uno de tus juegucitos y, como no aceptó, ahora la ignoras. —Se levanta para estar a mi altura. Bueno, ahora me saca más de una cabeza y me siento pequeña a su lado. Aunque la ira me hace sentir que no es más que un engreído caprichoso que no para hasta conseguir lo que quiere.

Saca un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se seca. No está enfadado. Su expresión es de tristeza, dolor y desesperación.

—Pero no es eso lo que quería explicarte, Dani.

—Para ti soy la señorita García y no quiero que me expliques nada. Nuestra relación se termina aquí, así que te agradecería que no intentaras volver a saber de mí ni a investigar sobre mí, porque si me entero de que lo haces te juro que te haré la vida imposible. Has perdido todo el respeto que te tenía. No te mereces siquiera que me despida de ti. Pero soy una persona educada. Así que buenas noches. —Me vuelvo para marcharme, pero nada más dar dos pasos retrocedo hacia él y le propino un buen bofetón. Qué peso me acabo de quitar de encima. Necesitaba hacerlo.

Al salir de la zona de descanso veo a Miguel a lo lejos, haciéndome señas con la mano. Marc no se ha movido de su sitio y si lo ha hecho me da exactamente igual. Sé lo que tengo y quiero hacer. Siento pena. No soy una persona rencorosa y pienso que realmente lo que ha hecho es romántico. Pero

podría haber sido sincero desde el principio. No habríamos llegado a esto y hubiera sido más fácil para los dos.

Al llegar junto a Miguel me lanzo a su cuello y le doy un beso de infarto. De esos de película. De los que te erizan los pelos de los brazos y hacen que pierdas las bragas. Responde con la misma efusividad atrayéndome hacia su cuerpo, sin preguntarme el porqué.

—Enséñame ahora. —Tiro de él hasta la salida de la terraza.

Aquí mando yo

Hola, me llamo Daniela y estoy haciendo la mayor locura de mi vida.

Acabo de darle un bofetón a un tío que se estaba sincerando conmigo, aunque lo que me contaba, pues... como que no me hacía ninguna puta gracia. Segundos después estoy en los brazos de su amigo y compañero de juergas sexuales. Nos manoseamos en el ascensor. Nuestras lenguas se enredan dentro de nuestras bocas luchando por llevar el mando. ¿Qué estoy haciendo? No lo sé, pero pretendo disfrutar del momento y el alcohol que llevo encima me está ayudando. No pienso pararme a pensar, solo a disfrutar. A sentir. A empezar a vivir mi vida sin importarme nada más.

Miguel no ha dejado de besarme desde que salimos de la terraza y una vez que llegamos al ascensor empiezo a cederle el mando de la situación. No pregunto hacia dónde nos dirigimos. Pulsa el botón de la cuarta planta. Vamos a su habitación. Sus labios son carnosos, cuidadosos y a la vez exigentes, saben a pura gloria. Nada más abrirse el ascensor, nos dirigimos al final del pasillo. Saca la llave del bolsillo interno de su chaqueta y abre la puerta, todo sin separarse de mí. Una vez dentro empieza a deshacerse de la ropa y yo me quedo embelesada con su cuerpo. Está más musculado que Marc, pero sin exageración. ¿Sabéis esas tabletitas de chocolate? Pues yo me voy a hartar. Pienso saborear cada porción poco a poco. Cuando solo le quedan los bóxers puestos se acerca a mí devorándome con la mirada y me ayuda a quitarme el vestido con lentitud, entreteniéndose en cada roce con mi piel.

—Vaya, te recordaba preciosa, pero esto es más. —Recorre mi espalda con las yemas de sus dedos—. Si quieres que pare en algún momento, dímelo. —Aquellas palabras me recuerdan a Marc e instintivamente doy un paso hacia delante y me separo de él.

—Yo... lo siento. —La cordura vuelve a mí y de repente me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Estoy enojada con Marc, pero yo no actúo así. No puedo. Aunque me encanta este hombre, no despierta en mí lo que realmente necesito. Necesito más.

—No te preocupes, no pasa...

—¿Qué coño pasa aquí?! —La puerta de la habitación se abre con un sonoro ruido y Marc entra como un loco. Se acerca a nosotros, le da un empujón a Miguel y me tapa con su chaqueta—. Miguel, lárgate de aquí.

—Marc, tranquilízate... —Miguel intenta intervenir mientras yo estoy congelada, sin saber cómo reaccionar.

—Perdona, amigo, estoy muy tranquilo —baja su tono de voz—. Si no te importa dejarnos, tengo una conversación pendiente con la señorita García. — Su mirada me lanza cuchillos, pero la aguanto con toda la dignidad del mundo.

Miguel se viste rápidamente, solo colocándose los pantalones y la camisa. Coge sus zapatos y nos deja solos en la habitación. Marc está a punto de hablar, pero yo ya estoy harta de estos ataques de testosterona. De su bipolaridad. De que quiera salirse con la suya.

—De verdad, no sé quién diablos te crees que eres. Ya te dejé bastante claro que no quiero saber nada de ti, que eres un maldito controlador, un egoísta, un excéntri... — No me deja terminar la frase; sus manos toman mi cara y sus labios se unen a los míos recordándome la pasión que encierra en su interior, su desesperación, su deseo y algo más contenido que no puedo explicar. Solo puedo hacer dos cosas: devolverle el beso o lo que realmente necesito otra vez, darle un bofetón a mano llena, o con la mano abierta, como diría mi madre, sin ningún tipo de contemplación—. ¿Qué demonios te crees que estás haciendo?

—¿En serio que aún no te has dado cuenta? —me pregunta—. Daniela, me gustas, y mucho.

Nos miramos. No sé qué responder a esa declaración. ¿Qué es lo que realmente esconden esas palabras? No sé si estoy dispuesta a conocerlo. Se acerca más a mí y yo voy dando pasos hacia atrás, intentando poner espacio entre nosotros, pero él es más rápido y me lo impide. Alarga su mano y me coge por la cintura. Sin darme cuenta suelta su chaqueta y me quedo ante él solo con el diminuto tanga. Su mirada me recorre de arriba abajo y no sé por qué, me siento tímida ante sus ojos, pequeña. Da de nuevo un paso hacia mí y esta vez no puedo alejarme porque me tiene firmemente agarrada. Baja su boca

en busca de la mía y cuando nuestros labios se unen los muerdo hasta sentir el sabor de su sangre en mi boca.

—Gatita...

Se pasa la lengua por los labios; un gesto tan erótico que cuando vuelve a acercarse a mí no puedo hacer más que corresponderlo. Como aquella primera noche, el miedo y la pasión me invaden, pero no puedo permitir que entremos en un bucle que sé que me hará sufrir. Necesito que las cosas estén claras entre nosotros.

—Esto no puede pasar, Marc. Mañana, bueno, esta noche vuelvo a Sevilla. No te voy a decir que no me gustas porque me engañaría a mí misma, pero me supera la forma en que has hecho las cosas. No puedes ser de una manera y al segundo parecer una persona totalmente distinta. —Intenta interrumpirme, pero se lo impido poniendo los dedos sobre su boca—. Esto me apetece tanto como a ti, pero será la última vez, luego yo volveré a mi casa y cada uno seguirá su camino. Debes prometerme que después de esta noche no volverás a intentar que nuestros caminos se crucen.

—Hazme sentir como la primera noche juntos, domíname. —Y sin más me arrastra con él a la cama quitándose la ropa por el camino. Es tan guapo... Su cuerpo desprende placer por todos lados y me dejo hacer.

Empieza a devorarme completamente. Parece que intenta grabar en sus labios cada rincón de mi cuerpo. Mordisquea los lóbulos de mis orejas, su lengua desciende por mi cuello dejando un reguero de cálida saliva, sus manos acarician mis pechos hasta que su boca también llega a ellos. Juguetea con la lengua dándome pequeños y dolorosos mordiscos de placer. Esto es demasiado para mí; necesito el control de la situación y él me ha pedido que lo tome. Paso mis manos por su espalda, lo araño y siento como se arquea a causa del dolor, pero no se queja. Beso y muerdo sus labios y cuando puedo deshacerme de su peso cambio nuestra postura. Lo tumbo boca arriba y me siento a horcajadas sobre él. Necesito demostrarme a mí misma que estoy haciendo esto porque yo lo he decidido. Aún llevamos la ropa interior puesta, pero su erección es claramente evidente. Me deslizo por sus piernas hacia abajo sin dejar de mirarlo, le bajo los bóxers negros de Calvin Klein y agarro su miembro; su expresión cambia al momento. Lo masajeo despacio, arriba y abajo, dándole placer hasta hacerle retorcerse, y cuando menos se lo espera acerco mi boca, lo introduzco en ella por completo y lo saboreo en todo su esplendor.

—Joder, Daniela, vas a hacer que me corra ya —consigue balbucear. Bajo el ritmo y noto su líquido preseminal en mi garganta. Lentamente, retiro su pene de mi boca y paso mi lengua por toda su extensión. Tiembla. No me paro a pensar siquiera en un condón, uso la píldora y necesito sentirlo dentro de mí sin ningún tipo de barreras. Quiero todo lo que me faltó en nuestros anteriores encuentros. La sensación que experimento cuando entra en mí es indescriptible. Al notar como descendo despacio sobre su cuerpo, él arquea la espalda para ocuparme completamente y un gemido escapa de mis labios. Se incorpora sobre la cama hasta quedar sentado y apresa el gemido con su boca a la vez que suelta otro de mayor intensidad, y en aquella postura, mis piernas abrazando su cintura, empezamos a movernos a un ritmo infernal que rápidamente nos lleva al éxtasis.

Noto como su semen me llena por completo en varias sacudidas. Me besa con voracidad. Nuestros gritos y jadeos de placer pasan de una boca a otra. Al terminar, sin salir de mí, se desploma en la cama sin dejar de abrazarme. Sus manos acarician mi pelo, que debe de estar completamente revuelto, y entonces noto como vuelve a crecer en mi interior.

—No sé qué tienes, pero no me sacio de ti. Quiero más. No me canso de tenerte junto a mí y me da miedo.

—No lo estropees ahora y disfruta.

Nunca me había pasado algo así con ningún otro hombre. Pensé que se trataba de relatos de novelas románticas, que era totalmente imposible, pero me está sucediendo a mí. Marc toma las riendas esta vez. Yo estoy extasiada, pero quiero seguir sintiéndolo, que no pare. Cambia de postura y se coloca sobre mi cuerpo. Es muy agradable sentir su peso sobre mí y deseo que no nos separemos, que esta sensación nunca termine.

—Nena, ahora me toca a mí.

Y vuelve a devorarme con su boca. Repite el recorrido que antes interrumpí. Vuelve a mis pechos y cuando introduce uno de mis pezones en su boca tengo tal orgasmo que seguramente me han oído gritar en todo el hotel. Detrás de ese llegan más, todos seguidos, sin que pueda reponerme del anterior. Me está haciendo el amor de una manera increíble, porque —perdonad que os diga— esto no es follar. Hay pasión, no solo sexo. Empieza a descender, lo noto en el momento en que introduce dos de sus dedos en mi interior y su lengua toca mi clítoris. Mi cuerpo está extremadamente sensible y pone una mano sobre mi vientre para evitar que se mueva solo. Empiezo a

gritar otra vez. Tengo la garganta completamente seca y los jadeos escapan sin darme tiempo a recuperar el aliento. Aprovecha toda mi humedad para, de una sola embestida, llenarme con su nueva erección. Sus movimientos son rápidos y certeros. Continúa con su balanceo y se apodera de mis pechos con ambas manos. Agarro la almohada entre las mías, sé que si las llevo a su espalda la arañaré entera.

—Dani, llega conmigo, por favor —me susurra al oído, y con tres movimientos más cae desplomado sobre mí y se derrama por completo en mi interior. Sentir el peso de su cuerpo sobre mí me causa un enorme placer. Lo huelo y me encantan su olor, su sudor, su respiración entrecortada. Me quedaría aquí toda la vida.

—Acompáñame a la ducha. —Me da la mano para ayudarme a incorporarme.

Entramos en el baño, abre los dos grifos para conseguir la temperatura adecuada y me ayuda a introducirme con él en la bañera. El agua está más bien fría, pero le sienta bien al calor que desprenden nuestros cuerpos. Me pone champú en el pelo y empieza a enjabonarme. Él deposita gel en sus manos y me lava el cuerpo con delicadeza. Presta atención a mis pechos, desliza sus manos por mi vientre y cuando creo que va a bajar más me hace girar y continúa por la espalda, suavemente, hasta llegar a mi trasero, primero una nalga, después la otra. Y finalmente introduce una mano entre ellas, deja sus dedos muy cerca del ano y yo doy un respingo ante tal invasión. Retira sus manos y ninguno de los dos decimos nada. Empiezo a estar excitada otra vez. Con un sutil movimiento, me sitúa bajo el chorro de agua y empieza a aclararme el pelo. Después él se lava sin permitir que lo ayude. Cuando se da la vuelta veo las marcas de mis uñas en su espalda. Deposito un beso en cada una de ellas. Una vez aclarados, sin ningún resto de espuma en nuestros cuerpos, salimos del baño, me alcanza una toalla y nos secamos.

Yo salgo primero y busco mi ropa en la habitación. Me visto. Marc entra con la toalla alrededor de su cintura. Me dan ganas de desvestirme de nuevo, pero tengo que ser sincera conmigo misma y no volver a caer en la tentación. Él me ha seducido, pero yo he tomado una decisión y he de mantenerme firme.

—¿Adónde vas? —me dice, con la cara descompuesta.

—Te dije que cuando termináramos me iría y te pedí que no intentaras ponerte en contacto conmigo, y soy una persona de palabra.

—Pero yo creía...

—Tu creías... Permíteme que lo dude. Aquí ha habido muchas mentiras e información oculta, así que déjame que sea yo quien te deje las cosas claras. Tengo mi vida y tú no estás en ella, de modo que, si no te importa, me marcho. Y por segunda vez en menos de veinticuatro horas, ha sido todo un placer trabajar contigo.

Me doy la vuelta y salgo sin querer mirar atrás. Creo que si lo hago me lanzaré a sus brazos y acabaré sufriendo, y he de ser más fuerte que eso. Camino hacia los ascensores, pero no me atrevo a subir a mi habitación; podrían estar Tere y Fran. Miro la hora en el móvil: aún habrá mucha gente en la fiesta, así que pulso el botón de la terraza y solo pienso en emborracharme para olvidar todo lo que me ha pasado en las últimas horas.

Al llegar a la terraza observo que todavía quedan bastantes personas, aunque se nota que ya se han formado parejas. No veo ninguna cara conocida. Me acerco a la barra y pido una cerveza bien fría. Tengo la garganta dolorida por los gritos de un momento antes. Cuando pido la segunda cerveza una voz me habla desde atrás.

—Creí que solucionaríais las cosas.

—Hola, Miguel. Así sería si hubiera algo que solucionar. ¿Quieres algo? Paga tu jefe —digo con desgana. Decide tomar cerveza, igual que yo.

Se disculpa por lo sucedido en la habitación. Me dice que yo le atraigo muchísimo, que si Marc no hubiera aparecido él hubiera seguido hasta el final. Yo le explico que antes de que entrara Marc yo sabía que aquello se quedaría así. No sé cuánto tiempo llevamos hablando, de su trabajo, de los casos que lleva, los que ha ganado o perdido, de lo entretenido que parece el mío comparado con el suyo, y así pasamos el resto de la noche.

—Ahora hablando en serio —le digo, para entonces con algo más que un simple puntito de alcohol—, aquello que íbamos a hacer en aquella mansión..., ¿tú me enseñarías?

—Pero te vas a Sevilla. —Él también está en ese punto entre la risa tonta y me voy de fiesta antes de que me dé el bajón.

—Claro, pero seguro que allí hay algún local de ese estilo y podrías venir de visita. —Me indica con un gesto que no está seguro—. Venga, tú, yo y alguien que no sea Marc, así nadie se echará atrás.

—Vale, en dos semanas cojo vacaciones —acepta y me da su móvil—. Apunta tu número de teléfono y cuando sepa qué día llego te aviso. Si después te echas atrás no te lo reprocharé.

Lo hago y me despido de él con un beso en los labios. Quiero ir a mi habitación a dormir, me importa un bledo con quién esté o lo que haga mi hermano. Necesito descansar y empezar a eliminar alcohol de mi cuerpo antes de coger el avión en menos de doce horas.

Cuando llego, la habitación está vacía. Ni rastro de que por allí haya pasado nadie. Me quito la ropa y me voy a la ducha, a ver si consigo quitarme todo el estrés que he acumulado en cada parte de mi cuerpo y borrar las huellas de la noche: el beso de Pedro, las insinuaciones de Miguel y el maravilloso sexo con Marc.

He permitido que todo esto ocurriera. No sé si arrepentirme de haber abandonado la habitación de Marc, aunque tengo claro que quedarme hubiera sido un error.

Salgo de la ducha con más dudas que cuando entré. Cojo mi iPhone para activar la alarma. Necesito estar en el aeropuerto a las tres de la tarde y ya son más de las seis de la mañana. Al desbloquearlo veo varios mensajes. Temo leerlos.

Fran: Enana, cambio mi vuelo, no preguntes, ya te contaré.

Tere: Lianta...

¿Qué se traen estos entre manos? No lo sé, pero ambos mensajes se enviaron a la vez. Cada vez tengo más que claro que hay o ha habido algo entre ellos... Sigo leyendo.

Soy Miguel, no dudes que iré a visitarte. ;)

Vaya, lo envió justo en el momento en el que nos despedimos. ¿Estoy segura de lo que le he pedido? Sí, lo estoy, necesito desconectar de mi mundo y él puede ayudarme a conseguirlo. Además, soy lo suficientemente mayorcita como para tomar mis propias decisiones. Tengo más mensajes. Los más complicados.

Marc: Tenía razón y te lo dije desde el principio, todo ha sido un error.

Cinco minutos más tarde llega el siguiente.

Marc: Aunque ha valido la pena conocerte.

Y diez minutos después, otro más.

Marc: No volveré a hacerlo. Recordaré tu bofetón si cambio de idea.

Vaya, ¿qué significa todo esto? Exactamente, él dijo desde un principio que aquello no tendría buen final y ambos fuimos tan estúpidos de repetir y aceptar en sendas ocasiones. Aunque he de decir que no me arrepiento de ninguno de los polvos que he compartido con él. Fueron y han sido los más increíbles de mi vida y esas cosas nunca se olvidan. Conecto la alarma. No me apetece contestar a ningún mensaje. Solo quiero dormir, despertar en Sevilla y olvidar estas cuatro semanas en Barcelona.

De vuelta a la realidad

Al regresar a Sevilla estuve dos días sin hablar con nadie. Tampoco avisé a mi madre de que había llegado, ni siquiera a las chicas. Recibí varios correos en los que me felicitaban por la cena y el cóctel, y Paul y Sonia intentaron hablar conmigo en varias ocasiones, pero no estaba para nadie. Mis jefes también me sugirieron que cogiera unas vacaciones; me las había ganado. Pero no sabía dónde ir ni con quién.

Mientras continuaba leyendo y contestando correos, un nuevo mensaje llegó a mi teléfono.

Miguel: Adelanto las vacaciones, ¿quieres verme mañana?

¡Claro que quería verlo! Vaya, todo apuntaba a que conocería aquello que quería mostrarme mucho antes de lo esperado. Contesté de inmediato.

Yo: No busques hotel. ¿A qué hora llegas?

Me respondió igual de rápido. Aterrizaría en Sevilla en el avión de la noche. Me ofrecí a recogerlo y le pedí que me dejara ejercer de anfitriona al menos la primera noche, ya que había rechazado quedarse en mi casa. Aceptó. Estaba entusiasmada. Pasé el resto de la tarde recogiendo mi pequeño piso, limpiando, poniendo lavadoras, aunque mi maleta seguía sin deshacer junto a la puerta de entrada. El ánimo no me había acompañado durante esos dos días, pero el mensaje de Miguel logró levantármelo. Esa noche volví a dormir.

El día siguiente fue igual de intenso. Hice la compra, pues solo tenía en la nevera cerveza y poco más. Debía preparar una cena fabulosa. Me decanté por unas hamburguesas caseras, receta de mi hermano de cuando estuvo en Nueva

York.

Después me di una ducha y me vestí para la ocasión. Hacía calor. Unos *shorts* negros y una camiseta de tirantes amarilla con un mensaje alegre: «Hoy voy a ser la mujer más feliz del mundo». Y sí, me sentía feliz.

Miguel estaba increíble. Las otras veces lo había visto arreglado, pero ahora llevaba unos vaqueros desgastados con rotos en las rodillas, una camiseta negra de Metallica, una mochila sobre el hombro y el pelo rubio revuelto, nada de gomina como en las ocasiones anteriores. Lo vi imponente, sexi.

—Hola, preciosa —me saludó acercando su boca a la mía; acepté encantada—, así da gusto que lo reciban a uno en el aeropuerto.

Me agarró de la mano con la mayor naturalidad del mundo y salimos hacia el aparcamiento. Mi trabajo me permite tener algunos lujos, entre ellos un apartamento en pleno centro de Sevilla y mi fabuloso Audi. Se sorprendió al verlo y comentó que me imaginaba en un coche más femenino, un Fiat o un Seat. Le di un codazo y lo invité a subir. Por el camino hablamos de su viaje y de lo que ambos habíamos hecho esos dos días.

Dejé el coche en el *parking* del apartamento y subimos en el ascensor. Volvimos a rozar nuestras manos varias veces. Le enseñé la habitación que ocuparía. Había arreglado mi estudio, que reservaba para los trastos y para cuando venían las chicas, pues siempre acabo trabajando en el salón.

Él sugirió que pidiéramos algo de cena, pero yo preferí sorprenderle enseñándole todo lo que había preparado en mi pequeña cocina. Mientras terminaba de hacer las hamburguesas, él se dio una ducha y terminó de acomodar su equipaje en la habitación.

Cuando acabó yo ya había puesto la mesa, dos coronitas y *Sirena varada*, de Héroes del Silencio, sonando de fondo.

—Vaya, así, sí. Pero no quiero abusar de tu hospitalidad.

—Te lo dije ayer y te lo repito hoy: mientras estés en Sevilla te quedarás aquí y no acepto un no por respuesta.

—Y yo te dije que al segundo día te cansarías de mí.

—No te preocupes, que si eso sucede yo misma te buscaré un hotel.

Comimos tranquilamente, hablamos de cada uno, de las cosas que nos gustan, de los lugares a los que habíamos viajado y a los que nos gustaría ir. Nos sorprendió descubrir que tenemos mucho en común. Recogimos la mesa y fregamos entre los dos. Todo tan natural, como si estuviéramos acostumbrados

a esa familiaridad. Al acabar nos sentamos en el sofá y después de dar mil vueltas a los canales de la tele dejamos los musicales.

Nos miramos fijamente y un mechón de mi coleta improvisada me rozó la mejilla. Él se acercó a mí para retirarlo y colocarlo detrás de mi oreja. Dejó allí su mano y aquel gesto me pareció el más romántico del mundo. El roce de su mano con mi cara. Lentamente, se acercó a mí y me besó. Y vaya beso increíble, delicado, sensual, apasionado.

—No creo que sepas lo sexi que eres —me susurró al oído mientras lamía el lóbulo de mi oreja—. He movido hilos y, si sigues queriendo conocer mi mundo, mañana podré enseñarte algo más.

Tomé su cara entre mis manos y lo acerqué más a mí. Besé sus labios, me senté a horcajadas sobre él y noté su erección entre mis piernas.

—Sí —dije, entre beso y caricia—, deseo que me lo enseñes todo.

Y entonces comenzó realmente nuestra noche. Él masajéo mi espalda hasta que la camiseta desapareció de mi cuerpo. Sus manos jugueteaban con mis pechos y luego dejó que fuera su boca la que continuara.

Nunca me habían tocado con esa necesidad. Tal vez Marc, pero la electricidad que sentía con Miguel era más intensa. Me concentré en lo que estaba haciendo, sintiendo. Hice lo mismo que él y le quité la camiseta. Su pecho, perfecto, un suave vello rubio salpicado descendiendo hasta su ombligo. Seguí el recorrido con mi lengua hasta llegar al inicio de sus pantalones. Me puse de rodillas ante él. Su respiración se volvió entrecortada; no dejaba de mirarme. Desabroché el botón de sus vaqueros y él alzó sus caderas para ayudarme en la tarea de desnudarlo. Con los vaqueros salieron también sus bóxers y se quedó totalmente desnudo ante mí. Pura perfección. Cada músculo, el color de su piel, el movimiento de su pecho agitado por la respiración. Tener en tan poco tiempo tres hombres del porte de Pedro, Marc o Miguel no pasa todos los días, pero sabía que los dos primeros debían desaparecer de mi vida.

Empezamos a calentarnos; cogí su miembro entre mis manos y empecé a moverlo lentamente, arriba, abajo, arriba, abajo. Sus gemidos me hipnotizaron y, cuando estaba a punto de introducirlo en mi boca, él me sujetó de los brazos y me puso de pie, acercó su cara a mi cintura y se deshizo hábilmente de mis *shorts*.

—Déjame a mí primero disfrutar de tu cuerpo. Ya se me ha negado dos veces, no me lo hagas una tercera.

Acepté. Él me bajó el diminuto tanga que me había puesto para la ocasión, posó sus labios sobre mi vientre y, con su mano, empezó a trazar un recorrido desde mis rodillas hasta mi trasero. Mientras lo apretaba fuertemente con una mano, dejándome regueros de dolor y placer, deslizó la otra hasta mi entrepierna, encontró mi clítoris y me hizo estallar en gemidos indescifrables. Lentamente cambiamos nuestras posturas. Nos tumbamos en el sofá, yo boca arriba y él a mi lado, con una pierna entre mis muslos para evitar que los cerrara y una mano apresando mis muñecas sobre el vientre. Sus labios comenzaron a descender hasta que su lengua rozó mi humedad; con una agilidad indescriptible introdujo uno de sus dedos. Me arqueé inconscientemente, buscando más placer, y él lo notó al instante, porque llevó dentro de mí un dedo más y aceleró el movimiento de su lengua.

Entre jadeos, le pedí que me follara y él no se hizo de rogar. Extrajo un condón del bolsillo de sus vaqueros, se lo puso rápidamente y volvió a tumbarse sobre mí colocando una de mis piernas sobre su hombro. La embestida, certera, alcanzó lo más profundo de mí. Grité y él absorbió mis gritos con su boca. No sé cuánto tiempo pasamos en esta postura. No quería parar, necesitaba su ayuda para olvidar, deseaba pasión. El placer recorrió todo mi cuerpo y empecé a convulsionarme. Él notó que alcanzaba el clímax, soltó mi pierna, llegó conmigo y se dejó caer sobre mí, como si me hubiera estado esperando.

Me sentía exhausta. Después de dos días holgazaneando, mi cuerpo no daba para más. Me tomó en sus brazos y me llevó hasta el baño.

—Lo siento, mi piso es pequeño y tengo una simple placa de ducha.

Con cuidado me lavó para eliminar de mi cuerpo los restos de mi humedad, de mi sudor y del suyo. Estaba tan cansada que ni siquiera pude ayudarlo, pero no pareció importarle. Al acabar me secó dulcemente. Recordé a Marc, que había hecho lo mismo días atrás. Todo tan igual y tan distinto... Pero no entendí por qué, incluso en un momento como aquel, volvía a tener en mi mente a aquel engreído. Tenía que sacarlo, eliminarlo, deshacerme de él.

Miguel rodeó mi cuerpo con la toalla y me condujo a la habitación, me recostó sobre la cama, depositó un beso en mi frente y se dispuso a abandonar mi dormitorio. No sé de dónde salieron aquellas palabras...

—Quédate a dormir conmigo...

Extendí la mano para agarrar su brazo. Él se acercó a mí. Su mirada era extraña, tal vez el cansancio, al fin y al cabo no había descansado desde que

llegó y acabábamos de tener una sesión de sexo impresionante.

Se tumbó a mi lado abrazándome desde atrás. Volvió a besarme, esta vez en la nuca, y yo me dejé acunar por los brazos de Morfeo. Algo me dijo mientras me quedaba dormida, pero no fui capaz de entenderlo. El sueño pudo más que yo.

Fue una noche rara. Soy de las que apenas recuerdan los sueños, pero esta vez me parecieron muy reales. Me encontraba con Miguel, en mi salón, disfrutando de un estupendo sexo, reviviendo la situación de aquella tarde. La puerta de mi piso se abría y entraba Marc, pero no avanzaba, sino que se quedaba bajo el marco de la puerta, negando con la cabeza —ya ocupa hasta mis sueños—. Yo intentaba levantarme, pero cada vez que lo conseguía Miguel lograba entretenerme para continuar con lo que estábamos haciendo. Marc estaba cada vez más nervioso y enojado y yo intentaba hablarle, explicarle por qué Miguel estaba allí —¿como si le debiera algún tipo de justificación!—.

Finalmente conseguí despertarme, empapada en sudor. No vi a Miguel a mi lado. Me levanté de la cama y me asomé a su cuarto. Lo encontré vestido con un pantalón de pijama, dormido sobre las sábanas.

¿Por qué había abandonado la cama? La mía es amplia y había aceptado dormir conmigo. Me había dicho algo mientras me estaba quedando dormida. ¿Tendría algo que ver? ¿Me habría movido mucho? ¿Tal vez hablé en sueños? Me pasa a menudo, aunque nunca recuerdo lo que sueño. Pero esta vez era distinto. Había soñado con Marc, en el sueño quería llegar a él. Joder, había sido tan real...

Estaba segura de lo que estaba haciendo, sí, tenía que estarlo, había hecho venir a Miguel hasta Sevilla, ya no podía echarme atrás. Además, había disfrutado y Miguel me atraía muchísimo; ¿cómo no iba a hacerlo, si es un hombre impresionante y con mucho que enseñarme?

Me tomé una tila y regresé a mi cuarto. Antes, volví a mirar a Miguel, que seguía en la misma postura. Deseé que por la mañana me explicara qué había pasado, por qué había abandonado la cama. Nota mental: Daniela, deja de darle vueltas, así no vas a conseguir nada, solo seguir despierta. Me regañé a mí misma mientras me acurrucaba nuevamente en la cama. Al final, Merche y Tere iban a tener razón. Me gusta buscarle tres pies al gato.

Necesitaba dormir y, sobre todo, descansar. Mañana será otro día, me dije.

Sorpresas

Un zumbido me saca de mi sueño. Miro el despertador: son solo las siete de la mañana. Escucho ruidos en la habitación donde Miguel ha pasado la noche y unos pasos que vienen hacia la mía. Me hago la dormida y noto el peso de su cuerpo sobre mi cama. Intento relajar mi respiración para que parezca que duermo. Me pasa un brazo por la cintura, como anoche antes de dormir. No quiero moverme. No entiendo por qué ha vuelto a mi cama y, aunque me muero de ganas de saberlo, consigo mantener mi postura y relajarme. El ritmo de su respiración sobre mi cuello me lleva otra vez a los brazos de Morfeo.

Una luz suave se cuela por la ventana de mi habitación mientras su brazo fuerte continúa abrazándome y con la mano del otro me acaricia el pelo. Estoy cómoda y esa sensación me transporta a aquellas mañanas con Pedro, pero consigo eliminar esa imagen de mi cabeza. Él ya no compartirá más mi cama. Me vuelvo lentamente y lo que encuentro es la cálida sonrisa de los ojos azules de Miguel.

—Buenos días, preciosa. —Se acerca y deposita un dulce beso sobre mis labios. Estoy deseando hacerle la pregunta que casi me impidió dormir esta noche.

—Buenos días.

Sus manos atraen mi cuerpo al suyo e intuyo su despertar en la entrepierna. Me dejo acomodar y acaba sobre mí. Sus manos trazan cada parte de mi cuerpo, despertándolo, excitándolo. Su actitud es posesiva y, aunque me gusta llevar el mando en las relaciones, ahora me agrada que él tome la iniciativa. Pone su rodilla entre mis piernas obligándome a abrirlas. Con la mano izquierda me sujeta las muñecas sobre la cabeza y con la que queda libre

empieza a estimularme. Con suavidad, introduce un dedo en mi interior y utiliza el pulgar para continuar acariciando la parte más sensible de mi cuerpo y hacer que me retuerza de placer. Tengo todo su cuerpo sobre mí y no puedo moverme como quisiera; me tiene completamente a su merced.

Sus labios son hábiles. Tengo los pezones doloridos a causa de sus lametones y mordiscos. Gimo de puro placer y él se separa de mí para pedirme un preservativo. Como puedo, le señalo el primer cajón de mi mesilla de noche. Sin soltarme las muñecas, alarga el brazo que tiene entre mis piernas, coge uno, lo abre y se lo coloca con una sola mano. No quiere soltarme y no lo hace. Recupera la posición que teníamos y con un movimiento certero y profundo se introduce en mí. Ahoga con un beso el grito de placer que escapa de mi garganta.

Es rápido y excitante. No hacen falta preliminares, no me permite tocarle. No puedo moverme, pero es intenso. Es distinto.

Nos miramos y nos dedicamos una sonrisa. Me levanto de la cama y le digo que se quede allí si quiere. Voy a ducharme y a preparar el desayuno. Salgo de la habitación dejándolo boca arriba como su madre lo trajo al mundo. Me dan ganas de saltar sobre él y tomar el mando, pero tengo mucho que hacer: organizar nuestro día, revisar correos, aceptar mis vacaciones.

Estoy en la cocina sirviendo dos tazas de café cuando entra en el salón. Lleva unas bermudas deportivas negras con el logo de algún equipo de fútbol inglés —o a saber de dónde, no me van mucho los deportes— y una camiseta de tirantes blanca. Está guapísimo, recién duchado, su pelo rubio alborotado. Me dedica una sonrisa y se acerca a mí. Le pido que se siente en uno de los taburetes, pero insiste en ayudarme a preparar el desayuno. Tostadas con mantequilla y mermelada, galletas y magdalenas. Creo que nunca he desayunado tanto; podría tomarme todo el café de la India si fuera necesario, pero comer así a estas horas no lo he hecho ni cuando era pequeña y desayunaba antes de ir al colegio.

La mañana pasa rápido. Yo la dedico a contestar correos. Llamo a mis jefes y les anuncio que me tomaré dos semanas de vacaciones. Insisten en que no me preocupe por nada, que ellos se harán cargo de mi trabajo o se lo asignarán a otra persona si surge algún imprevisto. Miguel ha salido a correr, pero antes le he ayudado a programar un recorrido en su móvil.

Aprovecho que no está para llamar a las chicas. Merche tiene que saber que he vuelto, y en cuanto a Tere, me debe muchas explicaciones. Aunque no

solemos pedirnoslas, en este caso haré una excepción, ya que mi hermano está involucrado.

—¡Hombre, te has dignado a llamar! —escucho a Merche al otro lado del auricular—. Y ahora me dirás que te has encerrado en casa con un catalán al que has secuestrado.

—Respondiendo a tu comentario. Uno, he estado un poco agobiada y no he avisado a nadie de mi llegada, ¡eres la primera! Y dos, no lo he secuestrado, ha venido él solito.

—Lo sabía, tienes que presentarme a ese morenazo ya.

—¿Perdona?

—¿No es el abogado para el que organizaste la cena?

—Me imagino que Tere se habrá ido de la lengua, pero no, no es él. Lo que no te habrá dicho es que desapareció de la fiesta con mi hermano, que debía acompañarme a Sevilla, y desde entonces no he sabido nada de ninguno de los dos. —Intento desviar la conversación, porque no me apetece dar explicaciones sobre quién está ahora en mi casa y por qué.

Le cuento la tensión que ha existido entre Tere y Fran desde el momento en que sus miradas se cruzaron y solo escucho silencio mientras lo hago, así que deduzco que Merche sabía algo. Entiendo en parte que no me lo hayan contado, puesto que se trata de mi hermano y saben lo unidos que estamos. Pero enseguida ella trata de retomar la conversación anterior, en la que yo soy la protagonista. Es la primera vez que me cierro en banda con mis amigas, pero este es un camino que quiero recorrer sola.

Entonces alguien llama a la puerta de mi apartamento y aprovecho para despedirme y dejarla con la palabra en la boca. Al abrir me encuentro a Miguel, con el pelo húmedo por el sudor, el torso descubierto y un brillo en los ojos que solo mirarlo me excita.

—Vamos, tengo que ducharme.

Y sin más toma mi mano, cierra la puerta con el pie y tira de mí hasta que llegamos al baño. Por el camino pierdo la poca ropa que llevo puesta. Igual que él. La tensión sexual se palpa en el ambiente. No sé lo que tiene este chico, pero me encanta y no me sacio de él.

—Esta noche podremos disfrutar de un buen baño, ahora déjame disfrutar de ti.

Se deshace de los bóxers, la única prenda que le queda, y al agacharse se queda arrodillado ante mí. Me coge un pie y lo pone sobre su pierna. Sus

dedos empiezan a rozar mi piel sin apenas tocarla y el vello se me eriza. Sus labios acompañan el movimiento de sus dedos, saborean primero el empuje de mi pie y, muy lentamente, suben por mi pierna hasta mi palpitante clítoris. Tiemblo de placer. Miguel sabe cómo tratar a una mujer; ahora está venerando mi cuerpo y yo lo disfruto sin rechistar.

Mueve la lengua con ímpetu y yo solo puedo agarrarme a su pelo y tirar de él fuertemente cada vez que un placentero escalofrío me recorre hasta que, finalmente, mis jadeos son atendidos, introduce en mí dos de sus dedos y, con movimientos rápidos, me lleva a un orgasmo impresionante. Sin saber por qué, unos ojos azules aparecen en mi mente e imagino que es Marc quien está entre mis piernas. Mi pulso se acelera y las convulsiones se apoderan de mí. Cierro con fuerza los ojos para no perder esa imagen mientras Miguel se incorpora, se une a mí y en un solo movimiento aprieta mis nalgas y me eleva sobre el suelo. Ahora mis piernas rodean su cuerpo y él se introduce en mi interior. Sus movimientos son rápidos, fuertes, incansables, mi cuerpo lucha por aguantar todas y cada una de sus embestidas sin dejar de apretar los ojos; no quiero que la imagen de Marc me abandone. Cuando el orgasmo está a punto de escapármese por la garganta hundo mis dientes en el hombro de Miguel para evitar pronunciar un nombre que no es el suyo. Nunca me había ocurrido algo así. Siento que estoy traicionando a Miguel; él es quien me está dando placer, sí, pero yo he sentido a Marc en todo mi ser.

Lentamente nuestros cuerpos se relajan y él me deja suavemente sobre el suelo hasta que comprueba que puedo mantenerme en pie. Sus manos rozan mi rostro y entonces me permito abrir los ojos y mirarlo directamente.

—¡Vaya, vaya, si tenemos aquí a toda una leona! Creo que esta noche te divertirás mucho con lo que he preparado para ti.

Dejo a Miguel solo en el baño para que se dé una ducha. Esta noche iremos a un local similar a los que él solía frecuentar en Barcelona. Estoy dispuesta a disfrutar de lo que quiera enseñarme. Si he conseguido ocultar que me estaba excitando pensando en otro hombre, estoy segura de que lograré pasarlo bien con lo que me proponga.

* * *

Pasamos una tarde tranquila. Yo me dedico a delegar los proyectos que tengo en marcha, porque mis jefes insisten en que me tome el mes entero de

vacaciones y yo necesito desconectar. Una vez que Miguel vuelva a Barcelona —no sé cuándo ni me preocupa—, ya veré como rellenar los huecos en mi agenda.

Cenamos en un pequeño restaurante en el barrio al que suelo ir con las chicas. Él se ha encargado de reservar mesa.

En torno a las doce llegamos a una zona apartada de la capital. Miguel conduce, porque quiere que sepa lo mínimo posible de lo que me tiene preparado. Ha tomado un desvío, pero no he podido fijarme. Estamos frente a un caserón rústico muy débilmente iluminado, aunque desde fuera me recuerda a la pequeña mansión donde me llevó Marc. Eso sí, esta tiene el encanto andaluz. Nos detenemos junto a la puerta y un chico se encarga de aparcar mi coche.

Como la otra vez, he de rellenar una documentación. En esta ocasión todo es mucho más rápido; se ve que Miguel lo tiene todo calculado. No me suelta de la mano. Una mujer de mediana edad, muy guapa y con un cuerpo precioso, nos acompaña a la siguiente sala. Allí hay un elegante bar, con la barra atendida por un chico y una chica vestidos con exquisito gusto. La luz que ilumina la barra es tenue, pero mucho menos que la del resto de la estancia. Katia, la anfitriona, nos tiende un par de antifaces que rápidamente nos colocamos. Nos explica que en las zonas comunes el anonimato es imprescindible y que una vez que lleguemos a las estancias privadas será responsabilidad y decisión nuestra desvelar quiénes somos. Este juego me está resultando morboso y excitante.

Miguel me conduce a uno de los sofás del precioso salón. Aunque está poco iluminado, se aprecia una decoración realizada con gusto. Los tonos burdeos y camel le dan un toque distinguido, muy alejado de la vulgaridad que muchas personas puedan asociar a un lugar como este —lo siento, mi deformación profesional surge en los momentos menos oportunos—.

En los sofás cercanos hay parejas y grupos de personas compartiendo conversación, bebidas y algún que otro movimiento de insinuación. Justo en el de delante, observo a una pareja un tanto dispar. Ella es menuda, rubia y de curvas redondeadas, y sus movimientos la hacen muy sexi; él, escultural, grande, de músculos tan marcados que si apretara un poco más sus antebrazos rompería su camiseta negra de manga corta. En un movimiento rápido, ella se sienta sobre él y empieza a susurrarle algo al oído; él es aún más rápido en levantarse y desaparecer con ella por la puerta del fondo.

—Un céntimo por tus pensamientos —me susurra Miguel al oído mientras me acerca una copa de champán—. Sé que eres más de cerveza, pero no podemos dejar pasar este delicioso Moët.

Inclino mi copa sobre los labios y saboreo cada burbuja que llega a mi boca. La verdad es que me puedo acostumbrar muy fácilmente a este tipo de lujos y Miguel me está mimando muchísimo.

—Dani, déjame que te explique cómo funciona esto —dice, mientras me mira directamente a los ojos—. Tenemos muchas opciones y me encantaría disfrutarlas todas contigo. Un amigo se ha ofrecido a ayudarnos en los juegos que vamos a compartir esta noche. Sé que serás un exquisito manjar para él. Pero si no deseas seguir, continuaremos los dos como hemos hecho hasta ahora.

—Enséñamelo todo, te lo ruego.

No hace falta decir nada más: le hace una seña al camarero y este se dirige a nosotros con una cubitera de hielo y la botella de champán en su interior. Rellena nuestras copas y la noche comienza.

Miguel se sienta más cerca de mí. Hay una pequeña bandeja de plata repleta de deliciosas fresas y un pequeño recipiente con chocolate. Él se inclina hacia delante para bañar una de las fresas en el líquido oscuro y después, cuidadosamente, la acerca a mi boca. Extiendo la lengua para atrapar la deliciosa gota que se desliza por el fruto rojo y cuando la rozo una sensación de placer inunda mi cuerpo. Estoy deseando que todo comience, saber qué ha preparado para mí.

La tentación

Miguel se levanta y me ofrece su mano para que también yo me incorpore. Acepto gustosamente. Quiero salir por donde antes lo hicieron la rubita y el cachas, y efectivamente vamos en esa dirección.

Detrás de la puerta encontramos una imponente escalera del siglo XIX que da acceso a la zona superior. Subimos lentamente mientras observo embelesada la decoración. Una lámpara luce enorme en el centro. Los cristales que la componen lanzan preciosos destellos sobre el suelo de madera.

Sin darme cuenta, ensimismada como estoy en mis pensamientos, llegamos a la planta superior. En todo momento Miguel agarra mi mano. Se detiene en la primera puerta que encontramos a nuestra derecha, saca una llave del bolsillo de su pantalón y abre.

Aquello no es como había imaginado. Recordaba el local al que me había llevado Marc, pero esto es mucho más lujoso. En el centro de la habitación hay una cama de estilo Luis XV, con un impresionante cabecero tallado, y en cada una de las cuatro esquinas los semipostes le dan una elegancia sublime.

Las sábanas que la cubren son de satén color champán y varios cojines turquesa les dan vida. El resto de la decoración va acorde con la cama: una preciosa cómoda con su espejo, mesillas de noche, un banco delante de la cama y, en uno de los laterales, un maravilloso diván.

—Vaya, Miguel, esto es precioso.

—Eso espero, porque pienso follarte en cada rincón de esta habitación.

Me hace girar sobre mí para colocarme frente a él, bien pegada, de modo que siento su abultada erección sobre mi estómago. Sus manos empiezan a recorrer mi cuerpo hasta dar con la cremallera lateral del vestido. Llevo uno

sencillo, negro con escote palabra de honor, entallado a mi cuerpo y que llega hasta un poco por encima de mis rodillas. Cuando la cremallera está completamente bajada, Miguel desliza lentamente la suave tela por mi cuerpo hasta que me quedo solo con la ropa interior. Deslizo mis manos por su pecho y desabrocho uno a uno los botones de la camisa hasta llegar a la cinturilla de su pantalón. Lentamente, bajo la cremallera como antes había hecho él y, cuando el hueco es suficientemente amplio para mi mano, la introduzco y agarro plenamente su erección.

—Joder, Dani, no sabes cómo me pones... —balbucea entre dientes mientras nos sostenemos la mirada, aún con los antifaces puestos.

—Ven, vamos a la cama, empecemos a jugar. —Quiero retirarme el antifaz, pero él no me lo permite—. Todavía no, si quieres seguir jugando es bajo mis reglas.

Me ayuda a tenderme sobre las frías sábanas y el contraste con el calor que inunda mi cuerpo me hace dar un pequeño respingo, pero él no me deja moverme más. Se acerca a la mesilla de noche, saca un lazo largo de uno de los cajones y lo anuda en mis muñecas. Le dejo hacer sin rechistar.

Tras comprobar que la lazada es firme, pasa el resto de la tela por un aro que hay suspendido sobre la cabecera de la cama.

—Así te quiero, leona, esas manos quietecitas.

Se acerca de nuevo a la mesilla de noche, extrae dos lazos más y repite el mismo procedimiento con mis tobillos, los ajusta a los pies de la cama y me quedo completamente a su merced. Mi respiración es entrecortada; el pulso me va a mil, estoy prácticamente desnuda y atada de pies y manos mientras él aún lleva la camisa abierta y el pantalón desabrochado.

—Ahora vas a estar muy calladita. Mi amigo entrará en un momento por esa puerta y te follará fuerte. Disfrutarás con todo lo que te haga, pero no verás nada. Mientras, yo estaré sentado en ese diván, observando.

Ahora pone una venda sobre mis ojos, sin retirar el antifaz. Vuelve a comprobar que no puedo moverme y que no veo nada y me da un beso en los labios.

—Disfruta y hazme disfrutar.

El peso de su cuerpo abandona la cama. Yo estoy totalmente excitada, deseando lo que está a punto de pasar. Una suave música empieza a sonar en la habitación. No entiendo de música clásica, pero estoy casi segura de que es la séptima sinfonía de Beethoven.

Cuando más concentrada estoy en la música escucho la puerta de la habitación abrirse y cerrarse y unos pasos acercarse a la cama.

—Ahora solo concéntrate en disfrutar —me dice Miguel—. Yo me encargaré de hablar, tú no sabrás quién es él ni tampoco lo verás.

El desconocido se apoya en la cama y escucho su respiración entrecortada. Deseo que ponga ya sus manos sobre mi cuerpo.

—Tócala, hazla gemir, sentir, disfrutar, pero no le quites los lazos ni la venda. —La voz ronca de Miguel se pierde entre las notas de esa maravillosa música.

La persona que se encuentra junto a mí se recuesta sobre mi cuerpo. Está completamente vestido y el roce de su ropa con mi piel me estremece. Sus manos acarician mi rostro, pasa el pulgar por mis labios. Saco la lengua y lo rozo sensualmente; él aprovecha y lo introduce en mi boca. Chupo con ímpetu. Después lo retira, se levanta de la cama y unos segundos después, que me parecen eternos, vuelvo a notar su peso sobre mí, esta vez desnudo. Su erección es considerable y, como si me atrajera un imán, levanto mis caderas para notarla más cerca de mí. Sus manos vuelven a tocarme, pero esta vez van directas a mis pechos; empieza a acariciármelos hasta llegar a los pezones y los pellizca con fuerza. En otro momento me hubiera quejado, pero ese dolor se refleja en la zona más sensible de mi cuerpo. Los jadeos escapan de mi boca y le pido más. Sustituye los dedos en mi pecho derecho por su boca, lo mordisquea, su lengua me humedece más de lo que nunca hubiera imaginado.

—Eres muy receptiva, Daniela. —Miguel respira entrecortadamente al fondo de la habitación—. Deja que te folle fuerte para mí.

Y así lo hace. Su mano libre avanza entre mis piernas y mi humedad le permite introducir rápidamente dos dedos. Los mueve deprisa. Su boca abandona mi pecho, con un movimiento rápido retira también los dedos y, en una violenta embestida, lo tengo dentro de mí. Una, dos, tres, ocho, nueve, pierdo la cuenta cuando un orgasmo recorre mi cuerpo por completo y un desgarrador grito escapa de mi garganta. Dos embestidas más y noto como se vacía en mi interior. Ha sido increíble.

—Muy bien, lo has hecho muy bien. —La voz de Miguel se acerca a nosotros y el chico misterioso sale de mí—. Déjanos solos.

Esta vez se dirige al acompañante que acaba de follarme como nadie desde hace meses. No sé por qué, pero Pedro y su forma de hacerme el amor vienen entonces a mi cabeza, aunque consigo deshacerme enseguida de esa

imagen.

El desconocido se levanta de la cama y Miguel y él cuchichean algo, pero estoy cansada, deseando que me desaten y dejándome llevar por la música. Minutos después, mientras mi cuerpo se relaja, escucho la puerta cerrarse al fondo de la habitación. Miguel y yo estamos a solas otra vez.

—Ahora, déjame mimarte.

Me desata los pies y al acercarse a la cabecera de la cama deposita un suave beso en mis labios. Acabo de darme cuenta de que el desconocido ni siquiera me ha besado, pero no me importa. Después de liberar mis manos, Miguel me quita la venda y el antifaz de los ojos, y parpadeo varias veces hasta acomodarme nuevamente a la luz de la habitación. Una sonrisa preciosa asoma a sus labios y con un movimiento rápido me toma en sus brazos. Tengo los músculos entumecidos.

—Vamos, voy a lavarte y ahora disfrutaremos juntos.

Al entrar en el baño puedo ver la bañera humeante. Me apetece muchísimo sumergirme en el agua. Me introduce en ella con mucho cuidado. Él está completamente vestido, pero rápidamente se deshace de la ropa y me acompaña.

—Para ser tu primera vez, lo has hecho muy bien.

No puedo hablar. Estoy cansada, aunque no haya hecho ningún esfuerzo. El placer que he sentido me ha dejado exhausta.

Coge jabón del estante y empieza a lavar mi cuerpo. Empiezo a acostumbrarme a estas atenciones que me prodigan últimamente. Tiene unas manos suaves y me siento como una niña pequeña dejando que me mime, como él mismo me ha propuesto. Está sentado detrás de mí, mi espalda reposa sobre su cuerpo y noto como su pene cobra vida. Sostiene mis caderas, me sienta sobre él y se introduce en mí.

Se mueve lentamente y lo siento tan profundo que enseguida alcanzo un orgasmo detrás de otro. Mi mente se nubla, todo es placer en estado puro. Su respiración roza mi oído haciéndome estremecer. Saco las pocas fuerzas que me quedan para mover las caderas hasta que consigo aumentar el ritmo. Sus manos apresan fuertemente mi cintura.

—Así, pequeña, muévete para mí.

Es rápido, pero intenso, y tras varios movimientos más acabamos a la vez. Dejo caer mi cuerpo sobre su pecho y descanso con él aún dentro de mí. No sé en qué momento me quedo completamente dormida.

* * *

El ruido de una cafetera me despierta y el olor a café me abre los ojos. ¿Dónde estoy? Enseguida me doy cuenta de que es mi habitación. ¿Cuándo hemos vuelto? Ni siquiera sé qué hora es. Mi móvil descansa, como siempre, sobre la mesilla de noche. Solo son las ocho de la mañana.

Me levanto de la cama. Llevo puesto el camisón que guardo para ocasiones especiales. Es de satén rojo y muy provocativo. Salgo de la habitación y me encuentro a Miguel con todo un despliegue de comida sobre la mesa de la cocina. Tostadas, fruta, café, zumo... Está increíble solamente con sus bóxers.

—Vaya, la bella durmiente se ha despertado.

—Buenos días —digo en un bostezo—. ¿Qué hacemos en mi casa?

—Te mentiría si te dijera que estamos mejor aquí, porque no sabes lo que me pone verte atada a una cama. Pero te quedaste dormida. —Me sonrojo de vergüenza—. No te preocupes, es normal después de la experiencia tan intensa que tuviste anoche. —Me tiende su mano, que tomo encantada—. Ven, vamos a desayunar, tienes que recuperar fuerzas.

La mañana transcurre tranquila. Desayunamos, él sale a correr y cuando regresa volvemos a compartir la ducha. Es tan fogoso que nunca me cansaría de tener sexo con él a todas horas. Pero no quiero una relación ahora ni quiero encapricharme de él, además de que lo nuestro tiene fecha de caducidad. En unos días volverá a Barcelona. No me ha dicho cuándo ni yo me atrevo a preguntárselo.

Por la tarde él se queda en el cuarto, trabajando. Al parecer, aunque esté de vacaciones hay asuntos que no pueden esperar. Estoy tirada en el sofá cuando alguien llama a la puerta. Me levanto y abro sin mirar siquiera. En unos segundos el rumbo de mi vida dará un giro inesperado.

Pies, para qué os quiero

Mi cuerpo tiembla, la voz no me sale: delante de mí está Pedro, tan guapo como siempre, con una sonrisa triunfal en la cara. Intento cerrar la puerta, pero su pie ya está situado estratégicamente para impedirlo. No soy capaz de retroceder, así que aprovecha la oportunidad para acercarse a mí, agarrarme de la cintura y estrecharme contra su cuerpo. Sus labios se apoderan de mi boca. En un primer momento intento resistirme, pero después una sensación de paz se apodera de mí y le devuelvo el beso con idéntica pasión. Mis manos se enredan en su pelo, tiran de él, como siempre hacían, como a él le gustaba. Su cuerpo se excita junto al mío y entonces recuerdo que en la habitación de al lado está Miguel. De un empujón lo aparto de mí.

—Pero ¿qué cojones te crees que haces?

—Algo que te gusta, por lo que veo.

—Joder, Pedro, te lo dejé bastante claro en esta misma puerta y en Barcelona. Quiero que te olvides de mí, que me dejes en paz.

—Daniela, ¿pasa algo? —La voz de Miguel me sorprende a mi espalda. Su rostro pierde todo el color.

—Vaya, vaya. Por lo que veo no le has dicho nada.

Miro a uno y a otro. Miguel se ha quedado callado. Pedro cierra la puerta del apartamento, se acerca de nuevo a mí y me susurra al oído:

—Ayer lo pasamos muy bien. No sabía que te interesaba probar cosas nuevas, nena. Tal vez si me lo hubieras dicho en algún momento no habríamos acabado tan mal.

No dejo de mirarlos a los dos. Esto no me puede estar pasando. Pedro, no, él no puede ser la persona que ayer me hizo sentir así. Y me está dando a entender que Miguel lo sabía. Intenta hablar, pero mi ira es enorme. Estoy más

que cabreada con Miguel, con Pedro, pero sobre todo conmigo misma. He sido una completa gilipollas, he accedido a un juego, he disfrutado y, finalmente, he perdido.

—Lárgate de mi apartamento. —Abro la puerta y le lanzo una mirada furiosa a Pedro—. ¡Te juro que esta es la última vez que entras, porque si lo haces una más te aseguro que saldrás con menos peso entre las piernas! — grito.

No dice nada, me mira primero a mí y después a Miguel y, con una sonrisa triunfal, le dice que se verán pronto. Abandona el apartamento lanzándome un beso y yo cierro de un portazo.

Con paso decidido me dirijo a Miguel y lo abofeteo casi sin pensar. Ni siquiera se inmuta. Sus ojos no dejan de observarme hasta que, finalmente, consigue hablar.

—Daniela, te juro que no sabía que él era tu ex —intenta explicarse, pero ya estoy harta de excusas—. Me enteré cuando fui a despedirme de él, mientras dormías. Le pedí que no dijera nada...

—Déjalo, no quiero saberlo, solo que recojas tus cosas y te largues. No intentes volver a ponerte en contacto conmigo, ¿lo entiendes? Voy a salir a dar un paseo, porque si no lo hago ahora te juro que te mato. Solo espero que cuando regrese no sigas aquí.

Me voy a mi habitación y cojo lo primero que veo. Unos *leggings*, una camiseta de manga corta y mis zapatillas de correr.

Antes de salir veo a Miguel haciendo su maleta. Está triste, no le he permitido explicarse. No necesito que lo haga. Estoy cansada de sentirme utilizada. Manipulada. Tengo que tomar las riendas de mi vida. Sin decirle nada cojo mi móvil y las llaves del apartamento y salgo dando un portazo. Necesito aire, pensar en lo que ha pasado en los últimos meses.

Camino sumida en mis pensamientos cuando la vibración del móvil casi me lo tira de las manos. Miro la pantalla. Un mensaje suyo es lo último que necesito ahora.

Marc: Te dije que te alejaras de mí, pero no haces más que buscarme. Date la vuelta.

Lo hago, lentamente me doy la vuelta. A solo diez metros de mí está él. Tan increíble como siempre, pero con una mirada de odio que hace temblar mis piernas.

¿FIN?

Agradecimientos

A mi marido, a mis hijas y a mi familia por todo el apoyo brindado, sin vosotros este sueño no sería posible. Gracias por estar siempre ahí, incluso cuando yo desconectaba delante del ordenador con los auriculares puestos, cuando soportabais mis conversaciones sin sentido y vuestras sonrisas siempre estaban para seguir mirando hacia delante para alcanzar mi sueño.

A mi editora, Adelaida Herrera. Desde que te conocí todo ha sido un camino de rosas. Te has convertido en mi hada madrina cuando creía que nada podía salir bien. Gracias por confiar en mí y en esta historia y aguantar todas mis dudas. Contigo todo parece más fácil.

A Noni García, por estar siempre a mi lado y darme ese empujón que me hacía falta para creer un poco más en mí. Eres una gran amiga, de las de verdad. Te quiero muchísimo y espero seguir caminando a tu lado en este mundo.

A mis lectores y a todos los compañeros de letras que me siguen animando para que haga lo que más me gusta, sintiéndome arropada y querida. Sin vosotros esta historia tampoco sería una realidad. Gracias.

A mis compañeras de editorial Clara Álbori, mi pequeñaja, y Moruena Estríngana, porque desde que me llegó la oportunidad de pertenecer a Click Ediciones me ayudasteis en todo lo que estaba en vuestras manos, escuchándome, aconsejándome y haciéndome sentir parte de la familia. Sois grandes.

Por su puesto, a mi correctora, Maite. Creía que se me iba a hacer un mundo y lo has hecho todo superfácil. Gracias por tus consejos y por las risas que compartimos sin conocernos de nada.

A mi bloguera favorita. Miriam, sabes que desde primera hora te has convertido en una gran amiga y es un placer hablar contigo y compartir tantas cosas de este género que nos une. Ya sabes que estoy deseando poder abrazarte otra vez.

A todas esas personas, lectores y escritores de Facebook que me habéis apoyado y dado ánimos cuando más de bajona estaba. María, mi chiclanera favorita, Mireia, Scarlett, May, Cecilia y China de Divinas Lectoras. Raquel, Puri, Nuria, Fifi, mis luneras. Ana Belén, la mamá de todas las amantes literarias. Lorena, mi loquer. Regina, Gema, Samanta, Sandra, Elena, Loli... Perdonad los que no estáis, sois muchos, pero que sepáis que en mi corazoncito tenéis un hueco vuestro.

Y por supuesto a ti, que has llegado hasta aquí. ¡Gracias por darme la oportunidad de compartir mi novela contigo!

Biografía



Helena Sivianes nació un 18 de agosto de 1984 en Sevilla, España. Desde siempre ha sido una persona muy imaginativa y fantasiosa que cuando leía se imaginaba distintas maneras para que continuaran las historias.

Desde que a sus apenas catorce años cayó en sus manos la primera novela romántica, no ha podido dejar de leerlas, hasta que hace unos tres años decidió probar suerte compartiendo sus ideas con el mundo en la plataforma Wattpad. Tras las opiniones de lectores y compañeros de letras, decidió dar el paso y acabó autopublicando en Amazon con una gran acogida y una multitud de comentarios positivos.

Desde que empezara su primera novela no ha dejado de escribir, con más de una idea en su cajón de sastre deseando poder darle la forma que se merece, de donde salió esta novela en forma de reto personal.

Concilia su vida como escritora de novela romántica New Adult con su trabajo en una tienda de videojuegos, ser madre de dos niñas de siete y cinco años y, por supuesto, su marido. Los pilares de su vida que le dan fuerzas para luchar por sus sueños e intentar cada día llegar a más personas con las historias que crea desde el corazón.

Novela publicada: *Empezar otra vez*

Visita el blog del autora: <http://helenasivianesautora.blogspot.com.es/>

Contacta con Helena en Facebook: <https://www.facebook.com/Helena-Sivianes>

Seducida por la tentación
Trilogía Tentación I
Helena Sivianes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Helena Sivianes, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Versta / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

ISBN: 978-84-08-16852-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

